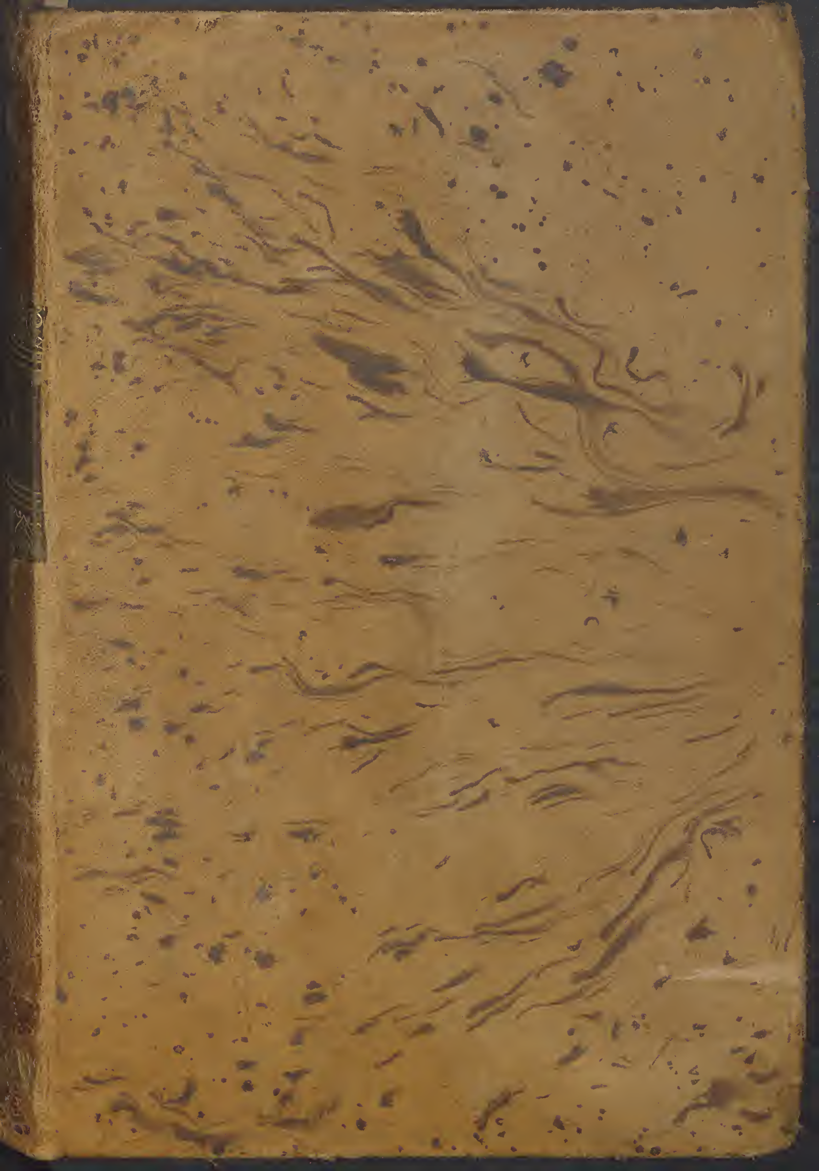
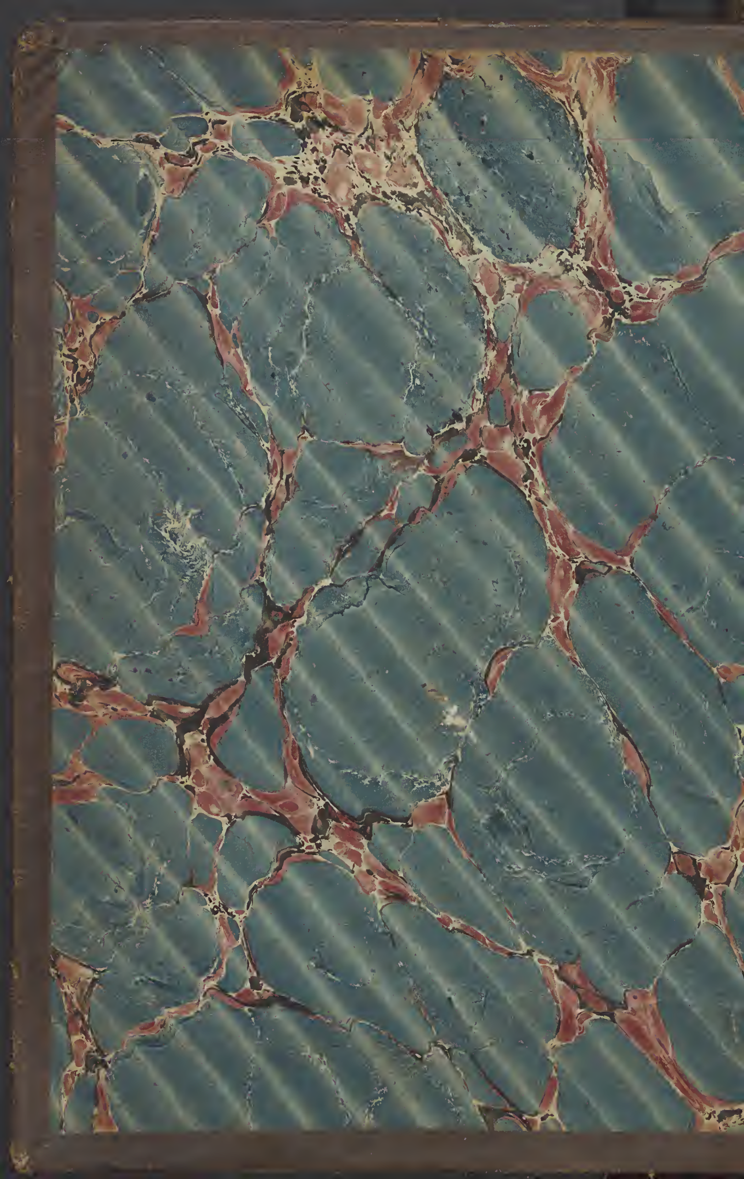
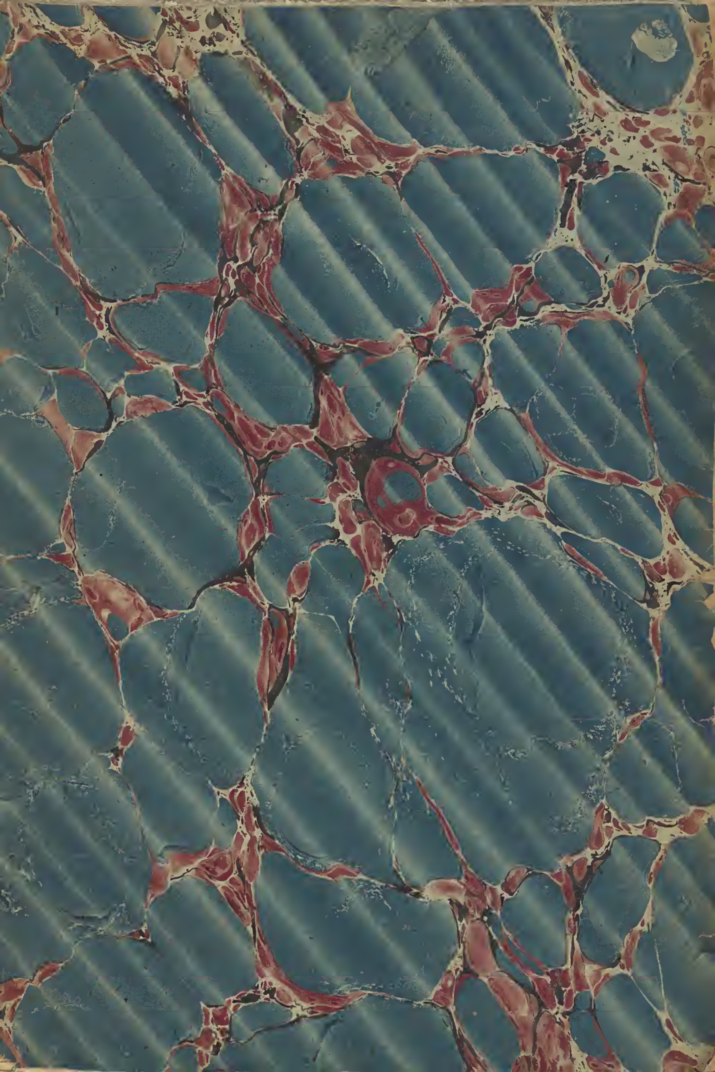






Tratados – 4

Indice.

CONFERENCIAS DEL P. FELIX.

1.

CONFERENCIAS

PREDICADAS

POR EL P. FELIX, JESUITA,

DURANTE LA CUARESMA DE 1860

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA

DE PARIS.





SEVILLA
Imprenta y Libreria de D. A. IZQUIERDO,
calle Francos núms. 44 y 45.
1860.

CONFERENCIAS PREDICADAS POR EL P. FELIX, JESUITA,

EN LA CATEDRAL DE PARIS, DURANTE LA CUARESMA DE 1860.

CONFERENCIA PRIMERA.

Señores: Jesucristo, restaurador del órden y autor de los verdaderos progresos del mundo, no se ha contentado con crear el progreso moral con sus divinas reacciones contra la concupiscencia, causa de la decadencia universal; ha depositado ademas en el género humano todos los grandes elementos del progreso social, levantando este edificio sobre tres columnas sagradas: la libertad cristiana, la igualdad cristiana, la fraternidad cristiana. Y para sostener el conjunto de esta fábrica, y darle á un tiempo grandeza, fuerza y hermosura, le ha echado un cimiento eminentemente cristiano y eminentemente social, la autoridad. Jesucristo mismo se ha constituido en la sociedad humana como autoridad viva, y constituyéndose en autoridad, ha transfigurado á la autoridad en sí mismo. Cuatro tipos humanos de su autoridad divina ha realizado en el mundo cristiano, los cuales han trasformado la vida social, trasformando en todos sus grados

las condiciones del precepto y la obediencia: la autoridad paterna, la autoridad sacerdotal, la autoridad real, y, como suma y complemento, de todas ellas, la autoridad Pontificia: es decir, la paternidad mas elevada, el sacerdocio mas alto, la primera de todas las magestades; en una palabra, la personificacion mas alta de la autoridad en la tierra: autoridad tan grande ha cerca de dos mil años, y tan grande hoy, que todo lo que la conmueve tiene el privilegio de conmover al mundo entero, y cuyos dolores y alegrias, cuyos reveses y triunfos hacen extremecerse profundamente á todo el linaje humano.

Tal es, señores, el resúmen de las conferencias del año pasado. ¿Por ventura, Dios me habia dado señal y marcado el momento de proclamar desde lo alto estos principios eternamente conservadores y progresivos?....Puede ser. Pero sea lo que quiera, estas verdades, que son el punto de apoyo y el resorte del progreso de las sociedades civiles; estas verdades las he dicho con libertad serena, que habeis respetado, porque yo la habia recibido de Dios y de vosotros. Conservemos, pues, á la palabra el privilegio de santa libertad que forma parte de su dignidad y de su imperio. Semejante la predicacion cristiana al genio de la navegacion moderna, se lanza al mar sin que le arredre que el viento sople de este ó del otro lado, y sigue su rumbo por el piélago de errores y pasiones humanas. Por estas ondas movibles y perpetuamente fluctuantes prosigo yo tranquilo mi derrotero, sin mas temor que el de no llegar pronto al puerto y á la orilla suspirados: al puerto de vuestra salvacion, á la orilla de la verdad.

Pero me equivoco, señores; otro temor me asalta, y debo manifestároslo, porque vosotros sois quien me lo inspira. Bajo el imperio de preocupaciones contemporáneas, temo que sintais la tentacion de buscar en mis palabras lo que hoy se designa con el nombre de alusiones. Debo apresurarme á declarar que desdeño tan mezquinos recursos: cuando la conciencia me inspira que debo proclamar una verdad útil ó necesaria, jamas la digo por medio de alusiones, sino en sus propios términos, y sin temor alguno. Al hacer esta declaracion, quizá tenga derecho de ser creido; porque en los ocho años que llevo de dirigir la voz desde este sitio, creo que os he dado pruebas de alguna sinceridad.

Despues de haber manifestado que Jesucristo es autor del progreso social, el órden y complemento de las cosas, nos vemos

obligados este año á tratar de un asunto, que no podriamos omitir sin dejar á la espalda un lamentable vacio.

Hay una institucion, base necesaria y natural sostenimiento de todo progreso social; institucion formada de mano maestra, porque es obra del mismo Dios; institucion que no puede menos de llamarse fundamental en el sentido recto de esta palabra; porque no podemos poner en ella mano sin sacudir de abajo arriba, y en todos sus ángulos, este edificio cuya divina arquitectura nos ha llenado de admiracion: hablo de la inmortal y santa institucion de la *familia*.

Sí, señores; debajo de la sociedad política, está la sociedad doméstica; debajo de la patria, la familia. La primera está tan arraigada en la segunda, que el progreso y decadencia de la una, estan indisolublemente unidos al progreso y decadencia de la otra.

En la intemperancia de las luchas políticas, de teorias sociales y de utopias humanitarias, solemos olvidarnos de la familia, sin recordar que el progreso de la sociedad no es debido á la mano del hombre, no es una obra de ingenio, sino un árbol vivo, plantado por la mano de Dios y cuyas raices están donde estuvo nuestra cuna, y cuya savia sale de donde brotó nuestra vida: del corazon del padre, del corazon de nuestra madre. «La familia, dice un célebre publicista de nuestros tiempos, es la segunda alma de la humanidad: los legisladores la han olvidado sobradamente para pensar en el individuo y en la nacion, y prescinden de la familia, único origen de las poblaciones sanas y robustas, santuario de las tradiciones y costumbres en que tienen que empaparse todas las virtudes sociales.»

Hé ahí, señores, la razon que he tenido para tratar directamente de la familia, en sus relaciones con el progreso social.

Este asunto, que se recomienda por sí mismo á las simpatías de todo el mundo, me proporciona la fortuna, rara por cierto en los discursos que se prenuncian en este púlpito, de herir á un tiempo la inteligencia y el corazon. Mi primer discurso será la natural transicion de las últimas conferencias á las actuales, y en él me propongo demostrar las íntimas relaciones que ligan á la familia con la sociedad, como quiera que la segunda tiene en la primera su principio, su modelo y su fuerza.

I.

Desde luego se manifiesta la decisiva influencia de la familia en la sociedad, en que la primera produce la segunda. La sociedad doméstica es la Sociedad Principio: es al mismo tiempo la generacion, la formacion, la tradicion de la vida social, y merced á este triple título, la madre libre y siempre fecunda de la patria.

Historiadores y geografos andan buscando con ardiente curiosidad los misteriosos manantiales de donde brotan con sus afluentes los rios que fecundizan la tierra: con mas profundo interes debemos buscar nosotros la fuente de ese viviente raudal de las generaciones humanas, que llevan en su curso la prosperidad á los pueblos, la civilizacion á los siglos, y las magníficencias del orden y progreso social. ¿Cual es el origen de la vida social? ¿Quien nos revelará el secreto de su generacion? Dos cosas hay en esto, señores, que para nadie pueden ser un misterio: el lugar de este manantial y lo perenne y universal de su nacimiento. Del hogar domestico sale el rio de la vida social, y la familia es la fuente viva de la patria: fuente perpetuamente abierta y jamas agotada, que se surte perpetuamente de canales trazados por la mano de Dios, y que por su misma profundidad no estan al alcance de la mano del hombre.

Notadlo bien, señores; las aguas que los rios arrastran en su curso, no son distintas de las aguas del manantial. Sé muy bien, que estas, por puras que sean en su origen, pueden alterarse en el cauce y que se trasforman hasta cierto punto al mezclarse con el caudal inmenso de los rios; pero regla general, ni el agua de los rios es mas pura que la de los arroyos afluentes, ni la de estos mas pura que la del manantial.

Asi la vida que se recibe en el seno de la familia puede alterarse, como por desgracia se altera en ese torrente del siglo, que tantas inmundicias lleva consigo; pero en su conjunto no es mas bella la vida en la sociedad que en la familia.

Suponed por un instante á la patria compuesta en su inmensa mayoria de familias pervertidas por la inteligencia, corrompidas por el corazon y dañadas por la sangre; y por gran-

de que sea la superioridad de vuestras leyes, la sutileza de vuestras invenciones y la prudencia de las instituciones mismas, tendreis irremisiblemente una sociedad miserable dispuesta á la servidumbre y proxima á la degradacion. Estais multiplicando la corrupcion por la corrupcion, los vicios por los vicios: esas criaturas que salen ya pervertidas por la familia, llegan á ser malvados al entrar en la sociedad: teneis una sociedad en decadencia, porque teneis una humanidad barbara.

Suponed, por el contrario, en la humana sociedad contemporanea, que las familias son manantiales vivos que llevan continuamente á la sociedad, por medios de las generaciones que de ella brotan, doctrinas exentas de errores, costumbres sin depravacion, y sangre pura y libre de toda corrupcion: esta parte sana no llegará á formar una masa corrompida: el resultado general será una sociedad grande y fuerte por la inteligencia, grande y fuerte por el corazon, grande y fuerte por la sangre, grande y fuerte con las tres fuerzas principales, intelectual, moral y física. Y si me decis que un lazo comun reuna en un mismo haz social la diversidad y la multiplicidad de estas familias, y que para gobernar à todas ellas juntas se empleen únicamente leyes y hombres de una perfeccion vulgar, yo os respondo que, aun prescindiendo de los progresos y del perfeccionamiento que lleve á cabo en la superficie de la humanidad el genio de las ciencias, de la politica y de la industria, tendreis una sociedad creciente y progresiva en el sentido mas recto de esta palabra. El rio de la vida social sigue su curso magestuoso empujando hacia adelante las cristalinas aguas con que la enriquecen los manantiales afluentes; y si recoge en su cauce algunas inmundicias que turban la trasparencia de su raudal, luego al punto se renueva y purifica en la pureza inalterable de su límpido origen. En esta viva imagen se retrata como en un espejo aquella verdad elemental y tan olvidada sin embargo, verdad que encierra lo porvenir del mundo, á saber: que la sociedad domestica es á la sociedad pública lo que los manantiales son á los rios, y que la vida por lo comun se encuentra en la pátria tal, poco mas ó menos, como ha salido del hogar.

En efecto, la familia es mas que la generacion de la vida humana, es la formacion de esta misma vida. Esta, como todo lo criado tiene el principio de su desarrollo en el mismo germen de su existencia. La familia engendra la vida, y la familia la

desarrolla: y con el nacimiento da la educacion, con el ser la elevacion del ser.

En vano buscariamos fuera de la familia la formacion y desarrollo de la vida: este secreto le pertenece enteramente. En el orden de la naturaleza no hay mas que una institucion providencial de la especie humana, que es la familia, sociedad creada para la educacion. Es la única capaz de este ministerio sublime, porque es la única que legitimamente lo ejerce. La instituciones sociales mas saludables y realmente progresivas bajo este punto de vista, son las que protegen mas esta fecunda accion de la familia, y las que menos confiscan en beneficio del Estado las fuerzas naturales que la Providencia ha dado á la sociedad doméstica para preparar, lenta pero seguramente los verdaderos progresos de la vida social. Y es que la familia, armada del derecho y del poder de la educacion, es obra de la mano divina: y las instituciones humanas nada mejor pueden hacer que secundar las creaciones de Dios. Los Estados no son, segun el plan de la providencia, autores de la vida; son únicamente los defensores de ella. La familia es la sociedad creada para educar á las generaciones; el Estado la sociedad organizada para proteger las familias; aquel cobija con su fuerza lo que la familia cobija con el amor. Tal es el punto armonioso en que se juntan ambas sociedades y se abrazan para acelerar con su motuo auxilio su mutuo progreso: la patria defiende con su escudo la seguridad y la libertad de la familia; la familia educa bajo su techo la generacion que crece para honor y defensa de la patria.

Seguramente, señores, no puede ser mas hermoso el papel que al Estado le corresponde, y las mas brillantes conquistas importan menos para el progreso del mundo, que la dulce y tranquila proteccion del hogar en que la patria se fecundiza y se educa. Pero el genio revolucionario no comprende asi el respectivo destino de la familia y del Estado, y sueña, como en uno de sus mas bellos triunfos, en la invasion indefinida de la sociedad pública en la sociedad doméstica. Si le hiciesemos caso, al Estado únicamente pertenece el derecho y el oficio de educar á la juventud. No se contenta, como vosotros, con amar y respetar al Estado, fiel á su principio y á su fin: para él el Estado es Dios, y como tal le rinde adoracion. Prosternado delante de su divinidad, le sacrifica con todos vuestros derechos el pensamiento, el alma, el corazon de vuestros hijos, y no se

avergüenza ya de demandar á los poderosos un nuevo holocausto para su ídolo de vuestra libertad de educar, y so prestesto de glorificar á la patria, quiere humillar á la familia.

Pero no temais, señores; el mal genio no triunfará, tengo de ello una fé viva é incontestable. No, no arrojareis vuestro hijos al dios Moloc de la Revolucion; yo lo juro sobre vuestros corazones. Todo os está demostrando que á vosotros únicamente os pertenece el derecho y la potestad de conocer y de formar en vuestra imagen la vida que sale de vosotros: todo os está gritando que si la educacion es la que eleva al genero humano, la paternidad es la que forma la educacion; y que, aun cuando ella por si sóla no pueda cumplir este deber, á ella sóla está reservado el derecho de elegir para suplirla los afectuosos maestros dignos de ella; la naturaleza, la razon y la historia proclaman aqui con el cristianismo, que solo con esta condicion puede verificarse el progreso del mundo.

Seguramente, señores, no entraremos á disputar la importancia relativa de la accion de las sociedades públicas para la formacion de la vida y la perfeccion del humano linage; pero, menester es decirlo, no es este el verdadero progreso de los pueblos, no es mas que un elemento secundario del progreso. El secreto soberano del progreso no está en el foro, ni en el estruendo de las luchas públicas; está en el hogar, en el silencio de la vida domestica: no esta en mano de los reyes, ni de los legisladores, ni de los guerreros. ¿En donde está, pues? ¿en donde está sobre todos ellos? ¡Padres y madres de familia, escuchad respondan vuestras almas con eco simpatico á una palabra que engrandece á vuestros ojos mismo el destino que os corresponde á la humanidad! ¡Ah! el supremo secreto de la formacion y del progreso de la vida humana está en vuestras almas en vuestro corazones, en vuestros labios, en vuestra fe, en vuestro amor y en vuestra palabra: está en la accion combinada y en el concurso armonioso de esta magestad poderosa, de este ministerio de amor que la Providencia os ha dado para el engrandecimiento de la vida social por medio de la elevacion de la vida domestica.

Asi, pues, la familia es la formacion y la elevacion de la vida; es ademas la generacion; es la tradicion tambien, y bajo este último titulo principalmente debe considerarsela como institucion principio de la sociedad pública, y como causa eficiente del progreso social. La tradicion y el progreso no son dos cosas con-

tradictorias. El progreso no es el *statu quo*, ni la inmovilidad ni consiste tampoco en la novedad. No todo lo nuevo es progresivo. El progreso se nutre y vive principalmente con la sustancia de las cosas antiguas; es el florecimiento siempre nuevo, la juventud perpétua, por decirlo asi, de lo que nunca puede envejecer. El progreso, hablando en vuestra lengua, es un capital de valor humano acomulado por el tiempo, y trasmitido de unas generaciones en otras: lo constituyen los siglos enriquecidos por los siglos, y las sociedades herederas de las sociedades. La tradicion, por tanto, es de la esencia del progreso. Por medio de ella es como se forman las grandes razas que marcan el paso á la humanidad, y por medio de ella tambien es como se conservan las instituciones que trasmiten sus grandezas y perpetuan sus glorias. ¿Que seria de nosotros á cada instante de los siglos, si no conservasemos en lo presente nuestro patrimonio de lo pasado, y si á lo antiguo, siempre repelido y siempre maldito, no se le diese entrada en lo nuevo? ¿Que seria del progreso mismo, si por tener que comenzar incesantemente, rompiese á todas horas la cadena de sus propias tradiciones? No seria ya un acrecentamiento, sino un fraccionamiento; no seria tampoco la continuidad del ser y el desarrollo de la vida, sino la continuidad de la ruptura y la continuidad de la muerte. Caminaria devorando á cada paso sus propios engendros; pero ¿que digo? se devoraria á si mismo, y la humanidad, cortada en fragmentos, perderia con la idea misma del progreso el verdadero sentido de su grandeza. Porque la tradicion es quien nos dá principalmente el sentido de la grandeza, y del progreso: fuera de ella no hallareis sino grandezas egoistas, ó sea pequeñas grandezas; personalidades soberbias que, semejandose á las agitaciones de la plebe antigua, se vanaglorian de no tener antepasados, para demostrar así que, no habiendo heredado nada de nadie, todo se lo deben á si mismas. Grandeza pueril y tan manifiestamente falsa, que el hombre que mas se enorgullece llamandose hijo de sus obras siente la invencible necesidad de dejar á sus descendiente una herencia, un nombre, una gloria que el no recibiera de sus padres: y en tanto sentimos todos que la tradicion es un elemento esencial del progreso, cuanto que introduce en lo presento las grandezas de lo pasado, y lega á lo porvenir las grandezas de lo presente.

De consiguiente, señores, si se quiere que el cuerpo social llegue á la plenitud de su vida, y que la vida propenda ha-

cia el verdadero progreso, es preciso que, admitiendo las trasformaciones que el tiempo trae consigo, se conserve en el órden de las ideas, de las costumbres y de las instituciones, el hilo conductor de las tradiciones legítimas.

La mejor salvaguardia de la tradicion en la humanidad, son la religion y la familia. La tradicion y la familia se funden en una misma idea: la tradicion es progreso, y la familia es progreso. La vida que sale del hogar para esparcirse en la patria, no es una ola aislada que se rompe, pasa, y muere; sino una ola continua que avanza á traves de las edades. Esa misma vida es esencialmente tradicional, y tiene afinidad simultánea con lo pasado que la precede, con lo porvenir que la sigue, y con lo presente que la rodea. Tal es tambien la situacion del hombre en la familia; colocado entre sus ascendientes que desciende hasta el, y la posteridad que parte de el mismo, no es otra cosa que un anillo de esa cadena de la tradicion, en la cual se extiende la vida: porque la familia es en si misma la tradicion de la vida y la vida tiene en ella su formacion y su origen; tradicion en esencia triple y una á la par, que es la riqueza de la sociedad domestica que la trasmite, y la herencia de la sociedad pública que la recibe.

En cada hogar doméstico, donde la Providencia abriga con su mirada y su corazon la santa sociedad llamada familia, se perpetuan tres tradiciones, y determinan el curso de la vida social en el centro donde se desarrollan la tradicion de las doctrinas que alimenta la vida intelectual, la tradicion de las costumbres que alimenta la vida moral, y la tradicion de la sangre que alimenta la vida física. En toda familia tiene que haber necesariamente esta triple tradicion: tradicion de doctrinas verdaderas, ó tradicion de doctrinas falsas; tradicion de buenas costumbres, ó de malas costumbres; tradicion de sangre pura, ó de sangre impura. Sea lo que se quiera la tradicion procedente de la propiedad, del patrimonio material, y de la herencia accidental, solo aquellas tradiciones son herencia inevitable, patrimonio esencial que los hijos llevan consigo en los senderos de su propia vida; es decir, doctrinas, costumbres, sangre. Y toda la vida intelectual de la sociedad, toda la vida moral de la sociedad, toda la vida física de la sociedad, en una palabra, toda la vida de la patria, se compondrán necesariamente de todas estas sustanciales herencias, legadas á todas las posteridades, herederas de todas las paternidades.

II.

Acabais de ver, señores, como en primer lugar la sociedad doméstica influye naturalmente sobre la sociedad pública: es la vida que nace por la generacion, que se desarrolla por la educacion, que se trasmite por la tradicion; mirada bajo estos tres aspectos, es lo que yo he llamado Sociedad Principio, madre fecunda de la patria.

Pero la sociedad doméstica es no solo el principio de la sociedad pública, sino tambien su más perfecto ejemplar, y aun pudiéramos decir que es la sociedad modelo; de tal manera, que toda vida social bien ordenada debe ser su imagen y semejanza. No trataré yo aquí de seducir vuestro juicio excitando vuestra imaginacion; ni os mostraré, como tipo de la sociedad pública, el idilio social cantado ante los pueblos por la poesia de los reformadores. No me parece facil cosa realizar en el órden público el ideal de la familia con toda su fraternidad, con toda su hermosura, con todos sus encantos; ni me inspiran gran confianza las bellas ilusiones en que una poesía fantástica quiso mecer á crédulas generaciones de otros tiempos, mostrándoles en perspectiva el paraiso, cada vez mas remoto de la gran familia humana, tantas veces prometido á nuestro siglo, con el nombre de república social y fraternal.

La familia es la familia, y la sociedad es la sociedad; diversas con profunda diversidad serán siempre una y otra; pero no dejará nunca la primera de ser tipo de la segunda: la sociedad pública no será jamás lo que es la familia; pero será tanto mas perfecta cuanto mas se le asemeje, pues la familia es, como acabamos de verlo, el principio de la sociedad, y en todos los órdenes de cosas, la perfeccion consiste en asemejarse á su principio.

La familia tiene una constitucion que los hombres no pueden alterar, porque es obra de Dios mismo. Pudiera deciros que así como Dios hizo al primer hombre á su imágen, así tambien hizo á su semejanza la primera sociedad. La familia, tal como Dios la ha constituido, tiene su tipo inmutable en las tres Per-

sonas Divinas que, en la unidad de su sustancia, constituyen una sociedad eterna. No entraremos ahora en estas misteriosas profundidades, pues no me propongo mostraros directamente la sociedad divina, tipo de la sociedad doméstica, sino la sociedad doméstica, tipo de la sociedad pública.

La constitucion de la familia es sencilla, como todo lo sublime; compónese de tres solos elementos armoniosamente unidos: el padre, la madre, el hijo; es decir, compónese, considerada como sociedad doméstica, de un rey, de un ministro, de un súbdito, ó lo que es igual, de una autoridad, de una obediencia y de un ministerio. En estos tres elementos se hallan los caractéres grabados por la mano de Dios, y que hacen de la familia el perpétuo modelo de toda sociedad, á saber: una autoridad *indiscutible*, un ministerio *leal*, (*devué*) y una sumision *afectuosa*. La familia así constituida, es el ejemplar de toda sociedad bien ordenada; es el compendio mas magnífico del derecho social; es la escuela popular de toda política grande; es la obra maestra de los gobiernos y de las sociedades.

Todo organismo social, á despecho de la multiplicidad de sus resortes, puede siempre reducirse á estos tres sencillos elementos: el hombre autoridad, el hombre ministro, el hombre súbdito; y para que estos tres resortes de la organizacion social se unan y funcionen con armonia, es forzoso que no pierdan los caractéres que acabamos de señalar en los elementos de la constitucion de la familia.

En primer lugar, para que la sociedad sea perfecta, ó al menos progresiva, es menester que en ella la autoridad sea *indiscutible*. No trato ahora de demostrar la necesidad de la autoridad, pues esto ya lo hicimos el año anterior; trato solo de establecer un atributo necesario á toda autoridad social. La autoridad, hemos dicho, no es una fuerza material, sino una fuerza moral, que tiene su punto de apoyo en las almas, y que reina en el imperio del derecho, aunque esté inerme. Siendo esto así claro está que la primera condicion de la autoridad, no solo para ejercer su prerogativa sino aun para existir, es que de ningun modo se halle sujeta á discusion. La discusion que verse sobre la sustancia misma de la autoridad, es una espada que la asesina. La autoridad, ó es indiscutible, ó no existe: en el hecho mismo de ponerla en discusion, deja de existir para el que la pone: podrá quizás, por algun tiempo todavia, usar de su fuerza material y aun hacerse temible; pero su fuerza moral queda

herida de muerte; podrá ser, para el súbdito, un poder que le subyugue, no una potestad ante quien él se incline. Verdad conservadora es esta, que si para todos los hombres es como un sentimiento natural, para los encargados del gobierno de los pueblos es de una evidencia todavía mas luminosa. Por eso, no hay gobierno que, al querer ser aceptado, no solo como poder sino tambien como autoridad, no comienze por proscribir toda discusion acerca del principio de su existencia: tan invencible y tan unánime es el convencimiento de que una autoridad discutida es una autoridad perdida sin remedio, y que para ella, el hecho solo de ser puesta en duda es tanto como morir.

Y no es menos cierto que, por la fuerza misma de las cosas, suele no morir sola ella. Las autoridades que Dios pone en el mundo para gobierno de los hombres, quieran ellas ó no, se enlazan y sostienen unas á otras: tienen en su respectiva suerte una mancomunidad maravillosa, porque tienen en sus raices multitud de afinidades secretas y de vínculos ocultos. Pudiera compararselas á los árboles de un mismo bosque cuyas raices se juntan y entrelazan debajo de tierra. Del propio modo, en el órden moral hay un vínculo profundo que liga y anuda misteriosamente las raices de todas las autoridades para prestarse un recíproco sosten mientras permanecen estables, y para comunicarse mútuamente las sacudidas cuando alguna es removida en su fondo: su consistencia ó su vacilacion están en razon del impulso con que se las quebranta, ó del apoyo con que se las fortifica.

Y aquí está, señores, digámoslo de pasada, el mayor peligro de los tiempos modernos, en que las autoridades van siendo cada dia menos indiscutibles. La discusion de la autoridad es el genio propio de la revolucion; ó por mejor decir, es la revolucion misma; la revolucion, que anda por el mundo sembrando la discusion en los dominios de toda autoridad respetada por los hombres y consolidada por los siglos. Cuando toda autoridad, inclusa la de Dios, haya llegado á ser discutible, la revolucion estará consumada, y ya no existirá autoridad ninguna.

Sin embargo, ¿es posible que entre tantas autoridades minadas en su raiz misma por la discusion, como la encina corpulenta por el golpe del hacha, no quede en el mundo autoridad ninguna que sea universalmente aceptada como tipo de autoridad indiscutible? Sí, señores, la hay: esta autoridad, eximida por el instinto de los pueblos de toda discusion, existe todavía entre no-

sotros; es la autoridad de la familia. Esta monarquía doméstica, cuya dignidad y cuyos derechos esplanaré en un discurso especial, siguen siendo la mas incuestionada de las autoridades. No que no haya pasado tambien por ella la revolucion, como veremos oportunamente; no que haya omitido la revolucion esfuerzos para mermar los derechos y prerogotivas de esta autoridad; pero no se ha atrevido á embestirla de frente: por un resto de pudor, ha parecido como que respetaba ese último cetro: si tambien contra él se atreviese, la revolucion reinaria en la familia, y la sociedad seria aniquilada. No: la Providencia custodia aun fuertemente este cetro, y los pueblos no le abandonarán, porque en el ven la defensa de sus mas profundos y nobles instintos. No: la paternidad, que lleva en si misma el explendor de su derecho, la razon de su potestad y la indiscutible autoridad de su imperio, seguirá siendo perpétuamente el tipo inalterable de la autoridad en que estriban el orden y la grandeza de las sociedades humanas.

Despues de la autoridad indiscutible, el segundo elemento de toda sociedad que funcione armónicamente es la sumision *afectuosa*. La sencilla cordialidad, el acuerdo perfecto entre la autoridad y la obediencia, están basados en un secreto eficacísimo; y este secreto no es el miedo ni el servilismo, sino el amor; el amor, que hace amar el precepto, porque hace amar al que lo da. En esto consiste el arte supremo de gobernar á las gentes. Lo que importa á la estabilidad de las sociedades y á la ventura de los pueblos, no es fundar poderes temibles, sino poderes amables. ¿De qué sirve un irresistible precepto, ni un cetro temido, si estan armados los corazones, y la obediencia es como de esclavo? La sumision duradera y segura no es el resultado de una fuerza domada, sino de una fuerza espontaneamente rendida. Por nuestra calidad de subditos, no somos ruedas de una máquina, sino seres librés en una armonia viva. En una palabra, señores: hacer amar su autoridad y hacerse amar asi mismo gobernando con justicia y verdad: este es el gran secreto que tienen que hallar los que rigen el destino de las naciones, y este el mas arduo problema sometido á su razon.

Ahora bien; este secreto, que tan sencillo y tan facil de hallar parece al pronto se oculta muchas veces á los poderosos; este problema, no basta para resolverle la razon sola, ni aun el genio. Conciliar en si el afecto y amor de los gober-

nados con la propia autoridad y el poder que los gobierna, ha sido siempre la gran dificultad de los señores de los pueblos. En esto se encuentra la impotencia mayor de los que todo lo pueden en la tierra: si, todo, escepto mandar al amor: esta es la humillacion de los que ninguna otra pueden sufrir; la de ver, la de sentir que para hacerse amar de sus semejantes, son hartos mas impotentes que los demas hombres. La dificultad de hacerse amar disminuye el gozo de hacerse obedecer, y anubla muchas veces el contento de los mas venturosos potentados.

Pero, por grande que sea esta dificultad de ganar el afecto junto con la sumision, y de hacerse amar y obedecer á un tiempo mismo, hay que tratar de vencerla por todos los medios licitos y justos, pues en la gobernacion de los pueblos, el afecto es cosa que por ninguna otra puede ser sustituida. La principal guardia de honor y de seguridad para las potestades que duran y hacen la felicidad de las naciones, es la guardia real del amor y de la felicidad.

Pues bien, esta guardía sagrada, se la ha dado Dios al rey de la familia. Asi como el padre lleva en su solo nombre de tal la prerogativa, y en su alma el instinto de la autoridad que manda, asi es tambien el hijo, si ya no estuviere pervertido, lleva en su corazon el amor nativo de la autoridad á quien obedece, y la cual en efecto se hace obedecer de él sin mandarle; sabe el hijo amar, sin previo apredizaje, una autoridad que ni siquiera piensa en discutir, y esta propia sumision generosa y espontánea es la gloria doméstica, blason de los hijos bien nacidos y de las familias bien educadas. Dios ha escondido en la naturaleza misma del padre y del hijo el misterio de esta armoniosa correspondencia, que consiste, por una parte en el derecho evidente de mandar, y por otra en la generosa necesidad de obedecer, reuniendose y acordandose luego aquel derecho y esta necesidad en el seno del amor, que liga con vinculo suave la autoridad del uno y la obediencia del otro. Este es el ideal de toda sociedad bien ordenada; nuestra perfeccion esta en acercarnos á el lo mas posible, procurando realizar, por medio de la autoridad indiscutible y de la sumision afectuosa, el otro elemento que, asi, en la familia como en la sociedad publica remata el órden, la armonia, el progreso hablo del ministerio *leal*.

Este es en efecto el que completa la divina institucion de la

familia. Para ofrecer á la vida social su mas acabado y precioso tipo, Dios ha puesto en el centro de la familia, entre la autoridad y la sumision, el mas dulce y más poderoso medianero, el cariño: entre el padre y el hijo, ha puesto á la madre; la madre, cuyo incomparable cargo mostraremos separadamente; la madre, unida juntamente con el padre y con el hijo, con la autoridad de quien depende, y con el subdito á quien ha de servir, y que en su propio corazon halla para el uno y para el otro fuentes de cariño inagotables. La madre, *ministro* en el gobierno domestico, adicta á la autoridad de quien es órgano, adicta al súbdito de quien es servidora, y que de estos dos afectos saca tesoros de armonia, de fuerza y de fecundidad. Asi se completa y remata este inalterable tipo de toda sociedad bien ordenada; con este género de poder que se abniega á si propio, y como que se borra para llegar al súbdito por el intermedio del amor.

Si, señores: para que todos los resortes sociales funcionen con fuerza y suavidad á un mismo tiempo, para que la autoridad no oprima al súbdito, y el súbdito no maldiga á la autoridad, se necesita entre la una y el otro un ministerio que sea leal, cariñoso y abnegado. Por ministro entiendo aquí todo órgano de la autoridad, empleado en servicio del súbdito, sea cualquiera su grado gerárquico; y digo que para cumplir su cargo, es decir, para formar y mantener perfecto acuerdo entre la autoridad y el subdito es menester que á ejemplo de la madre sea entre aquella y este un medianero que á entrambos ame con igual abnegacion. El egoismo erigido en ministro es, señores, contradiccion en los terminos y desorden en las cosas; es, dicho con mas exactitud que tiene la frase vulgar, el *ministerio volcado*; es un cargo opuesto al fin mismo para que se halla establecido; es el poder vejando al súbdito con despotismos involuntarios; es el súbdito llevando hasta cima del poder resentimientos inmotivados; es la paz comprometida, es la sociedad amenazada.

Doce años ha ya, proximamente, durante aquellos dias tan preñados de ardores y de ruidos, cuando todas las ideas, buenas y malas, fueron admitidas al honor de hablar en el foro, me acuerdo de haber oido resonar una frase cuya generosa trascendencia impresionó juntamente mi animo y mi corazon. «¿Quereis no ver, decia, revoluciones sin fin, en la sociedad? Pues poned junto al poder abnegaciones sin término.» Maravillosa-

mente dicho. En efecto: la primera, la principal calidad del verdadero ministro, del que ha de ser órgano de la autoridad y servidor de los súbditos, no es el genio, sino la abnegacion porque la abnegacion sola, el concierto de la autoridad y de la sumision que se juntan en la persona del ministro, pueden reproducir en la sociedad algo parecido á la belleza, á la ventura, á la suavidad de la familia.

Tal es, señores, el tipo que será perpétuamente el más puro y el mas perfecto de la vida, social: la sociedad domestica con sus tres elementos constitutivos, el padre, [el hijo, la madre; es decir, la autoridad, la obediencia, la abnegacion. Mientras más se acerquen y asemejen las sociedades á este tipo de familia, autoridad indiscutible, sumision afectuosa y ministro abnegado, serán tanto mas perfectos. Y recipocramente, á medida que la familia, fiel á sus leyes, perfeccione y armonice en si misma estos tres elementos de su vida propia, tantos mas ciudadanos elevados y sociedades progresivas habrá preparado á los siglos futuros. La familia. asi ordenada, es el noviciado de la sociedad, es el aprendizaje de la vida, comenzando en el hogar para esplayarse en la patria, conservando el caracter de su nacimiento, el sello de su origen, y el reflejo de su ideal. Esta vida de familia, en efecto, cuando ha sido modelada conforme á su eterno tipo, imprime á los hijos del hogar, asi que pasan á serlo de la patria, un sello que los distingue y una gloria que los enaltece, conjunto delicado de respeto, de obediencia y de amor, con mas un yo no sé que de acabado que la religion pone en el fondo de todas las cosas santas. Nada será mas facil de gobernar que estas generaciones asi educadas, para las cuales es sencillo y natural hacer en la sociedad pública lo propio que han hecho siempre en la domestica; es decir, amar, obedecer y respetar: verdaderos hijos de la patria, porque son generosos hijos de la familia, seran para la sociedad algo mas que su gloria y su blason; porque seran su fuerza y su custodia.

III.

Aqui teneis, señores, el tercero y último vinculo eficaz que liga con la sociedad pública á la sociedad domestica. Habeis hasta aqui visto que la primera tiene en la segunda su principio y su modelo; y ahora añado que en ella encuentra tambien su mayor fuerza y su mas firme baluarte. Si verdad es que la patria defiende y protege á la familia, no lo es menos que la familia protege y defiende á la patria; porque el amor de la familia, tal como Dios le ha puesto en el corazon humano, es y será siempre la mas invencible fuerza de la sociedad, ora la ataquen enemigos extrangeros, ora la conmuevan turbulencias interiores.

La primera cosa necesaria á los hombres para ser fuerza y custodia de la patria es, si no me engaño, estar adheridos á ella, y estarlo notese bien, como lo está la vida á los seres; es decir, con vinculo vivo. Si entre mi vida y mi patria no hay algun vinculo de este genero; si no estoy adherido á mi patria por alguna raiz, por alguna fibra de mi propia existencia, jamas seré para ella ni una fuerza ni una custodia. En una palabra: lo que contituye la mayor fuerza de la sociedad es el amor sincero de la patria, es el patriotismo.

Tratase, pues, de averiguar cual sea principalmente este vinculo no muerto, este lazo sensible, digámoslo asi, por quien el hombre está adherido á esta cosa tan llena de suavidad y de prestigio que llamamos la patria. ¿Como nace y crece en las almas, con el amor de la patria, el verdadero patriotismo?— La patria: esta palabra tiene tal encanto para todo corazon bien nacido, que en cuanto se la oye resonar, despiertanse en todas las profundidades del alma ecos que repiten á un tiempo mismo: ¡la patria, la patria!...

¿De qué nace este encanto sin igual? ¿Que cosa es la que principalmente amamos en el fondo de la realidad significada con aquella palabra? ¿Es el agua de las fuentes? ¿el onda de los rios? ¿la verdura de los prados? ¿las espigas de la campiña? ¿el suelo en que dimos nuestros primeros pasos? ¿el cielo en que tendimos nuestra primer mirada? No hay duda, señores, que aun las meras calidades fisicas del suelo que nos vió nacer,

tienen para el humano corazon encantos que yo no negaré; encantos tienen sus valles, sus llanuras, sus montañas; encantos sus aguas, sus flores, sus arboledas; encantos su aire, su sol, su luz: todo esto indudablemente se mezcla y se confunde en ese conjunto suave de realidades y de ilusiones que constituyen para nosotros el amor de la patria. Pero no menos evidente es que en el fondo de todo esto hay una cosa que lo explica todo; una realidad mas poderosa que las mas bellas ilusiones: esta cosa, ya vosotros la habeis nombrado, es la familia; aquí está la misteriosa seducion de la patria; su nombre mismo lo dice: ¡es la *paternidad*!

La paternidad va contenida tan profundamente en la idea misma de la patria, como que le ha dado el nombre que tiene: *Terra patria*. ¿Qué quiere decir esto, sino la tierra de mis mayores, el lugar donde tuve un padre? Y siendo así, ¿á que buscar en otra parte el secreto de aquel encanto misterioso? Es visto que todos los goces con que la patria nos brinda, aun en su mera superficie, no son sino reflejos de algo mas hondo que nos ha seducido en nuestra primera edad con bastante fuerza para gozarnos en buscar su huella incesantemente. Si el aire de la patria tiene para mi corazon un yo no sé que de dulce y de vivificante que me rejuvenece, es que allí sentí, como la flor de la mañana, su mas puro ambiente. Si ese huertecillo vale para mi un mundo, es que le llena mi padre, que en todos lados veo en el su huella. Si aquel arroyuelo ma va pareciendo mas lindo á medida que el tiempo me va alejando mas de el, y si mi corazon vuela á sus orillas con un impulso cada dia acrecentado por la distancia, es ¡ay! que allí, en brazos de mi madre, he recibido caricias y visto sonrisas como ya no he vuelto á ver. Si, en todas las imagenes que la patria remota me envia, en todos los recuerdos, cuyo perfume guardo en el alma, veo, siento algo de la paternidad y de la maternidad: hay algo que dice á mi corazon que ese amor que me lleva hacia aquella region, como el iman hacia el polo que le atrae, es el amor de la familia, amor que se difunde alrededor de ella y se extiende á todo cuanto se refiere á ella; es el amor de la familia que, ensanchando su esfera, se ha convertido en amor de la patria. Y en esta voz del corazon, ilustrado mi entendimiento, siento y comprende á un tiempo mismo que este amor de la patria no es sino una emanacion perpétua de la vida de la familia: que

amo á mi patria con el mismo amor que tuve á mi padre; y que el segundo amor no es sino como difusion natural del primero.

Por esto me pregunto á mi propio con sorpresa, que habian hecho de su corazon y de su razon los hombres que han querido persuadir á las gentes de que el culto de la familia amenguaria el culto de la patria, so pretesto de que encierra al corazon en una esfera demasiado limitada. ¿Por ventura, derrama la flor menos perfume por estar adherida al sitio de la tierra que con sus jugos le comunica vida y hermosura? El amor de la patria, como cualquier otro amor, no es fuerte sino á condicion de tener su centro. Ademas, Dios, que todo lo hace con fuerza y suavidad, ha sabido armonizar suave y fuertemente todos los amores de nuestros corazones, á la manera que ha armonizado las atracciones de los mundos; asi como hay un legítimo amor de si, que se difunde en el amor de la familia, así tambien el amor de la familia se difunde en el amor de la patria, y el amor de la patria en el amor de la humanidad: cadena magnifica, que descendiendo del seno de Dios por la creacion, fortifica todos nuestros amores, uniendolos entre si y refiriendolos á él como á su centro comun.

Mucho se engañaban pues los que imaginaron un patriotismo que habia de brotar de entre las ruinas de las familias: no, entre los escombros de lo que es legitimo y santo, una sola cosa puede echar raices la barbarie. Si la familia fuese aniquilada, ó con solo que el amor de la familia llegase á estinguirse en los corazones, nada mas se engendraria de esta muerte sino un feroz patriotismo, consagrado por instinto á la destruccion; pasaria por la humanidad como un monstruo devastador, dejando en pos de sí derruidas las cosas santas y mudos á los pueblos ante las ruinas; porque todo patriotismo que no ha surgido en el corazon del hombre de las fuentes de la paternidad, es un patriotismo falso, y por consiguiente exagerado, violento, fanatico, y las mas veces cruel. ¡Ah! conocemos muy bien ese genero de patria que se pretende levantar sobre los escombros de la familia, de la propiedad y de la religion; es aquella lugubre divinidad que tiene por sacerdote al verdugo, por altar al cadalso, por adoracion al terror y por sacrificio la matanza!

¡Lejos de nosotros este feroz patriotismo, que no es ni gloria ni defensa, sino oprobio y azote de la sociedad! ¡Ah! si que-

reis tener un patriotismo sincero, dulce y fuerte á un tiempo mismo, capaz de proteger y de ilustrar la patria, procurad que surja del hogar domestico y de sus dos fuentes, que son una sola, el corazon del padre y el corazon de la madre: que difundido en la familia como en su atmosfera natural, crezca y se eleve para la defensa de esta patria que solo aprendemos á amar amando á nuestro padre, y que para todos se contiene todo entera en el lugar donde se meció nuestra cuna. Porque la familia es una patria dentro de la patria; es la patria de los recuerdos, la patria de las esperanzas, la patria de los afectos, la patria del corazon; es la patria misma, compendiada y concentrada en el tallo vivo por donde está el hombre adherido á ella con un insoluble vinculo y un amor inextinguible. Sí; por este simpático lazo, primicias de su amor se siente encadenado á la patria, asociado á sus desventuras y á sus prosperidades, á sus glorias y á sus humillaciones; por este lazo se siente consagrado, juntamente con los suyos, con toda su hacienda, con toda su fuerza, con todo su valor, á la proteccion y á la defensa de la patria; por este lazo, en fin, todo hombre bien educado es para su patria una espada y un escudo, un soldado en la guerra y un soldado en la paz!...

De esta manera queda el hombre encadenado á la patria con raices profundas que nada basta á quebrantar; ni la persecucion, ni el destierro, ni la barbárie. De esta manera la familia prepara á la sociedad defensores verdaderamente abnegados para quienes la palabra *morir por la pátria*, no es un grito vano que resuena en el motin, sino el grito espontaneo de la vida que resuena en su lugar natal: grito generoso de verdaderos héroes, prontos en efecto á defender la patria y á morir por ella, porque han aprendido á amar dos cosas santas que se ama siempre con ella, los altares y los hogares. Es muy singular ciertamente que esta pasion de morir por la patria se exprese en todas las lenguas con aquellas dos palabras famosas: *Pro aris et focis*. Si á estas dos cosas se agregan las cunas en que duermen los pequeñuelos, y los sepulcros en donde con amor y dolor se guarda el culto de los antepasados, teneis todo lo que liga al hombre con la sociedad refiriendola á la familia, y con la patria refiriendola al hogar. Quitad sino todas estas cosas santas, el hogar, los altares, las cunas y los sepulcros; ¿y que restara para unir al hombre con la patria y consagrarlo á su defensa? Nada; la patria pierde todo su poder al perder todo su

encanto, y queda reducida á una helada abstracion, incapaz de crear abnegaciones y de suscitar defensores.

¡Desdichadas, por tanto, aquellas sociedades en que de dia en dia se van multiplicando poblaciones sin hogar que defender, sin cunas que protejer, sin sepulcros que honrar! ¡Doblemente desdichadas cuando, sin ninguno de estos santos y patrióticos bienes, se han quedado por añadidura sin altares, ante los cuales doblen la rodilla! ¡En los dias de las grandes crísis, no hallarán, no, esas sociedades los defensores que pide el comun peligro; sino que solamente oirán pasar entre el rumor estrepitoso llevado por el viento de las revoluciones, los soldados del egoismo, reclutados por el motin; no hallarán aquellas legiones heróicas que, en el corazon de la paternidad, bebieron la pasion de dar la vida por defender la tierra en que se meció su cuna; y por sus desastres sabrán, en fin, las consecuencias de no haber hecho á la familia fuente del patriotismo, y al hogar baluarte de la pátria!

La mas temible amenaza suspendida sobre esta gran ciudad, en que á ciertas horas se forjan los rayos que conmueven á Europa, consiste quizás en el acrecentamiento cada vez mas espantoso de hombres sin familia. ¿Habeis contado, en esta inmensa poblacion, cuantos hogares permanentes se hallan, en que la familia sume siquiera tres generaciones? ¿Quereis saber, señores, qué cosa es la mas rara de encontrar en Paris? Pues dícese que son los parisienses. Y no penseis que esto sea un juego de palabras con que yo pretenda burlarme de nuestras desventuras: seria juego muy cruel! es un signo de los tiempos actuales, que hace temer á mi corazon por la suerte de mi patria. ¿Qué va á ser, me pregunto, qué va á ser, mas pronto ó mas tarde, de este corazon de Francia, centro de la vida moderna, que así va perdiendo, con el amor de la familia y el culto del hogar, la mas firme defensa de la patria?

El hombre sin hogar es casi siempre un hombre peligroso; al verse aislado, fácilmente se ensaña contra la sociedad, á quien acusa de su aislamiento: nada le liga con su patria, ni lo pasado ni lo porvenir; para él no existe mas que el presente fugitivo dia. Si le oprimen infortunios, cree sentir sobre sí la mano cruel de una sociedad que le aplasta, y su corazon rebosa de iras contra ella; y desde este punto, su fuerza toda, si tiene fuerza, su génio todo, si tiene génio, no son ya para la sociedad una defensa sino un peligro; no son ya un escudo presto á protegerla, sino una espada presta para herirla.

ce sobre la familia misma su accion mas profunda y decisiva. Y si el cristianismo, segun ya hemos tratado de demostrar, es la religion del progreso, consiste principalmente en que es tambien la religion que protege, desarrolla, perfecciona, y santifica mas que otro elemento alguno la familia humana. Aquellos que no buscan los beneficios de Jesucristo sino en las instituciones públicas y en las creaciones directamente sociales, no comprenden el sentido de la civilizacion cristiana, y se les oculta el misterio mas fecundo de la accion que ejerce en la humanidad. En las sociedades cristianas, es indudable que la accion de Jesucristo se manifiesta en todo y por todo para aquellos que saben reconocerla; porque Jesucristo está en el centro y su irradiacion es universal, si bien en la familia es donde coloca principalmente su accion para trasformar por ella la sociedad procedente de la familia, y en el hogar es donde toma su punto de apoyo para levantar el mundo y elevarlo hasta sí.

Hé aquí, señores, por qué, despues de haber demostrado lo que es la familia con respecto á la sociedad, me propongo demostrar ahora, siguiendo el curso de las ideas y el encadenamiento de *l*as cosas, lo que es Jesucristo con respecto á la familia. No habiendo establecido sino de un modo general la influencia de la familia sobre la sociedad, no estableceré tampoco sino generalmente la influencia de Jesucristo sobre la familia siguiendo en mi segundo discurso el mismo plan que me propuse en el primero, pues que no hallo razon plausible para variarlo. Habiendo, pues, demostrado en el domingo último que *l*a familia es el principio, el modelo y la fuerza de la vida social, voy á demostrar ahora que Jesucristo es el principio, el modelo y la fuerza de la familia cristiana, y por consiguiente el progreso divino de la sociedad, realizado por el progreso divino de la familia.

I.

Tal vez seria ocasion oportuna para deciros cómo habia en-

contrado Jesucristo la familia, cuando vino para restaurar y levantar hasta si todas las cosas, porque, midiendo el abismo donde el paganismo la habia precipitado, podriais medir mejor tambien la altura á que Jesucristo la hizo remontarse consigo mismo. Pero creo, señores, que vuestra conviccion sobre este punto no necesita del auxilio de la palabra. Una sola mirada que echemos, por superficial que sea, sebre los monumentos de la historia humana, basta para descubrir inmediatamente los misterios de oprobio que deshonraban á la familia en el paganismo, y la deshonran hoy todavia donde quiera que la Iglesia no haya llevado su Cristo, y donde quiera que Jesucristo no haya realzado la sociedad doméstica. En todas partes era la familia, proporcionalmente á la abyeccion de los pueblos, el despotismo del padre y la esclavitud de la madre, resaltando entre ambos como resultado de la esclavitud y el depotismo, la degradacion del hijo y el oprobio de la familia entera. Si alguna variedad ó diferencia admito sobre este punto, es la variedad en la ignominia ó la diferencia en los grados de una abyeccion comun á todas las familias que no adoran todavia á nuestro Cristo. Evidentemente, era en el hogar doméstico, en la fuente misma de la vida humana, donde habia de comenzar la trasformacion de la vida, destinada á preparar tantas otras trasformaciones.

¿Qué hizo Jesucristo para que se operase en la familia trasformacion tan radical? ¿Que medio empleó para que fuesen derrumbados, á presencia suya, el despotismo de los padres, la esclavitud de las madres, la degradacion de la infancia, oprobios todos de la vida deméstica? ¿Se apresuró, por ventura, á proclamar en el mundo con el ruido estrepitoso peculiar de los reformadores los derechos del hijo, la rehabilitacion de la mujer, y el destronamiento de la tiranía paterna? No, señores; Jesucristo prescindió de procedimientos tan vulgares, propios de los hombres; en esto, como en todo, procedió como un Dios, así en el fondo como en la sustancia de las cosas; hizo por la familia lo que habia hecho por la sociedad y por el hombre individuo. Para levantar al hombre, se hizo hombre; para levantar á la sociedad, se incluyó en ella; para levantar á la familia, siguió el mismo método incluyéndose en la familia; y como esta es el principio vital de la sociedad pública, se hizo él tambien principio vital de la familia cristiana. Y ved aquí el primer misterio de grandeza consumado por el Cristianismo en el seno de la familia cristiana; ved aquí á Jesucristo creado, formado, y perpetuado en las generaciones por el ministerio de la Iglesia.

Pero ¿de que influencias divinas, de que misteriosos cáuces se valió la Iglesia para llevar al seno de la familia la vida de Jesucristo á fin de formarla luego á imágen suya y cubrirla con su fuerza como con un escudo invencible?

Señores, los cauces misteriosos por donde la vida de Jesucristo va á parar á la familia cristiana, son los Sacramentos, y el secreto de su influencia divina está en la funcion misma que los administra. Los sacramentos son misterios eficaces, signos operadores instituidos por Jesucristo para crearle á El mismo en la humanidad, y conservar entre El y la humanidad incorporada á El mismo, relaciones vitales.

Y ante todo, señores, es de observar que Jesucristo no se contentó con establecer, como base de la sociedad doméstica y como nudo sustancial de la familia, un contrato humano, una mutualidad de consentimiento: sino que instituyó un Sacramento divino, el matrimonio cristiano. ¡De suerte que el matrimonio cristiano tiene no solamente fuerza para ligar uno à otro ante la sociedad á los dos seres que se aproximan con el objeto de constituir la unidad viviente de la familia, sino que tiene tambien fuerza y eficacia para unir á ambos con Jesucristo por medio de la comunicacion de la gracia sacramental, la cual es una comunicacion de su propia vida; comunicacion misteriosa, pero real, que lleva consigo misma un ausilio y una fuerza relativos á los deberes impuesto á los esposos por un contrato elevado á la altura de Sacramento, y por un Sacramento que los eleva á la altura de Jesucristo. No me estraña, por tanto, la solemnidad que se complace en dar la Iglesia á este acto sublíme, el cual predispone de antemano el futuro padre y la futura madre á desarrollar en una posteridad digna de ellos la vida de Jesucristo, porque el matrimonio les reviste de la misma vida de Cristo para este ministerio sagrado.

Verdad es que la vida de Jesucristo no se trasmitirá en la posteridad de los casados por las mismas vias que la vída de la naturaleza. Para esta segunda vida del hijo que nazca de ellos, será necesario un segundo nacimiento: y hé aquí por qué, para la primera creacion de esta vida divina en los hijos de la familia, hay otro Sacramento que es el del bautismo, tan propiamente llamado Sacramento de regeneracion, pues que, por la eficacia suya, el hijo de la familia, heredero de la muerte legada por Adan, renace á la vida que se le restituye por Jesucristo. Esta segunda vida, que solo Dios puede restituir, porque solo él pue-

de darla, no es una creacion del hombre y la mujer —de Adan y Eva,—sino una creacion de Jesucristo y su Iglesia; creacion dos veces divina, pues que es un Dios quien pone por sí mismo en el alma algo de su propia vida. Misterio sublime y radiante que derrama en la familia y en torno del hijo regenerado una divina emanacion de Jesucristo. Porque Jesucristo, en efecto, no solo ha escrito su nombre en la frente del jóven cristiano é impreso en su alma un carácter eterno, sino que, al comunicársele, ha puesto en su vida algo divino. Por eso cuando el niño regenerado á quien iluminan todavía las claridades del misterio, vuelve al hogar doméstico en brazos de quien lo condujera á la fuente bautismal, es inexplicable la veneracion con que el padre y la madre que tienen idea de su trasfiguracion, se acercan á este cristiano esplendente con el esplendor de Jesucristo!

Dad tiempo á que crezca el niño que lleva en sí á Jesucristo, ó por mejor decir, dejad que Cristo crezca y se desarrolle en él. Porque así como los gérmenes de la vida natural se desarrollan con el soplo de la naturaleza, así Jesucristo, depositado por el bautismo en el seno del joven trasfigurado con todos los elementos de su vida, crece y se desarrolla en él bajo el hogar cristiano, como crecia y se desarrollaba bajo el humilde techo de Nazareth. Y cuando los piés del niño hayan adquirido consistencia para llevar con facilidad la carga de su cuerpo conforme este vaya desarrollándose; cuando la razon le descubra con sus primeros albores los primeros abismos de la vida, y la vida misma, al mostrarle sus propios horizontes, se le revele, tal como es en sí, una milicia y un campo de batalla; entonces un nuevo Sacramento vendrá á dar á esta vida del Cristo, ya militante, el sello de la fuerza y de la consistencia. El cristiano adulto llegará á ser un soldado armado con el Cristo para defenderlo; la Confirmacion será en el niño un nuevo desarrollo, y en el hogar cristiano una nueva irradiacion de Jesucristo.

Pero aún despues de este acrecentamiento de su fuerza y de la espansion de Jesucristo en el jóven cristiano, puede este sucumbir y sucumbe á veces en efecto, bajo el peso de la lucha. Al lado de Jesucristo que vive y crece en él, lleva pasiones que tambien viven y crecen, las cuales, triunfantes y victoriosas de su flaqueza muchas veces, le obligan á prosternarse ante los dioses á quienes ellas rinden culto. El mismo corazon donde se albergaba Jesucristo, sufre desfallecimientos, caidas, de-

gradaciones y ruinas; ruinas de la vida divina que cae, se debilita, ó se anonada en él, y para levantarle de estas caidas, curarle de estos desfallecimientos, rehabilitar estas degradaciones, y reparar estas ruinas, Jesucristo ha instituido el Sacramento de la Penitencia; Sacramento divinamente restaurador, en virtud del cual el mismo Jesucristo se restablece en una alma por el ministerio de su sacerdote. El cristiano desheredado de su Cristo, vuelve á obtenerlo por medio de una bendicion que se lo restituye; lo habia perdido á causa del orgullo y la voluptuosidad, y lo recobra con las lágrimas que le tornan digno de él, y con una prosternacion que le eleva á la altura donde él se encuentra: y el mismo Jesucristo, desterrado un momento del cristiano, al dignarse volver á ser su huésped, se muestra más sensible á su alma, y, por decirlo así, mas visible en su frente, como si no se hubiera borrado del cristiano sino para reaparecer en él con un gozo mas sereno, y con un rayo de luz mas suave.

Y en el crecimiento, señores, del Cristo que vive y renace cada vez mas hermoso en el cristiano, y que prepara el desarrollo y el progreso de la vida, amanece un dia mas feliz y radiante que los otros, que es aquel en que el Sacramento Eucarístico proporciona al joven cristiano la posesion más completa del Cristo: dia del Cielo, que ilumina la familia, dia en que el niño, al volver del templo, trae á su Dios dentro de su propio cuerpo erigido en tabernáculo, y el cual trasforma en verdadero santuario el hogar consagrado donde la familia entera ama y adora á Jesucristo presente en un niño.

Si en tal dia ademas, como suele practicarse todavia en las familias profundamente cristianas, el padre y la madre, los hermanos y las hermanas han tomado asiento tambien en el banquete en que Jesucristo se da y se incorpora á todos, con el objeto de renovar en un mismo instante la misma participacion del cuerpo, sangre, divinidad y vida de Jesucristo, ¿como podria yo deciros lo que entonces vienen á ser unos para otros, todos estos seres, en cuya frentes brilla el destello de una misma transfiguracion? ¿Como podria explicar, en un lenguaje digno de tal misterio, la religiosa veneracion de los padres para con los hijos y de los hijos hácia los padres, cuando, participando todos de la misma luz y la misma emocion, ven y sienten simultáneamente unos en otros la misma irradiacion y las mismas palpitaciones de la vida de Jesucristo? ¡Cuanta elevacion comunicará á la familia el Cristo que se eleva y crece en ella

de dia en dia, y como aumentará sus aspiraciones, elevará sus pensamientos, y la trasformará y divinizará en cierto modo, la idea de que Jesucristo se halla presente y creciendo en su hogar!

Y no acaban aqui, señores, los misterios en virtud de los cuales se hace palpable Jesucristo en la familia cristiana. No: todas estas manifestaciones, todas estas comunicaciones de su vida, se completan con otro misterio que deja en el hogar doméstico imperecedera memoria, y el cual es aquel en que Jesucristo se digna visitar al cristiano que no puede ir á donde el está, para marcarle con una Extrema Uncion, y proveerle por si mismo, como de un Viático para la eternidad,

¡Ah! cuando, en medio de la religiosa emocion que inspira el lecho de un cristiano moribundo, la tristeza de ver á un hermano que va á separarse de nosotros, se templa y trasforma en el consuelo que Jesucristo derrama sobre el hogar y sobre los que le habitan y sobre el que vá á partir de el; cuando la familia, arrodillada y sumida en el dolor, la piedad y las lágrimas, llora al hombre que va á morir y venera al cristiano que recibe á su Cristo: cuando oye al Sacerdote, al angel conductor del cristiano en su último viaje, repetir, inclinandose sobre su frente invadida por la muerte, estas palabras que solamente los verdaderos cristianos pueden oir sin desesperacion y hasta sin tristeza, *Proficiscere anima christiana*, sal alma cristiana sal;cuando. despues de escaparse la vida con el ultimo suspiro de aquel cuerpo santificado por Cristo, todos con una piedad impregnada de ternura y un dolor mezclado de gozo que son el duelo de los cristianos, se ponen á orar en torno del cadaver como si fuera un tabernaculo; cuando todos, por via de despedida y de última bendicion, hacen, rociandole con agua bendita, la señal del Cristo á quien ha llevado en si toda su vida y á quien lleva consigo en la muerte; cuando la Iglesia misma, en fin, trasformando el luto de la familia en las claridades de la fe y la esperanza, viene á buscar aquellos restos consagrados por Jesucristo, y se oye en los dinteles del hogar domestico el cantico de despedida en que las alegrias de la patria se mezclan con las tristeza del destierro para dulcificarlas, ¡como, deciros, señores, no solamente el amor, sino la veneracion, la piedad y la religion que entonces se acumulan en el hogar donde Jesucristo se ha dejado sentir en todas las jornadas de la vida, donde se le siente todavia en la hora de la muerte,

revestido con una magestad á quien presta mayor grandeza la gloria de inmortalidad con que adorna los funerales y corona las tumbas!

Asi, pues, el Matrimonio, el Bautismo, la Confirmacion, la Penitencia, la Eucaristia y la Extrema uncion, depositan, desarrollan ó consuman en la familia cristiana el misterio de la vida de Cristo, y preparan en todos los crecimientos sucesivos de esta vitalidad superior, los verdaderos progresos de la humanidad por medio del cristianismo. Y si á todos estos elementos de vida que se acrecen en Jesucristo y por Jesucristo Dios tiene á bien agregar la nobleza del santuario, como solia suceder en otro tiempo entre las grandes familias cristianas que tenian la dicha de crear con su sangre un sacerdote de Jesucristo: si en una de estas familias tan ilustradas en varios conceptos por el mismo Jesucristo, suponemos que Dios ha escogido un hijo predilecto y que lo elevó á la aristocracia sacerdotal para coronar con el la grandeza que viene del Cristo, haciendo que refleje sobre ella un rayo de monarquia, entonces podreis contemplar en un cuadro abreviado, pero fiel, todos los misterios de grandeza que la Iglesia consuma por medio de los Sacramentos en la familia cristiana, haciendo que Jesucristo nazca, crezca y se desarrolle en ella!

La Iglesia es quien comienza la trasformacion de la humanidad introduciendo en la familia la vida de Jesucristo, la cual debe brotar de sus fuentes en la sociedad entera para elevarlo todo á su propia altura. Y he aqui el gran misterio consumado por la Iglesia: una presencia real de Jesucristo en el hogar, asi como hay una presencia real de Jesucristo en el templo. De este modo, Jesucristo, Hombre-Dios, continua incorporandose por las venas de la familia en la humanidad entera, y conforme se multiplica y extiende la familia, se extiende y multiplica tambien el mismo en los espacios y en los siglos.

Pronto hara dos mil años que la palabra trasformadora de la humanidad entera resonaba sobre la cuna de un niño como un eco de la profecia, repitiendose en la historia: Dios esta con nosotros, ¡nos ha nacido un niño-Dios *Emmanuel*! Esta palabra, que resonó en Belen, que resonó en Nazareth, y desde allí sigue resonando de siglo en siglo y de espacio en espacio es la misma qne hoy resuena bajo el techo que alberga á una familia cristiana. Todo allí tiene voz para proclamar lo que se

esta realizando en su propio seno; *Emmanuel*: Dios está con nosotros; Cristo está aqui; Cristo está en el padre, Cristo esta en la madre, Cristo esta en los hijos, Cristo esta en todos. Crezcamos, pues, en el de todas maneras: *crescamus in illo per omnia*; hasta que elevandonos á su medida y plenitud, seamos hechos á su semejanza. ¡Que la vida de Cristo, que está en nosotros, se manifieste y resplandezca en nosotros: y asi como tenemos por noble llevar en nosotros el timbre de su raza y la divinidad de su vida, cifremos tambien nuestra perfeccion y nuestro destino en llevar en nosotros la gloria de semejanza y el esplendor de su Imagen.

Jesucristo, en efecto, es en la familia no solamente una fuente de vida que la regenera, sino tambien un modelo para amoldarla; modelo de perfeccion que se eleva hacia Dios haciendola á su semejanza, porque el mismo es la perfeccion y el mismo es Dios.

II.

Hemos dicho que la familia es la grande influencia social, porque es la formacion de la vida; pues bien, la grande influencia de la familia cristiana es Jesucristo, tipo con el cual se forma esta familia, y causa de su inmensa elevacion.

La imitacion es lo que principamente desarrolla y da forma á la vida. El hombre es naturalmente imitador; porque, nacido para el progreso, siente en lo intimo de su alma que es perfectible. Tomada en tan noble parte, la imitacion es elemento esencial de todo progreso, ó mejor dicho, es el progreso mismo; es el hombre que por medio de ella procura alcanzar la perfeccion que no posee; y esta es la razon de que en todas ocasiones y en todos parages el hombre imita mejor ó peor, ó procura al menos imitar alguna cosa. La originalidad no excluye por cierto la imitacion. Copia servil de un modelo exterior, es lo que se llama vulgaridad; originalidad, la imitacion elevada del tipo que tiene uno dentro de si mismo, y en virtud de la cual es uno, en cierto modo, artista y original de

su propia obra. Ni el genio mismo prescinde de la imitacion: su privilegio consiste en tomar los dechados mas sublimes, los que mas se acercan á Dios.

Facil me seria demostraros que la imitacion está en el fondo de todas las nobles artes, las cuales no pasan de ser una manera de expresar ideas ó afectos: acaso llegue un dia en que pueda desarrollar este pensamiento. Mas sea lo que fuere de las demas artes, hay una para la cual la imitacion es indispensable, y este arte es el arte por excelencia, que consiste en formar al hombre á imagen y semejanza del Criador. La educacion, esto es, la accion de la paternidad en la conformacion del alma del hombre, es la escultura de una vida, cincelada por el modelo de otra vida; la reproduccion viva de un ejemplar igualmente vivo. El niño en medio de la familia es el artista que pinta un lienzo teniendo el modelo delante; modelo es para este niño todo cuanto en el hogar se le aparece como tipo de la vida; la copia, es el niño mismo. Si mira el original desde un punto bajo, la vida será rastrera: vulgar si lo observa desde mediana altura; pero si lo llega á contemplar desde un punto de vista elevado, elevada será tambien la vida: imitando á un dechado sublime, se sublima tambien la vida por sí misma, y se va *elevando* (1) en el noble sentido de la palabra. Asi, pues, señores, para que la vida doméstica, modelo de la vida social, ascienda á su verdadera altura, necesita un modelo vivo, el mas completo, el más perfecto posible, modelo divino con humana forma.

¿Quereis saber, por ventura, cual es el dechado que la Iglesia presenta á los ojos de la familia cristiana para la conformacion de su vida? Entrad conmigo bajo ese techo bendito que cobija á la familia cristiana y santa á quien Dios desde la bóveda celeste contempla con infinito amor, porque es lo que mas se le semeja en la tierra: ved ahi los cuadros de venerables ascendientes que han dejado á la familia sus virtudes por herencia, sus recuerdos por salvaguardia, su imagen como predicacion, su vida; en fin, como modelo. ¿No será suficiente para la educacion de la familia imitar á tantos dignos ejemplares?... —No, dice la Iglesia; no es esto bastante para el engrandecimiento de mi raza.

---

(1) Tengase presente que *élever* en frances significa elevar y criar ó educar.

Aqui están los retratos de célebres personajes que han dejado hondo surco en la historia y que, en esferas distintas, aunque brillantes todas, han iluminado al genero humano: capitanes, Monarcas, Legisladores, oradores, todos los que han dispensado grandes beneficios á la humanidad: ¿no será bastante seguir tan ilustres ejemplos para la educacion de la familia cristiana?—No, responde la Iglesia; no esto bastante para el engrandecimiento de mi posteridad.

Aqui teneis, por último, las imagenes de los Santos, que brillan en medio de sublimes y celestiales aureolas: ¡que fisonomias! ¡que grandeza! ¡que rayo celestial brilla en sus semblantes! ¡como resplandece la divina lumbre en la frente de esos hombres que como nosotros han hollado la tierra! Y, ¿no ha de bastar para la educacion de la familia cristiana imitar á los heroes del cristianismo, seguir las huellas de esos gigantes de la humanidad? - No, todavia no, contesta la Iglesia católica; para la gloria de mi raza, para la ilustracion de mi posteridad, no es suficiente aun la imitacion de los Santos.

Sobre todos vuestros antepasados, sobre todos los hombres célebres sobre todos los Santos, está el Padre del siglo venidero, está vuestro divino antepasado: sobre todas estas figuras descuella una figura incomparable tipo y modelo de todos los Santos sobre toda la humanidad, en fin, está el Dios-Hombre, Jesucristo, Nuestro Señor, á quien todos debemos imitar.—Hijos mios, dice la Iglesia á su familia entera: Jesucristo primero: Jesucristo despues y, siempre Jesucristo ha de ser vuestro dechado. Los dolores de mi alumbramiento, y el progreso de vuestra vida entera, solo consisten en haceros parecidos á Jesus, y en convertiros en fiel imágen suya!

He aqui, señores, el secreto de la grandeza de la familia cristiana, perpetuo vaciado de todas las generaciones, hecho por mano de la Iglesia, en el molde de Jesucristo. Aquí está todo entero, en su longitud, en su latitud y profundidad el dulce y prepotente ministerio de la Iglesia católica para la familia cristiana. Estampar á Jesucristo en nuestras almas, formarlo dentro de nuestros corazones, ha sido en todos tiempos y en todas partes su insaciable y divina ambicion. ¡Ah! sus enemigos desfiguran y calumnian ante los pueblos esta ambicion, que no es, como se supone, rivalidad de influencia, celos de poderio, no: lo juro puesta la mano sobre su corazon y el vuestro; esta ambicion es una necesidad de su amor impaciente, anhelante por

reproducir en todas partes la imágen de su Cristo; amor semejante al que siente toda madre que se tiene por dichosa en sufrir para formar á sus hijos: amor que va diciendo á todas las familias en que hay un alma donde grabar á Jesucristo y conformar en Jesucristo, estas palabras que revelan su maternal ambicion y que rebosan, mas que dolor, dulcísima alegria: «Hijito mios, por quienes segunda vez estoy sufriendo dolores de parto, hasta que Jesucristo, mi divino esposo, sea formado en vuestros corazones y vea brillar en vuestra frente su divina imagen...*Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis!...*

Esta es la razon de que, bajo el techo de cada casa, en que no se haya repudiado el sagrado ministerio de la maternidad de la Iglesia, se vea colgada de la pared y expuesta á todas las miradas, y á la docil veneracion de todos los ánimos, la dulce y sublime imagen de Jesucristo. Allí está, no solo como un Dios protector del hogar domestico, sino como un Dios, modelo de la familia entera: allí está el divino Crucificado cobijando con sus miradas á la familia que le adora indicando cual es el divino ideal á todo el que aspira á ser grande.

Deteneos, señores; deteneos un momento ante el espectáculo que á los ojos de los ángeles presenta el hogar cristiano. Mirad al padre, á la madre, á los hijos, á toda la sociedad domestica arrodillada ante el Dios del Calvario, convertido en Dios del hogar, arrancando con la oracion y la ternura, y la influencia de la divina gracia, la fuerte inspiracion del divino ejemplo! ¡Mirad al Padre tendiendo los brazos á toda la familia recogida dentro de la fé y el respeto: miradlo bendecir á todos con la bendicion de Jesucristo! ¡Mirad al hijo tan sensible á la muda elocuencia que se expresa con la mirada: miradle descubrir á los primeros rayos de la aurora la imagen de Jesucristo suspendida sobre su cabeza: miradle á la noche saludar con su postrer mirada al manso Cordero, que por el queda velando durante su sueño; miradle, en fin, entre el dia besar con amor y respeto la imagen adorada! Y mirad á la madre, sobre todo, ¡cual inicia en el corazon de la tierna criatura el gran misterio de la cristiandad, con una elocuencia que no tiene rival en la elocuencia humana! ¡Cómo va haciendo penetrar por ojos y oidos la imagen de Jesucristo en el fondo de aquella alma tierna y sencilla que debe conservarla para siempre, no solo como solaz del corazon y consuelo en la aflic-

cion: sino principalmente como regla de vida y tipo de perfeccion; en una palabra, como vivo dechado de la grandeza á que debe aspirar!

Se muy bien, señores, que no es bastante decíroslo: es menester pintarlo. Descienda; pues sobre vosotros la luz de la verdad al contemplar el cuadro que voy á tomar de las paredes del hogar cristiano.

Una madre educaba su hijo; madre digna de su vocacion y de su nombre: madre verdaderamente cristiana que llevaba profundamente grabado en su corazon á Jesucristo, desde que la educacion le habia trazado esta imagen en la edad mas tierna.

Queria esta madre reproducir en el alma de su hijo lo que ella tenia pintado en su alma, para convertirle en vivo *fac simile* del retrato de su Dios. ¿Quereis saber como se ingeniaba esta madre para introducir en las entrañas de su hijo á Jesucristo entero? Tomaba el divino libro en que el arte reproducia en figuras los misterios narrados en el Evangelio; y pasando alternativamente del libro á la imágen y de la imágen al libro, como para mostrar al niño con esta doble luz en toda la plenitud posible, la belleza de Jesucristo, le decia, no una ni diez veces, sino diez mil, con un acento mas fácil de ser adivinado que reproducido: «¿Ves, hijo mio, qué humilde fué Jesucristo en Be«len cuando se recostaba en pobre y pajiza cuna? Pues mira, «hijo, si quieres llegar á ser grande, es menester que te hagas «muy pequeño. ¿Ves cuan dócil y sumiso en Nazareth? Señor «era del mundo, hijo mio, y sin embargo obedecia, obedecia «siempre, *Erat súbditus*. ¿Ves qué tierno con Lázaro, cuan «clemente con Magdalena y bondadoso con San Juan y dulce «hasta con el mismo Judas? ¡Qué tranquilo cuando le ultraja«ban, qué paciente cuando le herian, que sereno con los que inícuamente le juzgaban!

«Escucha, escucha el grito de este manso Cordero al exha«lar el último suspiro: «Padre mio, perdónalos, que no saben «lo que se hacen.» Pues bien, hijo mio; como él serás bondado«so; como él paciente; como él perdonarás á tus enemigos; y «si para salvar á tus hermanos es menester que padezcas un «dia, que padezcas hasta morir; acuérdate, hijo mio, acuérdate «que para salvarte á tí, Jesucristo ha dado su vida.» Y en medio de este discurso; envuelto en mil caricias, lágrimas y sonrisas, tomaba el Santo Cristo, la imágen mas expresiva de los cris-

tianos, lo ponia en manos de su hijo, hacia que en él se fijasen sus ojos, lo arrimaba á sus lábios, lo estrechaba contra su corazon, enseñándole á conocerle, amarle y abrazarle á un tiempo mismo, y le decia: «¡Oh! ¡Ves cuanto ha padecido! ¡Mira es«tos clavos, estas espinas, estos piés y manos, este divino costa«do abierto! ¡Así es, querido mio, como sabe amar Jesús! El «es tu maestro y tienes que atender á sus palabras: él es tu «capitan y tienes que seguir sus banderas: él es tu modelo y «debes imitarle.»

Revestid, señores, esta enseñanza que fluye de los lábios de una madre y del rostro de Jesucristo, revestidla con la fuerza de simpatía y persuacion que solo tiene el acento maternal: figuraos lo que el amor de su corazon, la penetracion de su voz, la dulzura de sus caricias y el encanto de su sonrisa, unido al de sus lágrimas, puede prestar á esta leccion incomparable; y acaso, acaso adivinareis algo de lo que esta madre hacia para grabar en el alma de su hijo la imágen de Jesucristo que engrandece todas las facultades y todas las virtudes, engrandeciendo al hombre entero.

Pero ¿donde está esta madre? me preguntareis. ¿Donde? Donde quiera que esté el cristianismo; donde quiera que las madres concurren con la Iglesia á la grande obra de la maternidad cristiana, á conformar el corazon de los niños por el de Jesucristo. Y hé aquí, sea dicho de pasada, el tipo inmortal é inalterable de la educacion cristiana: grabar una imágen tan íntima, tan clara y tan viva de Jesucristo en el corazon del tierno discípulo, que ni las sombras del error, ni el soplo de las pasiones, ni las manchas de los vicios pueden borrarlas jamas. En una palabra; criar lenta y eficazmente, á fuerza de cariño, de virtudes y de sacrificios en la entrañas de las generaciones, no un Cristo falso, sino un Cristo sincero; no ese pseudo-Cristo ensalzado por los reformadores anti-cristianos, sino el verdadero Jesucristo, predicado siempre y siempre amorosamente abrazado por la Iglesia católica; no el Cristo imaginario, despojado de su cruz y de su divina aureola, sino el Cristo real enhiesto en el Calvario, y coronado de su divinidad: en una palabra, señores, grabar en los cristianos, no una imágen superficial de Jesucristo, como frecuentemente acontece, sino la efigie profunda que trace en los pliegues mas recónditos de la vida intelectual y moral, el indeleble carácter de Jesucristo; hacer, en fin, que las generaciones educadas en el seno doméstico, tengan un Jesu-

cristo tan íntimo y palpable á un mismo tiempo, tan vivificante en lo interior y tan esplendente en lo exterior, que al desarrollarse progresivamente la vida cristiana, á la influencia comun de la Iglesia y de la paternidad, tome la forma que le corresponde; la forma mas antipática á Satanás, mas semejante á Dios, la forma de Jesucristo!

Tal es la obra que juntas deben llevar á cabo la Iglesia y la paternidad. Entonces, no lo dudeis, la familia cristiana tomará entre nosotros su verdadera actitud; adherida á Jesucristo con todas sus potencias, tendiendo hacia lo infinito con todas sus aspiraciones: entonces la sociedad sentirá de rechazo el impulso de todas las familias y subirá por sí sola á la misma cumbre: porque la humanidad que lleva á Jesucristo en su plenitud, es conducida por él, y con él se eleva á medida que Jesucristo se extiende dentro de ella.

La familia que, por el contrario, no ha sido modelada por Jesucristo, ó que le ha rechazado despues de haberle conocido, casi siempre se descompone por sí misma y cae muy por bajo de la humanidad.

¿Quereis saber, señores en qué consiste la decadencia de tantas generaciones y la degradacion de tantas familias? ¡Ah! os lo diré, no sin profunda tristeza: no está ya Jesucristo en el hogar doméstico; no está su imagen colgada en las paredes; no está Jesucristo en las costumbres, no reina ya en la familia. ¿Y por qué? ¡Porqué no está ya grabado en las almas! Aquí podría yó preguntaros, Cristianos, que os decorais todavia con el signo augusto de la redencion, y el gran nombre de Jesucristo; decidme, por vida vuestra: ¿teneis á Jesucristo en vuestra casa? ¿teneis al ménos su santa imagen al alcance de vuestras miradas? ¿Vais todos los dias á prosternaros delante de ella, llevando á vuestro lado á los hijos para recibir la bendicion y la inspiracion divinas? No; sé que alguno de vosotros no tiene á Jesucristo consigo. ¡Como! Teneis á la vista retratos de vuestros grandes hombres, ornadas están vuestras casas de estátuas y cuadros profanos; ¿que es lo que digo? expuestos á las miradas de los niños y á la admiracion de los adultos, conservais los Amores del paganismo, las Venus del paganismo, los Apolos del paganismo, todas las indecencias del paganismo gozan de asilo en casa de los cristianos; y bajo esos techos que prestan abrigo á tantos héroes humanos, á tantas divinidades paganas, ¿no hay un rincon siquiera para la imágen de aquel Jesus á quien Tiberio no rehu-

só un lugar entre las deidades del Panteon de Roma?

Y cuando llegue vuestro postrer momento, cuando el ministro y embajador de Jesucristo, Rey, Salvador y modelo vuestro, se aproxime á vuestro lecho y busque para mostrárosla la única imágen que puede todavía hablaros de esperanza, acaso se responderá al sacerdote pasmado de ver á Jesucristo ausente de la vivienda de un cristiano:—«No hay un Santo Cristo en toda la casa.»—¿Y por qué no está esa imagen expuesta á las miradas de todos? ¡Ah! porque no se ha cuidado de grabarla en el fondo de los corazones por medio de una educacion profundamente cristiana. El padre no está hecho á semejanza de Jesucristo, y no adora á Jesucristo, no ama á Jesucristo, no conoce acaso á Jesucristo: la madre, la madre misma, se ha dejado arrastrar poco á poco por el viento mundanal, o desvanecer por las pasiones la imágen tan á la ligera pintada en su infancia; y entre una paternidad y una maternidad que apenas ha conservado de Jesucristo más que un nombre que miente á la realidad, ¿cómo el hijo ha de recibir la indeleble estampa de los verdaderos cristianos, que eleva la vida á la altura de Jesucristo?

¿Quereis, señores, realzar la humanidad entera realzando á la familia? Volved á colocar en vuestra casa, restaurad sobre todo en vuestras almas la imágen del Dios desaparecido, y haced que esta imágen, pasando de vuestras almas y vuestra frente al alma y á la frente de vuestros hijos, los marque con el signo de la verdadera grandeza.

III.

Ahora bien, señores, Jesucristo no es únicamente vida que penetra en la familia cristiana, modelo que le dá forma; es, sobre todas estas cosas, la fuerza que la defiende.

Los antiguos, que bajo fábulas mitológicas solian encubrir grandes verdades conservadoras, suponian que el hogar paterno estaba custodiado por dioses domésticos, á los cuales daban el nombre de Penates. Conservaban en casa sus idolillos é imágenes con veneracion piadosa y sagrado culto, y cuando el destierro, la guerra, la persecucion y las catástrofes lanzaban á los padres fuera de la patria, llevaban consigo á sus divinidades tu-

telares como el paladion de la familia. Célebre es en la historia y mitologia paganas, y en Roma sobre todo, el culto de los dioses Manes, que son las almas de los antepasados. Eran estos objeto de culto especial bajo cada techo doméstico, culto que, como observa un publicista distinguido, puede considerarse como el lado religioso de las familias romanas. «Perpetuidad de sacri- «ficios, culto del alma de los antepasados, cuya alma revivia «en la de los hijos: nada habia fuera de áquí para el romano: en «la familia tenia el cielo y la tierra.» Cuando esto observamos de cerca, llegamos á descubrir aquí uno de los mayores secretos de la estabilidad de Roma y de su primitiva grandeza. Y se trata, no hay que olvidarlo, de una falsa religion: el error que sirve de velo á la verdad ha podido hacer este milagro.

Pues bien, lo que en la antigüedad pagana era ficcion ingeniosa, mito consolador y nada mas, es en el cristianismo la realidad mas íntima y la verdad mas tierna. Para nosotros Jesucristo es literalmente el verdaderoDios del hogar doméstico, el Dios protector de la familia.

Yo podria observar aquí que el alma de los ascendientes se une en Jesucristo y por Jesucristo al alma de los descendientes, y que al traves de los tiempos, todas las posteridades se ligan con todas las paternidades. Jesucristo es la divina cadena que en el seno del cristianismo sujeta generaciones con generaciones: en Él se perpetúa la fé, la doctrina, la adoracion y la vida; Él es la herencia de todos y de cada uno de los hombres, puesto que la familia cristiana es la tradicion de Jesucristo en todos los siglos.

Pero mi intento principal me obliga á considerar á Jesucristo como fuerza protectora de la familia cristiana: Él y solo Él es la argamasa que la une, el escudo que la protege, la gloria que la ampara, porque Él es por su amor, la fuerza que dá á todos los individuos de la familia una cohesion poderosa, que la protege contra todas las causas de separacion, de rompimiento ó disolucion.

Donde quiera que se encuentren séres predestinados á formar sociedad, tiene que haber una fuerza central que mantenga á cada una de las partes en la unidad, es decir, en la fuerza misma que sale del centro. La familia es esencialmente centro de amor, y en esto consiste precisamente el misterio de su fuerza. En el órden mismo de la naturaleza existe el amor que ha derramado la Providencia en el corazon de los padres, de las

madres y de los hijos; amor que es natural salvaguardia de toda la familia; pero en el estado actual de nuestra civilizacion, que amontona tantas causas de rompimiento y division en el hogar doméstico, es por lo comun preciso que la familia busque su fuerza y su punto de apoyo en un amor superior á la naturaleza y á la humanidad; y esta fuerza es para la familia cristiana el amor de Jesucristo; amor que hemos visto en el centro de la vida individual y de la vida social, y que volvemos á encontrar aquí, os lo digo lleno de gozo, en el centro de la vida doméstica para enlazar entre sí á los miembros de la familia cristiana con unidad y fuerza indestructibles.

El amor de Jesucristo hace para el sostenimiento y fortaleza de la familia cristiana tres milagros que se compendian en uno solo, para desarrollar lo cual seria preciso todo un discurso.

El amor de Jesucristo es la garantia suprema, la salvaguardia divina de la union de los esposos. ¡Bienaventurados el hombre y la mujer que, acercándose al altar para dar á su enlace consagracion solemne, han depositado en el corazon de Jesus el juramento de su eterno amor! Este corazon es el único que puede soportar sin ser abrumado el peso de tan grande juramento: el único que puede salir fiador de una fidelidad inviolable. Cuando este amor es puramente humano está sujeto á enfermedades que nadie puede curar: ardores pasajeros á los que siguen irremediables frialdades; trasportes inmoderados, preludios casi infalibles de largos años de indiferencia. Arbol exhuberante al brotar las primeras flores, ¡cuan presto arrebata el viento sus débiles hojas para despojarlo del todo despues de otoño, en el triste invierno de la vida, para el cual no ha de tornar la primavera!

En efecto, por sincero, puro y tierno que sea este amor en sus primeras horas, ¡ay! como todo lo que al hombre atañe, está sujeto al imperio de la inexorable vejez! Tambien envejece este amor en el corazon humano, y los años, que van llegando uno tras otro, le roban facilmente con el encanto de los primeros dias, aquel vigor que excluye hasta la idea de division en los corazones que ha unido y que mantiene juntos. ¡Qué diferencia cuando el amor profundo de Jesucristo forma el nudo de estos dos amores que se unen y se alimenta en El, rejuveneciéndose perpètuamente! Lo eterno es lo único que es siempre jóven, y el amor de los esposos cristianos, enlazados en el corazon de

Jesucristo, participa de la eternidad por este corazon eterno. La vitalidad de Jesucristo le presta yo no sé qué esencia que le rejuvenece todos los dias, purificándole cada vez mas, y, sin que el tiempo alcance á envejecerle, llega á la juventud completa en el seno de la eternidad.

¡Ah! esposos cristianos he conocido, cuyos corazones estaban unidos por el doble vínculo de la afeccion engendrada por la naturaleza, y por la mas profunda aún, que nace de Jesucristo. Habian trascurrido los años sin poder arrebatar á su mútuo afecto y felicidad mas que aquella efervescencia juvenil, aquella llama de la vida que dura tan solo un dia; pero en cambio les habia allegado con un amor mas sereno, una felicidad mas tranquila, el aroma puro y delicado que las afecciones adquieren conforme se van aproximando á la eternidad y á Dios, semejantes á los rancios licores que el tiempo hace cada vez mas generosos, quitándoles esa aspereza que está en el fondo de todo lo nuevo, para darles una suavidad solo comparable á su fortaleza! Imagen fiel de los amores purificados en el corazon de Jesús, y que al declinar la vida llegan á ser como el saboreamiento anticipado de los amores eternos, presentimiento de la celestial bienaventuranza!

Este amor de Jesucristo, que consolida la union de los esposos, les apega igualmente á los hijos que salen de sus entrañas y al abrigo del hogar, con una fuerza cuyo secreto no posee por si sola la naturaleza. Cuando dos corazones se unen en el corazon de Jesus á los ojos de Dios y bajo la mano de la Iglesia; cuando Dios les concede la fecundidad; cuando el padre y la madre contemplan una cuna en medio de ellos y en esta cuna al hijo que Dios le envia en bendicion del hogar y como una nueva consagracion de sus castos amores; cuando en los trasportes de su gratitud y en el extásis de su cariño exclaman mirando: ¡Oh Jesús! tú nos lo has dado, nosotros te le devolveremos; conocemos cuál es nuestro ministerio y nuestra vocacion, queremos que su corazon sea el tabernáculo de tu amor, su semblante el espejo que refleje tu hermosura, y todo su sér el templo en que tú habites; ¡oh! entonces nadie puede decir la dulcedumbre que el corazon de Jesucristo, ambicioso de introducirse con holgura en una posteridad bendita, regala al corazon de los padres, encariñándolos al hogar doméstico y circundando con la fuerza de su poder á toda la familia ! Cualquiera que sea la secreta razon de este milagro, lo cierto es que el milagro se verifica, que el

hogar doméstico queda envuelto en un encanto indefinible, que cobra nuevos atractivos, y aleja para siempre de la imaginacion de los esposos la idea de buscar en otra parte la dicha que gozan dentro de casa.

No parece sino que esta se transfigura y se convierte en un Tabor á los dulces rayos de luz con que Jesucristo la inunda; no parece sino que deslumbrados con el resplandor que desciende sobre ellos, sobre sus hijos y su morada, se dicen, mirándose el uno al otro: «Bueno es estar aqui; vivamos aquí; aquí contigo; aquí con nuestros hijos; aquí con Jesucristo que nos ampara y quiere hacer de esta vivienda con la dulzura de su amor el vestíbulo del Paraiso.»¡Qué son yá para estos bienaventurados los espectáculos, el bullicio, las diversiones y las fiestas del mundo? Risueños simulacros de felicidad que inventa Satanás para seducir á los que van á buscar fuera de casa una ventura que no han conocido dentro. Para ellos el hogar doméstico tiene sus espectáculos, festines y placeres; y cuando el infortunio llega á penetrar en él, hasta la misma tristeza está revestida de un encanto que vale más para los corazones llenos de Jesucristo, que todas las felicidades que ofrece el mundos vacío de Jesús.

En fin, señores; hay en la familia una cosa más difícil de conservar que el cariño de los padres á los hijos y al techo que los cobija, y esta cosa es el amor de los hijos á sus mismos padres, el gozo de vivir con ellos, que es la felicidad de los hijos bien criados. ¡Vivir con su padre, con su madre, con sus hermanos, con sus hermanas! ¡Puede haber en el mundo ventura que á esta se parezca, por mas que las familias contemporáneas vayan perdiendo tan regalada herencia! ¡Ah! señores; hay una desgracia en vuestro tiempo que hace llorar á muchas madres y es una amenaza para la sociedad entera; y esta desventura consiste en el poco apego que los niños y especialmente los jóvenes tienen á la familia. Este fenómeno procede de diversas causas, que no puedo detenerme á enumerar, pero es palpable y desconsolador. Vuestros hijos aman los espectáculos, aman el baile, las partidas de campo, el clubs, las carreras de caballos, el juego; vuestros hijos lo aman todo, todo hasta la orgía; pero hay una dicha que no estiman, que no aman: la de estar á vuestro lado, la de haceros dichosos! Semejantes al hijo pródigo, abandonan la casa paterna, para labrarse lejos de vosotros una felicidad egoista.

Ahora bien, ¿en que consiste principalmente este enfria-

miento del amor filial, en el corazon de los jóvenes cuyas afecciones formaban en otro tiempo el núcleo de la felicidad doméstica? Consiste en el enfriamiento de la vida cristiana, en la ausencia total del amor de Jesucristo. El jóven que ha sacudido el yugo de este amor, y cuyas satisfacciones ya no se cifran en él cumplimiento de sus deberes, no encuentra obstáculo en la naturaleza para emanciparse del hogar paterno, porque antes se ha emancipado de Jesucristo.

¿Habeis visto, por el contrario, el verdadero tipo del amor filial que tan raro ha llegado á ser en nuestros dias? ¿Os habeis tropezado en alguna parte con el joven de diez y seis á veinte años, que se goza todavia en las delicias del hogar paterno, y lo contempla como un paraiso, que anhela por la bendicion de su padre, las caricias de su madre y la sonrisa de sus hermanos, y las reputa como la mayor de todas sus satisfaciones? ¿Conoceis al joven que no ha lanzado todavia un grito de independencia, ni un hecho, un gesto de rebelion, ni la menor indicacion del egoismo? ¿El joven que se enternece con todo lo que es de su padre, de su madre, de sus hermanos, de sus hermanas; que llora de alegria al verlos venturosos, y de tristeza al verlos afligidos? ¡Oh! si conoceis á este hijo, que esparce en torno suyo el regocijo de su corazon y la pureza de su alma, como una flor exhala su perfume; si por ventura habeis hallado entre vosotros una tan bendita criatura, os lo declaro sin rebozo, en ella habeis hallado á Jesucristo: no hay remedio; su alma lleva la vida, su rostro el reflejo, y su corazon el amor de Jesus.

Ya lo estais viendo: este amor es el santo vínculo que enlaza á toda la familia dandola invulnerable unidad. Padre y madre, hermanos y hermanas, reclinados todos en el corazon de Jesus, arraigados en su amor, pueden desafiar á la naturaleza á que rompa su union; y dentro de los sagrados vinculos de este amor que les hace gravitar sobre un mismo centro, pueden exclamar: ¿quien nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿quien separará al marido de la mujer, á la mujer del marido, á los padres de los hijos, y á los hijos de los padres? No, nadie quebrantará la unidad de la familia que se arraigan en Jesucristo, vida y modelo de ella; vida que la penetra, modelo que la dá forma: Jesucristo es su custodio, y nada tiene que temer quien para guardia suya tiene al mismo Dios.

Y si esto es verdad, señores; si Jesucristo, vida y modelo



de la familia, cristiana, es principalmente fuerza y defensa de ella; si la familia es tambien, como lo hemos visto, la fuerza de la sociedad, y el amor del hogar doméstico es manantial purísimo del amor de la patria, ¿no debo, por conclusion de mis dos primeros discursos, que uno con otro se completan, no debo decir que Jesucristo, que lleva en sí la familia, lleva tambien en sí la sociedad, y que el Dios protector del hogar doméstico es al mismo tiempo el inspirador del verdadero patriotismo? ¡Ah! Sí para atestiguar la incomparable fuerza que Jesucristo, ha dado á la humanidad, incorporándose á la familia; si para dar solemne testimonio del vigor de patriotismo inquebrantable y en cierto modo inmortal, que entraña en las generaciones el dilatado imperio de Jesús en la familia cristiana, fuese preciso invocar célebres ejemplos, me bastaria pronunciar dos nombres, ilustres al propio tiempo por un cristianismo y un patriotismo, que han resistido juntos y dándose la mano la tiple prueba del martirio, del destierro y de los tiempos; me bastaria pronunciar los nombres de Irlanda y de Polonia; Irlanda y Polonia, cuyo católico teson no ha podido ser domado por la cismática violencia; Irlanda y Polonia, cuyo invencible patriotismo no ha podido ser quebrantado por la dominacion extranjera; Irlanda y Polonia, hermanas por la fé y la religion, hermanas tambien por la persecucion y el infortunio. Ambas están demostrando al órbe, testigo de tanto oprobio y tanta cobardia, lo que es Jesucristo para la familia cristiana, para el honor de las razas, para la fuerza de las naciones, y la inmortalidad del patriotismo.

Señores; ya que he nombrado á Polonia, ya que este nombre, tan caro á los corazones católicos y franceses, se ha desprendido de mi discurso y de mi corazon como una prueba de la verdad y en confirmacion de cuanto llevo expuesto, os ruego que este mismo discurso no sea solamente una glorificacion para Polonia, sino más bien un beneficio para sus hijos.

Permitidme, pues, que, ántes de bajar de este púlpito, tienda la mano implorando vuestro auxilio en favor de los deterrados queridos que nos están dando un tan raro ejemplo de ese patriotismo que arraiga en el corazon por medio de dos raices, de las cuales una está prendida en el cielo y otra á la tierra, por el amor de la familia y el amor de Jesucristo. Una de las glorias de Francia es ser otra patria para ellos, y tener una misma pátria equivalo á ser hermanos que viven al abrigo de la mirada de una misma paternidad. ¿Y qué seria la fraterni-

dad si no admitiese á los hermanos en la participacion de sus bienes?...

Hermanos de Francia, socorred á vuestros hermanos de Polonia, y asi como vosotros aprendeis de su desgracia á conservar con el cristianismo el amor de la patria y el verdadero patriotismo, que aprendan ellos de vuestra caridad á encontrar por medio del cristianismo el amor y el consuelo en el destierro.

CONFERENCIA TERCERA.

Señores:

Asi como Jesucristo es en el centro del hombre autor de todo progreso individual, y en el centro de la sociedad autor de todo progreso social, así en el centro de los hogares, es autor de todo progreso domestico. Es el principio vital de la familia cristiana, á quien constituye, introduciendo y desarrollando en ella por medio de los Sacramentos, los elementos de su propia vida; es el modelo de la familia cristiana, á quien eleva formandola á semejanza de si mismo, y dandole con su propia imágen el sello de su grandeza; es la defensa de la familia cristiana, á quien protege concentrando en ella su amor como una fuerza divina, la cual sostiene la unidad invulnerable de todos los individuos que la componen.

En resumen, señores; la familia que vive con la vida de Jesucristo, la familia modelada á su imágen y semejanza, la familia escudada con su amor y su fuerza, Jesucristo, en fin, dentro de la familia con toda su vida divina, con toda su belleza divina, y con toda su fuerza divina, es la gran obra

maestra que Dios ha hecho y sigue haciendo en el cristianismo! ¡Oh familia cristiana, santuario habitado por Jesucristo! mi corazon de hombre y mi alma de apostol te contemplan con entusiasmo y saludan con amor!—Nada he visto mas dulce, mas bello, mas sublime, y mas divino que lo que Jesucristo hace en tí y por tí para la elevacion de la humanidad y el engrandecimiento de las sociedades! ¡Dichosas las naciones que hayan de contemplarte en lo porvenir tal como te han visto en lo pasado los grandes siglos cristianos! ellas hallarán para tí en ese mismo Jesucristo que les dá su propia vida y las hace á su imagen y semejanza, la fuerza que ha de preservarlas de su propia disolucion. Y por el contrario, ¡ay de las naciones que te dejen decaer, corromperte y aniquilarte; porque ellas tambien decaerán, se corromperán y aniquilarán contigo! Tú eres, ó familia cristiana, el principio de la vida que mana de tí para derramarse en derredor de tí, y la vida no es mas pura que su propia fuente. Tú eres el modelo hecho por Dios para las sociedades que se elevan, y ni los hombres ni las sociedades son mejores que su modelo; tú eres la base sobre quien descansa la sociedad y sostiene todo su edificio, y el edificio no puede ser nunca mas fuerte que su base!

Así, pues, señores, nada importa tanto para el porvenir de nuestra sociedad y para el progreso de los siglos futuros, como saber el estado de la familia en lo presente. Si la familia se abate y se debilita en nuestros tiempos, no hay que esperar sino un porvenir de decadencia, y desde luego podemos exclamar con el poeta romano: «La generacion presente, hija de un siglo perverso, dejará en pos de sí una posteridad mas perversa todavía, y nadie es capaz de preveer el término á donde puedan llegar, en un plazo mas é menos próximo, esta herencia de la depravacion y esta tradicion de la decadencia.»

Para aquellos, por lo tanto, que no cierren los ojos ante las señales de los tiempos, y que no participen del vértigo que hace gritar á los genios delirantes: ¡*Progreso á toda costa*! la decadencia, la depravacion y la disolucion de la familia, son otros tantos signos profetizadores, otros tantos fenómenos que se presentan con amenazas. Cuando un mal llega á tomar en un siglo ciertas proporciones, y principalmente cuando adquiere por medio de invasiones sucesivas cierta universidad, nace en el fondo de todas las almas rectas una conviccion vaga, pero infalible, de su existencia; y cuando un hombre, despues de escudri-

ñar por largo tiempo ese mismo mal y de haber meditado sobre él profundamente, consigue desvanecer las oscuridades que en parte lo encubrian, y mostrarlo á las claras con palabras en que se reflejen simultáneamente la luz de la verdad eterna y la luz de la realidad actual, las almas se levantan para responder á la voz que invoca su propio testimonio y dicen con unánime estremecimiento:—Por boca de ese hombre hemos hablado todos: gloria á la verdad.—Mas de una vez, al tocar vuestras heridas abiertas, he sentido que el eco de mi débil voz volvia hácia mi robustecido por esa palabra interior que resuena en vuestros corazones; pero creo que nunca mi voz ha intepretado mejor el testimonio de vuestras almas, que al deciros hoy, con la franqneza de la realidad presente: el gran mal, el mal supremo social de nuestro tiempo, es la disolucion de la familia. Muchas cosas tiene que abarcar este discurso; pero será rápido, sin seguir otro derrotero que el que le marcan las grandes corrientes del siglo consideradas desde el punto de vista de la familia.

I.

En todas las cosas, señores, los desastres y las restauraciones comienzan por las doctrinas; y con razon, y en sentido muy profundo se dá el nombre de *principios* á las grandes verdades y á los grandes errores, pues que con ellos comienza todo. Es natural, por tanto, que busquemos ante todo en la corriente de las doctrinas de nuestro siglo, los síntomas de la disolucion de la familia, en los cuales rara vez para su atencion la multitud, porque esos síntomas están en el fondo de las cosas, y la multitud no mira sino la superficie.

Tiempo há, pues aún era yo jóven, habia descubierto los signos reveladores de la disolucion de la familia entre las sinuosidades de una filosofía que se llamaba nueva, y que realmente lo era demasiado; filosofía soberbia, que era reputada como profunda, y con razon en un sentido, pues que se abismaba mucho ántes en el error que cuantas la habian precedido en los ataques contra la verdad; que se intitulaba con alguna razon tambien, filosofía radical, por cuanto tocaba á la raiz de todo, y á la cual

conviene mejor el epíteto de *desarraigadora*, pues que su resultado palpable es en efecto desarraigarlo todo; filosofía ambiciosa como ninguna, que aspiraba nada menos que á reconstituir la sociedad, la familia, al hombre mismo, y que, emprendiendo reorgarnizarlo todo, lo único que conseguia era desorganizarlo. Ciencia revolucionaria en la acepcion mas rigorosa de la palabra, que se encaminaba manifiestamente á conseguir las tres peregrinas conquistas de alterar el lenguaje, pervertir las ideas, y trastornar las cosas. y cuyo poder, empleado estrepitosamente por todas partes en legitimar su nombre, ó sea en trastornarlo todo, trastornó efectivamente en el órden público la imágen de la sociedad, en el órden moral la imágen de la virtud, en el órden intelectual la imagen de la verdad, en la naturaleza humana la imagen del hombre, y en la constitucion doméstica, por último, la hermosa y venerable imágen de la familia, tal como Dios la ha creado, y tal como la han aceptado las sociedades. Si, señores, hasta dentro de la familia, hasta en este asilo sagrado donde se custodia el ejemplar de toda sociedad bien constituida, ha penetrado la revolucion para intentar cambiarlo todo, ó por mejor decir, destruirlo todo.

Una secta revolucionaria, que se hizo y se conserva célebre, se distinguió entre todas las demas por la audacia de sus innovaciones y por la insolencias de sus agresiones contra la familia. Pero entonces, se me preguntará, ¿con que humanos oprobios ha tratado de reemplazar la revolucion, la gloria de la obra divina? ¿Que invenciones inmundas habia imaginado el genio de la impureza, al presentarse en la tierra, para rehabilitar la carne y reorganizar la familia?Eso es lo que mi caracter sacerdotal no me permitiría decir, y lo qué sin duda se ruborizaria de escuchar vuestra castidad cristiana. Sobre este punto, el prodigio de la innovacion sorprendió á los mismos innovadores; y cuando los hermanos, segun se llamaban ellos entre sí, se hallaban reunidos para oir de una boca, que entónces ténia el privilegio de pronunciar oráculos, el resúmen final de la doctrina referente á la organizacion de la familia, cuéntase que el oráculo sublevó la indignacion de los adeptos, y que uno de ellos, más indignado que los demas contra una innovacion que organizaba el crímen en el seno de la familia, prorrumpió en la siguiente frase, desde entonces célebre: «Eso es reglamentar el adulterio!» Frase que, al propio tiempo que produjo escándalo entre los hermanos, fué la señal de dispersion de aquel enjambre de genios

que zumbaban errores impuros en torno del santuario de la castidad.

Abandonemos estas infamias del pensamiento, las cuales ni siquiera tendrian hoy la audacia de arrostrar una publicidad que atrajo en su tiempo sobre ellas la esplosion de una inmensa carcajada. Que esas ideas desorganizadoras de la familia subsistan aún en el fondo de algunas inteligencias, ni lo afirmaré yo, ni importa gran cosa averiguarlo; pero lo que si diré en cumplimiento de la mision de que me hallo revestido, es que, en nuestros dias, el antagonismo doctrinal contra la familia, y especialmente contra la familia cristiana, se perpetúa en la corriente de las ideas y de las doctrinas revolucionarias.

Pero ¿donde están, me preguntareis, esos ataques siempre permanentes de la revolucion contra la familia? Sobre este particular, señores, habria mucho que decir, si hubiera de decirse todo. Suprimo por de pronto tres cosas fundamentales en la familia, cada una de las cuales me servirá de tema para un discurso especial, y fuera de estas tres cosas ligadas con la esencia misma de la familia, voy á señalar la agresion revolucionaria sobre otros tres puntos que, sin ser directamente constitutivos de la sociedad doméstica, están con ella tan próximamente relacionados, que no es posible removerlos sin que oscile la familia misma.

Una de las grandes cosas que protegen á la familia y que la familia misma protege, es el amor y respeto á las tradiciones y el respeto y amor á los antepasados. La familia, segun ya hemos visto, es la tradicion; tradicion de creencias, de costumbres y de sangre; tradicion de glorias, de nombres, de honores, de virtudes, de recuerdos; y todo esto significa una misma cosa: amor, estimacion y respeto á nuestros mayores, ó sea á cuanto hay mas generoso y conservador en la familia.

Ahora bien, señores, ¿sabeis cual es la cosa mas antipática á la tradicion y al respeto á los antepasados? Pues es la revolucion; la revolucion considerada en su sentido mas radical. El odio á la tradicion es de esencia suya, y por eso la ataca bajo todas las formas, y la presenta resueltamente como el antagonismo del progreso; segun la ciencia revolucionaria, todo aquello que es tradicional no puede ser progresivo, y vice-versa. Un viento procedente del infierno la impele por todas partes á la destruccion de todo lo antiguo y á la glorificacion exclusiva de lo nuevo: desden soberbio hácia todo cuanto nos precede; desprecio bár-

báro hacia todo lo que no parte de nosotros, es decir, desprecio de las creencias, las costumbres, las leyes, los timbres y las glorias de los antepasados; y como consecuencia inevitable, desprecio tambien de los antepasados mismos.

Sí, señores; no hay que dudarlo, la revolucion que lleva escrito en su bandera: *Odio á la tradicion*, lleva escrito tambien en su bandera misma: *Desprecio de los antepasados*. ¿Ni como podria ser otra cosa: Las creencias antiguas, las creaciones antiguas, las costumbres antiguas, las constituciones antiguas, las posesiones antiguas, las antiguas aristocracias, por mas que adoleciesen de algunos defectos inherentes á todo lo humano, ¿que eran en resúmen? Eran obra de nuestros antepasados, eran la inteligencia, eran el génio, eran la gloria, eran el alma, eran la vida, eran el corazon de nuestros padres! De consiguiente, ¿como era posible que la ciencia revolucionaria, que desdeña bárbaramente todas las cosas antiguas, dejara de manifestar al mismo tiempo un grosero desprecio hacia los antepasados? ¿y como, por lo tanto, dejaria de ser una agresion y un desprecio de la familia, cuando esta vive en virtud del amor á los padres y del respeto á sus mayores?

Hay en el fondo de las doctrinas revolucionarios otro principio de disolucion de la familia, y consiste en el ataque mas ó menos velado contra la propiedad, y contra el derecho de poseer y trasmitir la propia posesion como soberano dueño. Esta agresion, de la cual ya hicimos mérito el año pasado, contra aquella cuarta autoridad, no es solamente un atentado contra la sociedad, sino que es mucho mas directamente un atentado contra la familia. ¡Ah, señores! desde el punto de vista de la familia, ¿hay algo, si se exceptúa la misma religion, tan conservador y progresivo como cultivar un campo heredado de nuestros padres y trasmitirlo á una descendencia querida, sino aumentado, enriquecido al menos con el sudor de nuestra frente? La propiedad es tambien el culto de los antepasados, y por consiguiente, el amor á la propiedad es el culto y el amor de la familia. La propiedad es el sacrificio de los padres convertido para los hijos en pan de cada dia; es su amor que se perpetúa en sus beneficios; es la tierra que conserva la huella de sus pasos, el surco de su trabajo, la corona de su industria; es el suelo afirmado por los abuelos bajo la planta de la posteridad, que se eleva bendiciéndoles; es lo presente, lo pasado, y lo porvenir de la misma familia, que acuden á tocarse y reconocerse en un mis-

mo punto del espacio; es el sitio donde la familia crece y se desarrolla en el trascurso de los siglos, dando una mano á los ascedientes y otra á los hijos: es, como estais viendo, la tradicion, y siempre la tradicion: elemento material suyo, si se quiere, pero sin el cual se sostendrian dificilmente los demas elementos, y la familia se romperia muy pronto por todas sus extremidades, y desapareceria como un átomo en el torbellino que lo arrebata.

La ciencia revolucionaria, al negar la propiedad, ó lo que con corta diferencia viene á ser lo mismo, al restringir indefinidamente en la familia la facultad de poseer y de trasmitir la posesion, rompe la cadena material con que la familia se halla ligada á la tierra, como lo está por la religion al Cielo; cadena visible y palpable que reune en un mismo punto del espacio á los que eran ayer, á los que son hoy, y á los que serán mañana; cadena que impide á los padres preparar por medio de incesantes trabajos é infatigables esfuerzos la vida el bienestar, y tal vez la riqueza de sus descendientes, entregándolos sin recuerdos de lo pasado, sin prevision de lo porvenir, á ese egoismo monstruoso que concentra al hombre á si mismo y le hace que el solo devore diariamente el fruto de un trabajo que no puede enriquecer á posteridad alguna, y que seria bueno á lo sumo para ese ser abstracto, sin entrañas, y sin corazon, llamado *humanidad*; sombra fria que los utopistas humanitarios nos ponen incensantemente delante de los ojos y cuyo glacial hálito no podrá fecundar nunca el trabajo del hombre ni la felicidad de la familia.

Pero la mayor agresion, señores, del espiritu revolucionario contra la familía, es la agresion contra la religion misma. La religion y la familia se hallan relacionadas ó ligadas una á otra con vinculos tan intimos; la religion cristiana, sobre todo penetra tan hondamente en la familia con todas sus influencias que cuantos ataques se dirigen á la religion, alcanzan igualmente á la familia, y los enemigos mas encarnizados de la sociedad religiosa, son sin disputa los mayores enemigos de la sociedad domestica; por eso, á vosotros los cristianos, no vacilaré en deciros; «Vivid alerta; aquellos que atacan á la Iglesia, de quien sois súbditos, atacan tambien el hogar donde sois soberanos»

Asi, pues, en vano seria, señores, que buscaseis paliativos para esta verdad: el blanco adonde la ciencia revoluciónaria di-

rige hoy principalmente sus tiros, es la religion, y entre todas las religiones, á la religion católica. La revolucion moderna no es ya en el dia una agresion politica ó social sino secundariamente; ha llegado á ser, sobre todo, como lo fué en su origen, ó sea tres siglos ha, una agresion religiosa. Le importan poco las formas de gobierno: que este sea republicano, constitucional, monarquico ó absolutista, ¿á ella que mas le da? Todo le es acepto, incluso el despotismo, ó por mejor decir el despotismo especialmente: lo único que le repugna es el reinado de Jesucristo por la Iglesia y en la Iglesia. Y sino, ved como la revolucion persigue y ataca á todo trance la accion de la religion católica en la famlia. En la familia es donde encuentra una accion poderosa y única que puede hacer frente á la suya, y por eso la aborrece: en la familia es donde presiente una influencia fecunda que no le es dado imitar, y por eso tiene celos de ella: si, Sres., desde el punto de vista de la familia es desde donde se descubren principalmente sus celos: tiene celos de ella con respecto á la Iglesia; los tiene con respecto á Jesucristo; los tiene con respecto á Dios; lo tiene en el reino paternal hasta con respecto á la paternidad: y para satisfacer sus celos impotentes, crea sistemas de enseñanza y teorias de educacion contra quienes la razon se indigna, y los cuales mienten contra la naturaleza, y desterrarian simultáneamente del hogar la accion de la paternidad, de la Iglesia y de Dios!

Hé aqui, señores la causa mas radical y el sintoma mas alarmante de la disolucion de la familia: la revolucion haciendo la guerra en todas partes por medio de sus doctrinas á la tradicion, á la propiedad, y á la religion; á la tradicion, porque engarza á la familia con la humanidad, á la propiedad porque la engarza con la tierra; á la religion porque la engarza con el Cielo: y merced á esta triple agresion, ataca y quebranta tambien de dia en dia á la familia la cual se apoya en estas tres cosas.

Se muy bien que la revolucion niega que sus ataques se dirijan contra la familia. Pero ¿que tiene esto de sorprendente? Cuando se ataca á puntos que estan defendidos por el amor de los corazones y el respeto de las almas, no se declara nunca. Siempre y por do quiera fueron el arma favorita del error el disimulo y la hipocresia. ¡Oh padres! ¡Oh madres! ¡Oh familia! ¡Institucion sagrada, santo asilo del amor y santuario de las virtudes! Vosotros sois, despues de la religion, ó mas

bien, con la religion que está en vosotros, lo mas venerable y popular que en la humanidad existe: ¿quien podria atacaros sin que suscitase contra si en el fondo del alma humana las represalias del desprecio? Por eso cuando el error contemporáneo quiere combatiros, se cubre como siempre con una máscara: pero os ataca, sin embargo, y tanto mas peligrosamente, cuanto que aparenta defenderos.

Y en la obra del desarraigo se trabaja todos los dias; desde aqui estoy viendo no solamente á los jigantes de la destruccion, sino hasta á los obreros mas oscuros de la idea revolucionaria, socavar incensantemente bajo vuestros pies la tierra firme de los grandes principios naturales y de las verdades reveladas, que, desde luengos siglos ha, lleva consigo la familia trasfigurado por el cristianismo: desde aqui los veo, y os digo por lo tanto: ¡oh padres! ¡oh madres! ¡oh reyes lejitimos y soberanos de ese imperio que os ha dado el mismo Dios! si quereis que ese imperio no se bambole, y que el hogar doméstico, que viene á ser vuestro alcazar, no se desplome sobre vuestras cabezas, no dejeis que atraviese los umbrales de vuestras puertas la filosofia revolucionaria y la literatura revolucionaria; porque si llegasen á traspasarlo, la revolucion entrará con ellos y con ellos y la revolucion, la destruccion inevitable. Y he aqui el primer signo que atestigua en nuestros dias la disolucion de la familia; la ciencia revolucionaria que la desarraiga.

II.

Pero no es solamente la ciencia, sino que tambien las costumbres, y sobre todo las costumbres creadas en la época actual contribuye poderosamente á la destruccion de la familia. Entre esta y aquellas existen afinidades intimas, y una y otras corren siempre la misma suerte: porque las costumbres se crean por la familia, y reciprocamente la familia se sujeta al influjo de las costumbres. Por esto es una cosa evidentisima que todo cuanto hay en nuestras costumbres capaz de cor-

ta alcurnia; el hervor de intrigas que se dan la mano una con otra, de año en año, de mes en mes, quizas de semana en semana, como una cádena de oprobios é iniquidades; ó mas bien que se quiebran á cada instante para dar á pasiones rebeldes á todo freno, una libertad veleidosa que no quiere fijarse preferentemente en objeto alguno. Estas son las costumbres de vuestro tiempo. ¡Ah! Que los jóvenes se dejen llevar, en los floridos años de la vida, de estos oprobios de la vida no me extraño: esto es lo que aprende en vuestros teatros, en vuestras novelas; eso les enseñan los escandalos de vuestros debates jurídicos cada vez que la justicia humana hace comparecer antes sus tribunales alguna de esas vidas disolutas á quienes sorprende en su ignominia. Pero aun me choca menos todavia ver que vuestros hijos, acostumbrados ya á esta disolucion, rehusen el matrimonio que los encadenaria al deber. ¿Como podreis maravillaros de que el matrimonio haya perdido para ello todo su atractivo, todo su encanto, todo su valor, cuando sus corazones, carrompidos por goces que á veces deberian llamarse infames padecen en su incapacidad de amar el castigo de los estragos de sus placeres?

Mas no es esta sola, ya os lo he dicho, la causa de mal tan inmenso: hay que echar aqui sobre todos su porcion de culpa ante Dios y ante la sociedad. Junto con la liviandad de los hombres, que produce el horror á la santa esclavitud del deber, está el lujo de las mujeres, que les hace temer los gastos, y que, en efecto, amenaza devorar, con lo insaciable de vanidades insensatas, caudales mermados ya muchas veces por liviandades no menos locas. Porque vuestros hijos, señores, tan indiferentes en apariencia á la fortuna, y gastadores tan sin tasa cuando se trata solo de comprar sus placeres, se convierten de repente en habilisimos calculadores cuando se trata de hacer la cuenta de lo que puede costarles solo el ataviar á una mujer. ¿Y qué será luego cuando sea preciso aumentar el gasto anual en la dósis necesaria para ataviar á un enjambre de hijas, resueltas desde su edad temprana á competir en lujo con sus madres? Por eso cuando vuestros jóvenes ven pasar ante si esos tocados magnificos que recrean su vista, se dicen á si propios con terror: —Muy bonito; pero es muy caro. ¡Gran Dios! si fuéramos millonarios todos! pero ¿quien vá á cargar con ese terrible impuesto progresivo que, gracias á las maravillas del lujo, amenaza convertirse en totalmente ruinoso? Yo, —dice el

jóven,—tengo gustos mas modestos, y, aunque un poco tarde, al fin he aprendido ya á contar. Ademas, tengo tambien mi opinion formada: mucho caudal, pero poco lujo: este es mi programa, y quiero mantenerle. Dicen que esto, en los tiempos que hoy corren, es cosa difícil de hallar: bueno; pues esperaré la ocasion, y si esta al fin no llegare, quédame siempre para consuelo mi libertad incólume, y restos de capital bastante todavía para pasar alegremente lo que me quede de existencia: y si un dia viniere la miseria á visitarme, estaré cierto al menos de que no hará mas que una víctima, ni afligirá mas que á un solo miserable.—

Aquí teneis las dos causas que conspiran para producir un mismo resultado, tan funesto á la familia como á la sociedad: la aversion sistemática al matrimonio, y como consecuencia de ella, multitud de séres sin familia, acrecentamiento alarmante del celibato, no del celibato de la virginidad, sino del celibato del vicio; no del celibato que consagra una vida al alivio de las miserias de sus hermanos, sino del celibato que gasta una vida en el estragamiento de egoistas placeres.

Tal es el primer embate de nuestras costumbres contra la familia: dificultar el matrimonio es su primer desastroso efecto. Falsearlo, cuando no ha alcanzado á impedirlo, es el segundo. ¡Ah! señores: hay en nuestras costumbres contemporáneas una llaga en que no os fijais bastante, que está devorando á la familia como el gusano devora las frutas: esta llaga, que ya de paso he señalado con otro motivo, no puedo menos de recordárosla aquí, porque es verdaderamente mortal para la familia: la llaga, digo, cada vez mas extensa, de los enlaces antipáticos, de los matrimonics mal hechos. Sobre este particular reina, principalmente en las más altas regiones de la sociedad, una aberracion que tiene algo de maravilloso. Cuando el padre y la madre ven llegada la hora de fijar, por medio de un enlace, el porvenir de un hijo, apodérase de ellos á veces el vértigo de una misma demencia, bien que causado por diversas inspiraciones: á uno le domina el orgullo de la sangre, á otro el de la riqueza: el uno busca lo mas encumbrado, el otro lo mas acaudalado; y entrambos, en sus insensatas combinaciones, prescinden completamente de las únicas dos cualidades que importan: ¡las virtudes del alma, y los afectos del corazon! Llámase á esto con el ingenioso nombre de matrimonios de razon, y mejor se haria en llamarlos matrimonios irracionales, pues en verdad no vemos que

hogar propio lo que en él no se encuentra: el corazon entonces encadenado como se ve para siempre á una vida molesta, sueña vagamente con encadenarse á otra mas grata...y pasa rozandole el primer hálito de los amores ilegitimos, como se siente cruzar por el espacio las primeras ráfagas presurosas de la tempestad!...

¿Y despues, señores, que sucede?...¡Ah! permitid á mis labios sacerdotales pronunciar aqui una palabra que quisiera yo velar con todo nuestro pudor cristiano... Pues sucede entónces que el crimen de lesa familia, el mónstruo devorador de la sociedad doméstica, invade el hogar para profanarlo, para turbarlo, para corromperlo.. ¿Cual es, como se llama este monstruo? *Dicam nomem bestiae*: ¡se llama el adulterio!... El adulterio, si; y pues ya le he nombrado, os diré que este es el mal de muerte que corroe el corazon de la familia por medio de nuestras costumbres contemporaneas. El adulterio, que en otros tiempos de la sociedad cristiana era un crimen raro, y que dejaba un borron indeleble en la familia profanada, pero que hoy ya se obstenta en rostros bastante envilecidos para no sentir siquiera ni aun el rubor de su oprobio. El adulterio, extigmatizado por todas las legislaciones. por todas las civilizaciones, por todos los pueblos, y que hoy dia, ¡gran Dios! ¡pide, no solo indulgencia, sino los honores del triunfo! El adulterio, que hasta hoy no habia osado caminar sino entre tinieblas, deslizándose furtivo en el asilo de la castidad y diciendo mientras mira al rededor de si, como aquel otro de quien habla la Escritura:—«Estoy solo y nadie me verá»—¡pero que hoy dia ya, no solamente se cree eximido de refugiarse en el misterio sino que no teme la luz del dia ni el ruido del escándalo, no! El adulterio que no se oculta; el adulterio que se ostenta; el adulterio que se jacta de si mismo; el adulterio que se instala con descaro en el hogar, en el estrado, hasta en la mesa de la familia, y que alli desofia con sus miradas insolentes la virtud del esposo y el pudor de la esposa, humillada con su triunfo; el adulterio, en fin, que disuelve la familia, multiplicando crimenes, desolaciones y á veces catástofres espantosas en el hogar mismo que debiera ser asilo de pureza, de ventura y de paz!....

Esto, señores, esto es lo que, para disolver la familia hacen hoy las costumbres contemporaneas. Y aun nada he dicho de las ignominias singulares que á veces la deshonran. Por res-

peto á vuestro pudor, y por respeto al mio, no descorreré el velo de ciertos misterios de crimen que á veces descubre la justicia humana, y que ella sola puede nombrar en su lenguaje, porque es cargo suyo pesarlos en su balanza y herirlos con su espada. Si yo los nombrase aqui, tales como la sociedad los esconde en su seno, veriais con asombro abominaciones que se creeria estar para siempre relegadas en las cloacas del paganismo, y que viven en hogares donde, poco ha todavia, se albergaron cristianos que adoraban á Jesucristo. Pero no: dejemos, dejemos oscuros y sin nombre en sus nativas tinieblas y en su justo silencio esos crimenes escondidos en que se ve la familia conspirar contra la familia, la paternidad contra la paternidad, y la vida contra la vida; misterios vergonzosos, inaccesibles á la razon humana, pasmo de la naturaleza misma, y que en este sagrado lugar no pueden ni aun ser nombrados sin que le manchen.

III.

Acabo de mostraros como las corrientes de las costumbres depravadas, junto con la corriente de la ciencia revolucionaria, aceleran entre nosotros el envilecimiento de la familia, y aun nos amenazan con disolverla. Ahora añado que todavia hay una corriente que la amenaza mas: la corriente de la vida social misma. Del propio modo que la familia ejerce un influjo activo y directo sobre la sociedad: asi tambien la sociedad ejerce un influjó reactivo sobre la familia: y no vacilo en decir que la mas ostensible y amenazadora señal del envilecimiento y de la destruccion de la familia, se halla principalmente en las tendencias sociales de nuestra edad.

Cuando digo tendencia social, no es mi ánimo comprender en esta frase la forma ni la marcha politica de los actuales sistemas de Gobierno; sino que me refiero solo al conjunto de relaciones externas creadas por el movimiento mismo de la vida social entre los hombres asociados: y en este sentido, digo que las grandes corrientes de la vida social, tal como se produce hoy dia entre nosotros, amenazan mas y mas á la fa-

milia, y parécen conspirando para desarraigar esta secular institucion, á la manera que, ola tras ola, desarraiga el torrente la añosa encina que los siglos han plantado en su margen.

Buscando una palabra que exprese el conjunto de nuestras tendencias sociales tan múltiples, tan diversas, pero convergentes todas á un mismo objeto, fatal en todas partes á la familia, me parece haberla encontrado: esta palabra es la siguiente: *dislocamiento* (*déplacement.*) La familia es por su esencia una cosa permanente, estable: constituyenla seres que viven juntos, en un mismo hogar, bajo un mismo techo y de un mismo gobierno; que se perpetúan unos en otros; que estan en condiciones casi iguales, y se dilatan por un progreso lento y una marcha tranquila, como el progreso y la marcha de la naturaleza.

Pues bien: al examinar de cerca las tendencias y movimientos de nuestra vida social, descúbrese en todos sentidos y con infinidad de formas, la cosa mas contraria á lo que acabo de decir. Hombres y pueblos están como poseidos de no sé qué espantosa premura de cambiar, de no ser estables; y esta perpetuidad y esta universalidad de semejante vértigo, han llegado á ser como una perpetua y universal destruccion de la familia.

En primer lugar, veo con temor en todas partes una tendencia al dislocamiento de la riqueza y á la movilidad de la posesion. La aversion á un trabajo seguro y fecundo, pero lento en producir riqueza; la desenfrenada pasion de improvisar caudales con el azar de las especulaciones; los juegos arriesgados y las empresas temerarias; el desden cada dia mayor á la propiedad estable, y el proseguimiento inmoderado del capital movible: hé aquí, señores, por no mencionar prolijamente otras causas, una tendencia de nuestra edad, tendencia tan generalizada que apenas alcanzan ya á eximirse de ella sino algunas pocas familias para quienes todo es menos que su honor, su nombre, su herencia y todas las tradiciones en fin que les han sido legadas con el lustre de su cuna. ¿Quereis saber ahora lo que se encuentra en el término de esas tendencias que en todas partes dislocan la posesion con movibilidad tan asombrosa? Pues se encuentran sacudimientos subitáneos è imprevistos que quiebran en solo un dia en la familia una cadena de tradiciones seculares, y á veces rompen totalmente el nudo que enlaza á la familia misma; se encuentran peregrinas transiciones que de un solo golpe elevan, de las gradas ínfimas á las mas altas de la riqueza, ó precipitan

desde la cumbre de la opulencia en el abismo de la miseria, á los favoritos ó víctimas de esos bárbaros azares; se encuentran opulentos que se avergüenzan de su familia, ó miserables que hacen á su familia avergonzarse de ellos; y unos y otros la causan con iguales golpes heridas semejantes.

De estos cambios repentinos, y pudiéramos decir estrepitosos, de fortuna, de estas peripecias nace otra tendencia análoga á la anterior, y que es tambien un dislocamiento: la tendencia á cambiar de condicion social. ¿No habeis observado el desastroso movimiento que á vuestros contemporáneos excita para que procuren cambiar, no solo de fortuna, sino de condicion: es decir, de lo que constituye la esfera misma de la vida? Nadie hoy dia quiere estarse en su lugar: el campesino tiene los ojos y el corazon puestos en nuestras grandes ciudades; el menestral de las grandes ciudades mira ansioso, en horizonte mas vasto, las perspectivas de las carreras liberales; aquellos mismos que han heredado de sus padres estas carreras, no se satisfacen con ellas tampoco, y aspiran á elevarse á mas encumbrada esfera. El hombre á quien la Providencia encargó de regir el arado, de fecundizar la tierra y de alimentar á la humanidad con el trabajo de sus manos, aspira á manejar la pluma, á cultivar sus talentos y á rodear su nombre con una aureola literaria. Podia ser un agricultor útil, y no será sino un pensador estéril, un escritor vulgar, corruptor acaso; aprenderá el *oficio* de escribir; y, para el *progreso del mundo*, compondrá libros degradantes! De todos modos, y sea cualquiera el término á que le lleven todos estos caminos de travesía que toma de ordinario para salir de su condicion el fugitivo del hogar doméstico, su familia será ya para él como si no fuera: alumno de la fortuna, si sucumbe en la empresa, le niegan los suyos; si triunfa, entonces es él quien reniega de ellos, hasta el punto que nada le aterra tanto como encontrarse en el camino de sus triunfos á un padre, á una madre, á hermanos ataviados con ropas, signo auténtico de una descendencia que parece una ironía lanzada contra sus altivos desdenes: el amor de la familia queda para él muerto y sepultado, ora triunfe, ora sucumba en su empresa.

A los cambios de fortuna y al trueque de condiciones que destruyen entre nosotros el espíritu y la vida de familia, hay que juntar ahora la tendencia al *dislocamiento* material. Queremos no solo cambiar de fortuna y condicion, sino que tambien aspiramos cada dia mas á cambiar de sitio, de clima, de sol.

El progreso material mismo, parece como que estimula, si no se cae á tiempo en ello, á relajar los vínculos de la familia.

No reprobamos nosotros, dígase lo que se quiera, la moderna creacion de nuestras lineas de ferro-carriles que, con rapidez desconocida para nuestros padres, difunden en el cuerpo social movimiento y vida; pero hay que tomarlo todo en cuenta; y percibir las tendencias morales que como por sí misma nacen de nuestros progresos materiales. Merced á la facilidad que ahora ya se tiene de cambiar de sitio, de cielo y de clima, veo irse acrecentando mas cada dia un género de necesidad que puede ejercer en la familia un grave y funesto influjo: la necesidad de no parar en casa. De este modo, los goces de viajes van matando los encantos del hogar: diríase que nuestra vida no sabe ya fijarse; el arrebato que nos domina, á pesar de no llevarnos por solitarios desiertos, sino al revés por en medio de las maravillas de la civilizacion y entre el flujo y reflujo de la muchedumbre, nos vá haciendo llevar una vida nómada, literalmente hablando. Las fondas y posadas, de que os mudais cada dia, cuando no varias veces al dia, amenazan ser vuestra ordinaria vivienda; y en este vaiven de una existencia perpétuamente de viaje, se os escapa el amor de familia, junto con aquella inclinacion que á nuestros padres tuvo tan apegados á la tierra en que se habia mecido su cuna. Decid lo que os plazca; yo os aseguro que esta tendencia es peligrosa, y que amenaza convertirnos en séres tan desarraigados de la familia como lo somos ya de la sociedad.

Tenemos, pues, dislocamiento de fortuna, de condiciones, de moradas; tendencias sociales que todas amenguan y desnaturalizan la familia mas y mas. Pero aún hay un dislocamiento mas funesto, una tendencia todavía mas amenazadora; y es el afan de separar de la familia, antes de tiempo y aun en la peor sazon posible, á los hijos; la tendencia de los padres á echar sobre extraños la carga de educar á su prole. En este particular, todo vá combinándose del mejor modo posible para disminuir, en todas las fases de la vida, el providencial influjo de los padres y madres sobre sus hijos: todo, carreras, instituciones, hasta la educacion misma. Las carreras, comenzándose prematuramente, precipitan el curso de la vida social de los jóvenes, y sus padres tienen que lanzarlos en la devorante atmósfera de las grandes ciudades antes de haberlos hecho hombres que sepan vivir. Las instituciones, y hasta los establecimientos de beneficencia apar-

tan, desde la infancia muchas veces, á los hijos del cariñoso y solícito lado de sus padres: establecimientos de beneficencia, buenos en sí mismo como remedio de necesidades extraordinarias, pero maleados desde el punto que, en vez de limitarse á suplir para con el pobre cargos que tantas veces le es imposible cumplir, se pongan tambien á disposicion de los ricos para descargarlos de la educacion de su prole, y favorecer en ellos tendencias siempre peligrosas. Hariase sin duda mucho mas mal que bien si estos establecimientos aspirasen á tomar el carácter de instituciones regulares, permanentes y generales, consagradas á un ministerio que la Providencia no ha querido que se ejerza con toda su amplitud y perfeccion, sino por los padres mismos.

La educacion, en fin, grande asunto y deber de la familia con su actual tendencia á tomar el caracter exclusivamente público que cada vez le inspiran mas y mas las ideas, las costumbres y lo que se llama necesidades del siglo; la educacion moderna, que casi anula el influjo de los padres sobre los hijos en la edad que mas profundamente se graban las impresiones, y mas decisivamente se forma la vida; la educacion, digo, tal como nuestro siglo tiende á modelarla, y tal como en efecto lo ha conseguido ya demasiado, tiene algo fatal para la familia. Los colegios, señores, es decir, los que admiten alumnos internos, en donde se reunen multitud de niños llevados allí desde el hogar paterno para que les den educacion digna de ellos y de sus familias, tienen ciertas ventajas que yo no negaré; son buenos si se los consideran como una excepcion correlativa á necesidades extraordinarias que no puedo determinar ahora; pero concedido lo que no pueda negarse á exigencias,y situaciones de indudable valor, os diré, señores, á todo una verdad que proclamo con conocimiento de causa: esta verdad es que los buenos colegios, y hasta los mejores, ofrecen inconvenientes posibles, y casi siempre inevitables, bajo el punto de vista de la familia, único á que ahora me refiero: allí vuestros hijos se acostumbran demasiado pronto á pasarse sin vosotros, cuando todavia se encuentran en la edad de los primeros albores de sus sentimientos, cuando sus almas dan con los afectos primeros sus primeros perfumes, y cuando en su existencia, tanto el bien como el mal han de hechar raices mas profundas.

Gran ventura será para ellos si al menos en aquellas casas,

donde vuestros hijos, alejándose de vuestra alma, de vuestro corazon y de vuestros halagos, van en busca del doble tesoro de la ciencia y la educacion, ha puesto Dios, á impulsos de su amor por las almas, corazones y afectos capaces de cuidar la que es vuestra; y aún resultará á vuestros hijos mayor ventura, si, encontrándose allí á la religion ejerciendo sobre ellos su divino y maternal imperio, les enseña constantemente aquel respeto, aquel amor y aquella obediencia que nunca se otorga á los padres cumplidamente sino cuando se ha aprendido á tributárselos antes á Dios. Pero si por desgracia las cosas sucedieran de otro modo; si en aquellos lugares en donde van á vivir separados de vosotros, no estuviesen sujetos vuestros hijos á la doble influencia de una religion sincera y de una paternidad solicita, la educacion que allí recibirian, separados de vosotros, privado de vuestra guia y tal vez engendrando en sus corazones el despego hácia vosotros, seria una educacion corruptora; ¡y la elaboracion de su ser ¡ay! quizas no seria sino una lastimosa é irremediable descomposicion! El dia en que, volviendo vuestro hijo á cobijarse debajo de vuestro techo, donde vuestro amor le alejo cuando aun era amante y puro, como es todo niño que vive cobijado bajo las alas de un padre y de una madre vigilantes y amorosos, os paráseis á examinarle, hallariais en él un no se que estraño, acre y glacial, que vendría á enseñar á vuestro corazon desolado, en la obra de una educacion falsa y adulterada, la ruina de vuestras esperanzas: y el porvenir os presentaria, produciendoos secreto espanto, las penas y tal vez los desastres que estaban deparados á vuestra familia!....

Señores, no es este ciertamente lugar á propósito para expresaros con minuciosidad que seria necesario hacer para conjurar estos peligros para la familia, que han tocado en lote á la generacion actual: puede ser que fuera medio de conjurarlos comenzar mas tarde los estudios, dejando tambien para mas tarde la hora de separaros de vuestros hijos, y no obligaros á alejarlos de vosotros cuando aun necesiten estar á vuestro lado, para que tengais tiempo y posibilidad de hacer de ellos hombres propios para la familia antes de que hagais jueces, empleados y soldados para la patria. Pero nos olvidamos de que antes de crear un magistrado notable, un empleado celoso y un soldado heróico, importan que formemos las base en que se ha de fundar todo esto, que hagamos lo que vale infinitamente mas,

un hombre. Por lo que á la educacion toca, ¿que remedio hemos de poner al mal que trae consigo la separacion, á que actualmente es cierto que nos compele la necesidad, pero que seria muy peligroso asentar como un hecho ordinario y como condicion normal? ¿De que medio hemos de valernos para ocurrir á todas estas necesidades sin ocasionar daños á la familia? Buscando en lo posible una exacta proporcion en que la educacion privada pueda unirse á la educacion pública, con el fin de iniciar á los niños en el conocimiento de la vida social sin que se les obligue á perder los beneficios de la vida domestica. Pero en fin, sea cualquiera la solucion practica que en este asunto se dé, es evidente que hay que hacer algo por disminuir, no solo en los estudios y en la educacion, sino en todas las demas situaciones de la vida social que hemos mencionado, la tendencia general á la separacion, fatal inevitablemente para la familia que, mas que con ninguna otra cosa, se alimenta con la union y el amor, con la residencia y la estabilidad.

Señores, la hora que se va, y quizás tambien el cansancio de vuestra atencion, me advierten de que ya es tiempo de que me detenga en esta brevísima reseña que vengo haciendo de todo lo que he designado como causas de la disolucion de la familia en nuestros dias, con tanta mas razon, cuanto que este será el tema de mis discursos ulteriores. Sin embargo, no terminaré el presente, que ya es largo, sin mostraros en esta disolucion de la familia un signo cuya manifestacion he dejado para lo último, pero hacia el cual llamo la atencion de los hombres pensadores por ser el mas grave y decisivo, resumiendo, como cu si resume hasta cierto punto, á todos los demas que ya he demostrado; este signo es la sustitucion creciente de la asociacion facticia y artificial á la asociacion providencial y natural, que no es otra sino la familia; ó lo que es lo mismo, la marcha, unas veces latente y otras visible, de este gran movimiento contemporáneo á que se ha dado el nombre de *movimiento socialista*.

Existen en nuestro tiempo dos grandes tendencias, que á primera vista parecen contradictorias y diametralmente opuestas; pero que, ligadas en realidad una á la otra, son entrambas profundamente antipáticas á la familia: por una parte el egoismo, y el socialismo por otra. El egoismo, solitario, estéril, antisocial y enemigo por consiguiente de la familia, es el fruto natural de las doctrinas sensualistas arraigadas en la inteligencia, y de las costumbres sensuales dominantes en el corazon de la generacio-

nes que han dejado de ser cristianas: es el monstruo devorador de la familia, engendrado por el siglo XVIII, y que crece cada dia mas en el XIX:

Mas tal es la naturaleza humana, que, caminando siempre de un exceso al otro que le es contrario, suele no huir de un abismo sino para precipitarse en otro. El egoismo, que no puede dar sino muerte, ha engendrado en la nuevas generaciones que sentian la necesidad de vivir, una reaccion legitima, pero que, al pasar de los limites racionales, ha llegado á ser aun mas funesta que el egoismo á la familia y á la sociedad: esta reaccion fué el socialismo. El socialismo, que no es sino la exageracion de la índole social de la naturaleza humana; el socialismo, que bajo un disfraz de generosidad que no tiene, esconde instintos de destruccion; el socialismo, que tiene la pasion de las asociaciones artificiales, y muchas veces imposibles, porque lleva en si como el germen de su propia vida, el odio de la asociacion natural, ó sea de la familia. De consiguiente, señores, fijad vuestra atencion en que la familia y el socialismo se repelen como los dos polos del mundo social; la disminucion del espíritu de familia es el progreso del socialismo, y, por lo tanto, cuando el socialismo sube, la familia baja. Quien ama á la familia, odia al socialismo, y quien ama el socialismo odia á la familia.

No lo dudeis, señores: el socialismo es enemigo de la familia; quiere arrebataros vuestros hijos, para convertirlos en lo que él llama soberbiamente hijos de la patria, quiere arrebataros vuestras propiedades, para convertirlas generosamente en propiedad de la patria; quiere arrebataros toda enseñanza, á fin de que no haya sino una escuela, á la cual llamaria hipócritamente escuela de la pátria! Cierto no sé que dice al corazon del socialismo, que la familia es la última trinchera que se le resiste, y trabaja por debilitarla y aniquilarla de cuantas maneras puede. Si la familia continuase menguando y corrompiéndose entre nosotros, el triunfo del socialismo, seria seguro, por cuanto el hombre ha nacido para vivir asociado, y el desprecio de la asociacion natural y normal lo precipitaria forzosamente en un sueño de asociaciones imaginarias y siempre desastrosas. Ha llegado, pues, la hora de optar, ó por la familia, sociedad natural y de institucion divina, ó por el socialismo, que es una sociedad artificial y de fábrica humana!....¡Ah! nuestra eleccion ya está hecha; no conocemos al socialismo que ayer nació, y hoy, sin

embargo, ya es viejo: conocemos á la familia que nació seis mil años há, y la cual, sin embargo, es todavia joven, y nos abrazamos á ella como supremo apoyo del órden social, tal como fue creada por Dios al principio, y tal como fue posteriormente restaurada por Jesucristo Señor Nuestro.

CONFERENCIA CUARTA.

Despues de haber demostrado que es la familia con relacion á la sociedad, y que es Jesucristo con relacion á la familia, hemos investigado tambien lo que ha llegado á ser en nuestro siglo la famllia restaurada por Jesucristo.

Entre las grandes corrientes de la sociedad contemporánea, hemos designado los síntomas cada dia mas terribles de la disolusion de la familia. En la corriente doctrinal, hemos visto á una filosofia radicalmente revolucionaria, desarraigando las bases de la familia por medio de una agresion sistemática contra la tradicion, la propiedad y la religion, las cuales son tres elementos conservadores de la familia. En la corriente moral, hemos visto á las costumbres contemporáneas impidiendo, falseando y pervirtiendo los matrimonios, y haciendo en la familia estragos progresivos por medio de estos tres vicios coligados. Hemos visto, por último, en la corriente social una tendencia fatal á la familia; la tendencia hacia el desquiciamiento universal, y como consecuencia general é inevitable el movimiento socialista, el cual tiende á sustituir con una asociacion artificial, la asociacion natural, ó sea la familia. Por la adhesion claramente simpática con que habeis escuchado las revelaciones de los peligros que amena-

zan á la familia, estoy convencido de que hé puesto el dedo en una nueva llaga dolorosa para todos, á la cual es preciso aplicar pronto remedio. Y pues que todo lo que perece á causa de las doctrinas, por medio de las doctrinas se restaura, ahora mejor que nunca es tiempo de proclamar los grandes principios conservadores de la familia, y esto es lo que nos proponemos hacer en los discursos sucesivos, empezando hoy por la union del padre y la madre, que es quien constituye simultáneamente el nudo, la base y el baluarte de la familia.

El sosten natural y el principio constitutivo de la familia, es la union del hombre y la mujer. El manantial de la vida humana brota de estas dos fuentes, que, en rigor, no son mas que una. La mujer salió del hombre, y la vida humana procede de uno y otro. Mas para que la union del hombre y la mujer corresponda á su objeto, alcance toda su perfeccion y brille con toda su belleza, son absolutamente necesarias dos condiciones, ó sea la unidad y la indisolubilidad; la union para siempre entre una sola mujer y un solo hombre. La ausencia de la primera condicion constituye la poligamia; la ausencia de la segunda constituye el divorcio, cosas ámbas profundamente destructoras de la familia. De estos dos vicios que la aniquilan, deberia yo, al parecer, tratar separadamente; pero hay que tener en cuenta que el uno está contenido en el otro, pues que el divorcio de por sí conduce á la poligamia y, al quebrantar la indisolubilidad del vínculo conyugal, rompe tambien la unidad de la familia. Ademas, la poligamia, segun la manera de ver de todo el pueblo cristiano, lleva en sí misma tal sello de reprobacion, que seria supérfluo insistir sobre este punto. Nos limitaremos, por tanto, á hablar directamente de la indisolubilidad del lazo conyugal, y del divorcio que es la negacion del mismo, tratando de investigar donde está la doctrina que custodia encerrado en la humanidad el dogma de la indisolubilidad, y qué cosa es el divorcio considerado en sí mismo y en sus consecuencias con respeto á la familia.

I.

Este es, señores, uno de los puntos más delicados y decisivos de la familia, y por consiguiente de la sociedad. Pero antes de deciros lo que es el divorcio en sí y con relacion á la familia, quiero dejar demostrado que el catolicismo es quien únicamente ha sabido conservar en el mundo la austera, pero saludable doctrina de la indisolubilidad.

Exceptuando dos casos particulares que carecen de importancia desde nuestro actual punto de vista, el catolicismo afirma, y todo católico tiene obligacion de creer, que el matrimonio cristiano es un Sacramento que imprime en la union del hombre y la mujer un sello de perpetuidad, el cual por nadie, incluso la iglesia misma, puede ser borrado, y que el vínculo conyugal, rigorosamente indisoluble por derecho *divino*, no puede romperse sino con la muerte. Podríamos muy bien contentarnos con enunciar esta sencilla afirmacion; pero, en tan grave asunto, no es inútil motivar la afirmacion de la Iglesia católica.

Las palabras de la Iglesia son en este punto el eco verídico de las que pronunció el mismo Jesucristo, al reconstituir el matrimonio tal como fué establecido desde el principio. Hé aquí lo que desde el principio Dios habia hecho: habia creado la humanidad, hombre y mujer, y para que fuese mas comprensible la unidad profunda que quiso fundar entre ámbos, del hombre mismo sacó á la mujer, diciéndoles; «Creced y multiplicaos, y poblad la tierra.» ¿Cómo se consumó este misterio que ilustró la cuna de nuestra raza? -«Dios, dice la Escritura, envió sobre Adan un misterioso sueño, y mientras que Adan dormia, desprendió de él una parte, la cual, fecundada por el soplo de Dios y modelada por su mano, se convirtió en la mujer: *Ædificabit in mulierem*; y Adan extasiado, y no cabiendo en sí de gozo al contemplar en otro sér la difusion de su propia vida, exclamó: «Hé aquí el hueso de mi hueso y la carne de mi carne: se lla-«mará *Virago*, pues que ha sido sacada del hombre.» Y por eso, añade el orador sagrado: «El hombre dejará á su padre y á «su madre, y se adherirá á su mujer: *Adherebit uxori suæ* y «ellos serán dos en una misma carne: *Et erunt duo in carne* «*una*:» (Gén., II, 23)

Tal fué la primitiva institucion del matrimonio en la cuna de nuestra humanidad. La legislacion mosáica, sin destruir positivamente esta institucion, no la habia conservado, sin embargo, en toda su plenitud, y el legislador de los hebreos habia al parecer autorizado al hombre para que repudiase á la mujer infiel á sus juramentos: era esto, dice el Salvador mismo, una concesion otorgada á la dureza de los corazones: el divino legislador de los cristianos hizo que el matrimonio tornase á su primera institucion, declarándolo indisoluble.

«Los fariseos, dice San Mateo, se acercan á Jesus con ani«mo de sorprenderle, y le proponen la cuestion siguiente: «¿Es «lícito al hombre repudiar á su muger por alguna causa? — ¿No «habeis leido, respondió Jesus, que Dios creó al principio la hu«manidad hombre y mujer: *masculan et feminam*; y que des«pues dijo: El hombre dejará á su padre y á su madre para ad«herirse á su esposa, y ámbos serán dos en una misma carne? «Así continua el Salvador, ya no serán dos, sino una sola car«ne; y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre; «*quod ergo Deus conjunxit homo non separet.* — Mas ¿por qué replicaron los fariseos, permitió Moises al hombre que diese á «su mujer un libelo de repudio? — A causa de la dureza de «nuestros corazones; pero no acontecia asi en el principio, *ab initio autem non fuit sic.*» (*Math* XXX, 3.)

Nada hay por tanto que haya proclamado mas claramente el mismo Verbo; el matrimonio fué constituido indisoluble; sea cual fuere la naturaleza exacta de la concesion hecha á los judios referente á repudiar á la mujer en determinados casos, ÉL mismo suprime la concesion y retrotrae el matrimonio á su institucion primitiva restituyéndole la indisolubilidad. «Que el hombre, di«ce ÉL tambien segun San Márcos, (S. Marc. X. 9.) no separe jamás lo que Dios ha unido. Todo aquel que abandonare á su «mujer y se desposare con otra, es adúltero con respecto á la «primera, es adúltera tambien la mujer que deja á su marido y se casa con otro.» En San Lúcas, Jesus dice lo mismo con muy poca diferencia y en los mismos términos; y asi de una parte como de la otra la afirmacion es general. (San Lúcas, XVI, 18.)

Despues de la palabra del Verbo encarnado, ¿que necesidad hay de repetir lo que dijeron los Apostoles? ¿Que puede haber sobre esto que sea tan afirmativo y dogmatico como el dicho del gran Apostol de los gentiles? — «Con respecto á los

«que han aceptado el matrimonio, dice, no soy yo sino el Se-«ñor quien les hace el siguiente mandato: «que la mujer no de-«je á su marido, ó si le dejare, que no vuelva á desposarse, «ó que se reconcilie con él.» (Cor. VII, 10, 11, 39.) «La mu-«jer está encadenada á la ley del matrimonio mientras viva su «marido, y únicamente su muerte le devuelve la libertad.» Así hablaba S. Pablo á los cristianos de Corinto; y repitiendo sus palabras á los cristianos de Roma, añade: «La mujer, por tan-«to, merecerá el nombre de adúltera, si se uniese á otro hom-«bre viviendo su marido; muerto este, recobra ella su liber-«tad, y puede, sin incurrir en adulterio, contraer un nuevo enlace.» (Rom. VII, 2.)

Los Concilios, intérpretes infalibles de la Escritura, han formulado sobre este punto el dogma católico con una precision que nada deja que desear: «Aunque sea lícito á los esposos «dice el Concilio de Florencia, separarse por causa de fornica-«cion, no por eso se les permite contraer nuevos esponsales, «en razon á que el vínculo de un matrimonio legítimamente con-«traido es perpétuo: *Cum vinculum matrimonii legitimæ con-«tracti sit perpetuum.*»

El Concilio de Trento, finalmente, nos dió la última fórmula de la doctrina católica sobre este punto fundamental: «Si algu-«no digere que la Iglesia se equivoca al enseñar, como ha ense-«ñado siempre, que el matrimonio no puede ser disuelto ni aun «á causa del adulterio cometido por cualquiera de los contrayen-«tes, sea excomulgado.»

Este decreto solemne no es otra cosa que la voz clara y distinta de todas las autoridades de la tradicion cristiana, las cuales seria ocioso citar en este momento. Jamás ha variado la Iglesia católica sobre este punto, y su inflexibilidad pretérita nos responde de su invariabilidad futura. Los malos instintos podrán removerse en el fondo de los corazones un millon de veces: la bestia humana podrá ahullar por boca de las pasiones contra un dogma que las doma y las mortifica; pero ni el dogma cambiará, ni se doblegará la verdad, ni cederá la Iglesia. La Iglesia católica puede sacrificarlo todo, absolutamente todo, menos la justicia y la verdad. Cuando ella afirma un dogma, cuando proclama un derecho en el nombre de Dios revelador y fundador, ya pueden venir sabios con sus sofismas, oradores con su elocuencia, y poderosos con sus espadas; sufrirá la Iglesia la injuria, aceptará el ultrage, verterá sangre, y repetirá por boca de cual-

quier anciano que conserve un soplo de vida para afirmar la verdad y anatematizar la mentira: «Yo lo afirmo de ahora para «siempre, y para firmar mis palabras, un millon de mártires «me darán su sangre.»

Así es como custodia la Iglesia católica la verdad en su integridad invulnerable; cuanto mas austero sea el dogma y mas antipático á las pasiones, mas valor heróico, y mayor tenacidad divina emplea ella en defenderle. Y tan abrumador es para las pasiones el dogma de la indisolubilidad, que si la Iglesia hubiese sido una institucion humana, cien veces le habrian faltado fuerzas y habria desfallecido su ánimo, cien veces habria encontrado medio de salvarse de las amenazas de los hombres, sacrificando ese mismo dogma contra él cual han bramado y siguen bramando las pasiones. La inflexibilidad con que defendiera el dogma conservador, fué en la edad media una de las principales causas de sus luchas contra los Príncipes que no querian soportar aquel yugo. La Iglesia jamas hace concesiones. Ha habido déspotas, que, lanzando contra la Cabeza visible de ella amenazas terribles, le han dicho como Enrique VIII, cuyas pasiones tan inconstantes y estragadas como groseras, no podian soportar el peso de la indisolubilidad: «El divorcio ó el cisma. O me separais de mi mujer, ó me separo de la Iglesia.» Pero Roma resistió, diciendo: «Antes un cisma mas, que una verdad menos. Los cismas pasan, la verdad es eterna: sepárese, si es preciso, un pueblo para dejar puesto á otro, pero que la verdad de Dios permanezca siempre.»

Esta resistencia inerme contra los mas poderosos de la tierra era baldonada entonces como ahora por los cobardes aduladores de la fuerza; no faltaban tampoco en aquel tiempo gentes hábiles y pseudo-ilustradas en mas alto grado que la Iglesia, que á este heroismo le llamasen imprudencia, tenacidad, aferramiento, fanatismo de un decrépito anciano; pero mientras que ellos hablaban, la Iglesia proseguia su obra y defendia el progreso del mundo, defendiendo los derechos de la verdad.

Y ciertamente, señores, que no podreis menos de convenir en que esa tenacidad invencible para defender ante todos, contra todos una verdad conservadora de la sociedad y la familia, es un gran espectáculo para el mundo, y en que en el fondo de tan indomable resistencia se descubre la divinidad. Pero lo que contribuye á engrandecer mas y mas el espectáculo y á que descuelle mas brillante entre todos los abatimientos de las doctrinas

y las religiones humanas, es que únicamente la Iglesia católica es quien ha podido soportar el peso de ese dogma, y que, fuera de ella y en diversas proporciones, todo se ha doblegado y sigue doblegándose sobre este punto fundamental.

No entraré en la investigacion de lo que han hecho y siguen haciendo las sociedades paganas en pro de la conservacion de esta base de la familia. Doctrinalmente, las sociedades del mundo antiguo no se elevaban á la nocion de la indisolubilidad, y el divorcio existia como derecho constituido en el fondo de sus legislaciones civiles y religiones. Me refiero á la indisolubilidad rigorosa y mútua que deniega asi al hombre como á la mujer el derecho de repudio y la facultad de contraer nuevos esponsales. De hecho, el paganisno concedia al hombre el derecho de divorcio contra la mujer, y se lo rehusaba á la mujer contra el hombre; era una consagracion de la autoridad marital llevada hasta el despotismo del hombre y hasta la abyeccion de la mujer, coincidiendo ademas esta restriccion con las épocas mas morales. Pero cuando las costumbres llegaron á corromperse, entónces prevalaleció la mutualidad del divorcio y quedó abierto para la invasion de la inmoralidad el santuario de la familia; y cuando Roma decadente iba agobiándose bajo el peso de una civilizacion en que la licencia no conocia freno, reapareció el desorden espantoso, de que hablan los historiadores y poetas de aquel tiempo, y se vió á las mujeres romanas volar hasta veinte veces en el espacio de algunos años de matrimonio en matrimonio, é ir descendiendo de boda en boda como por escalones hasta el oprobio de la esclavitud mas vergonzosa.

Y ¿donde, fuera del cristianismo, podriais encontrar tampoco conservado integro en el dia el dogma de la indisolubilidad? Id á Pekin, al Cairo, á Constantinopla; id á ver el despotismo marital, y sobre todo las libiandades reales ó imperiales páseandose por entre un rebaño de esclavas irrisoriamente decoradas con el titulo de reinas, y todas ellas, sea cual fuere la altura que ocupen en esta gerarquia del oprobio, señaladas con una misma infamia, sin otra diferencia á los ojos de quienes las contemplan, sino el grado en la abyeccion!

Pero ¿á que insistir en esto? Es evidente que quien no ha adorado á Jesucristo, es demasiado debil, demasiado cobarde y demasiado degradado, para conservar en sus doctrinas y realizar en sus costumbres el blason de la indisolubilidad. Mirad

de este lado del Calvario, en el cristianismo mismo, y por donde quiera vereis á la humanidad desatando el vínculo conyugal segun que se aleja del centro del catolicismo, ó sea del ideal de la sociedad y la familia cristiana.

¿Quien, fuera de la unidad catolica, ha tenido fuerza bastante para conservar en toda su pureza la indisolubilidad conyugal? ¿El cisma por ventura? ¿La heregia? ¿El racionalismo?

No, el cisma no ha tenido fuerza bastante para mantener incólume este baluarte de la familia. Entre todos los cismas, el menos distante de nosotros, bajo su aspecto doctrinal, el menos heterodoxo en toda la extension de la palabra, el cisma griego, digo, ha flaqueado en este particular, sacrificando la integridad primitiva á la humana flaqueza, consagrando el adulterio como causa de divorcio, y dando así una especie de patente sagrada á la infidelidad de los conyuges y á la corrupcion de las costumbres: y esta es la hora en que la disolucion de los matrimonios junto con la disolucion de las costumbres, consecuencia la una de la otra, se nos muestran enseñoreadas de todas las Rusias, desquiciando á la familia y amezando á la sociedad.

Y el cisma anglicano, ¿ha sido mas fuerte? ¿Ni como habia de haberlo sido cuando su origen, su pretexto y aun su causa fueron el divorcio invocado por la liviandad de un Rey disoluto? Pues, en resumen, ¿por que fué el cisma de Inglaterra? ¿cual fué el origen de aquella sácrilega violencia que separó del centro secular del catolicismo á la tierra de los santos? ¿Por qué la Inglaterra, católica ayer todavia, es hoy cismatica? ¿Por que? Porque Roma no quiso consagrar el adulterio: porque la fe y la fortaleza de un Pontifice no quisieron hacerse cómplices de la brutalidad de un déspota contra el desamparo y la dignidad de una mujer.

¿Cual de entre los heresiarcas ha querido sufrir el yugo de la indisolubilidad? ¿Lutero, por ventura? ¡Lutero que sacrificó la autoridad de la doctrina por captarse la gracia de un poderoso autorizando la poligamia del landgrave de Hesse! ¡Lutero, que no satisfecho con haber profanado en su persona la santidad del caracter sacerdotal con un enlace doblemente sacrilego, profanaba ademas con sus asquerosos discursos la santidad del vinculo conyugal! ¿Quien ha respetado ese baluarte de la familia?—¿Ha sido Calvino? ¿ha sido Zuingle? ¿ha sido

Beda? ¿ha sido Bucero? No. Todos estos presuntuosos reformadores de la Iglesia, que parece habrian debido ostentar en su frente una aureola de pureza, sacrificaron ante las pasiones humanas la verdad divina: desde el punto que orgullosos no quisieron soportar la humildad de la obediencia ni los fallos de la autoridad pontificia, renegaron tambien livianos de la santidad del matrimonio y de la indisolubilidad del vínculo conyugal. Hoy dia mismo, en medio de la gran Babilonia de la heregia contemporanea, buscad un lugar solo en donde la indisolubilidad del matrimonio goce de un postrer refugio: no le hallareis, no, ni en Berlin, ni en Stokolmo, ni en Copenhague, ni en el Haya, ni entre el abigarrado protestantismo de la antigua Europa, ni entre el mas abigarrado todavia del Nuevo Mundo: en ninguno de estos lugares hallareis ya incólume la indisolubilidad del matrimonio. En todas partes la grande heregia de estos últimos tiempos se ha hecho cómplice de la pasion contra la santidad de la familia; desnuda en si de fuerza no se ha atrevido á exigirla de nadie y ha pactado con todas las flaquezas: en todas ha relajado, mas ó menos, el vinculo conyugal; y ahi la teneis, en su última expresion y en su término supremo, con el Evangelio en la mano y el nombre de Cristo en los labios siempre instalada en el fondo de los desiertos, con el nombre de mormonismo, para ostentar un libertinage sin limites y una promiscuidad sin limites, manchando la luz del dia con espectaculos de depravacion como, desde el Calvario aca no los habia iluminado el sol en el Universo.

Si el císma y la herejia se han arredrado hasta semejante extremo ante la austeridad del matrimonio, juzgad que habra sido el racionalismo, es decir, la filosofia anti-cristiana. ¿Ni cómo podian tampoco custodiar, una gloria reservada solo á la familia católica los que han excluido de su doctrina todo elemento cristiano, y cuya palabra no ha alcanzando ni aun á defender la moralidad mas vulgar? En este punto, los matices todos racionalista, lo propio que los heréticos, se confunden y desvanecen para reunirse é identificarse en una misma aberracion y en una miseria misma.

Todos, sí, llámeseles como se quiera, panteistas ó ateos, escépticos ó dogmáticos, materialistas, ó espiritualistas, todos cuantos se hallan fuera de la comunion católica, aun los mejores, aun los mas austeros, están pronto á sacrificar ante las aras del Dios Deleite ó de la Diosa Razon aquel blason de la familia y aquella gloria de la vida cristiana.

Hé aquí por qué el dia que los franceses caimos baja el yugo de los filósofos, de los racionalistas y de los ateos que dieron el triunfo á la anarquia, al ateismo y á la impureza; aquel dia, digo, nnestra legislacion, tan profundamente cristiana y tan santamente austera hasta entonces, postrose tambien humillada ante la inmoralidad y el sacrilegio; proclamó el divorcio; y como para mostrar mas claramente, el siniestro fulgor de los sucesos, el intimo enlace que une á la sociedad doméstica con la sociedad pública, vióse á la magestad real inviolable y el vinculo conyugal indisoluble perecer juntos y á un mismo tiempo en aquel comun desastre de la familia desquiciada y de la patria ensangrentada por una misma barbarie. No ha mucho todavia, en época posterior, cuando perturbado el mundo por una nueva sacudida, velados con velo de error los entendimientos, se puso en tela de juicio á tantos principios elementales y á tantas verdades conservadoras, trató el divorcio otra vez de dominar nuestra legislacion: afortunadamente para la civilizacion moderna, tuvo que retroceder ante el anatema del cristianismo y ante el sentido comun de Francia, que simultaneamente se sublevaron contra él, á impulsos de una misma indignacion.

Hoy, hoy dia mismo, si nuestra legislacion no estuviese tan profundamente sellada con el sello cristiano: si, amparada por la conciencia cristiana, no opusiese todavia dique á las pasiones de nuestros tiempos, veriais en medio de nosotros, entre los esplendores de nuestra civilizacion, ostentar sus inmundos espectaculos el divorcio y la poligamia. Oid esas doctrinas que hablan, que discuten, que escriben, que tratan de dominar, y estas doctrinas bajo todas las formas, en prosa y en poesias, en drama y en novela, concitan al divorcio y á un divorcio tal como el mundo civilizado no lo han conocido nunca, divorcio sin condiciones y sin retriccion legal alguna.

Pero ¿que es lo que digo? En esa orgia moral á que se os ha invitado, el divorcio ni siquiera tiene sentido: porque lo que se pide es la ilimitada facultad de deshacer enlaces que ni siquieran merecen el nombre de compromisos; es la absoluta independencia del corazon, á quien se declara único juez arbitro y soberano; en una palabra, es la destruccion del matrimonio, el dominio ilimitado de pasiones desenfrenadas y de amores irregulares.

Hay en estos últimos tiempos una repugnante creacion que ni áun á las gentes honradas ha llegado á inspirar horror bas-

tante profundo: creacion del drama y la novela revolucionarios; revolucionarios en todos conceptos, en ideas y costumbres, en el trato social y sobre todo en la familia. Si, señores, se han hecho expresamente libros de triste celebridad para enseñar á vuestras mujeres que no hay crimen donde no hay amor sincero: que nada significa el deber en el matrimonio, y que el sentimiento es juez arbitro de todas las cosas; que el matrimonio tal como existe, protegido por la ley y consagrado por la religion, es una esclavitud y lleva consigo algo de absurdo, de inhumano y antisocial y monstruoso.

En esos libros en que las flores de la literatura y el encanto del estilo no aciertan á difrazar completamente la infamia que hay en el fondo, vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestras hijas quizá, han aprendido á par vuestro, que el divorcio es el derecho imprecriptible del corazon, y el adulterio, derecho inenagenable de su libertad; que de los dos juramentos que una mujer hace á su marido, el de serle fiel y el de estarle sumisa, de amarle siempre y de obedecerle en todo, el primero es un *absurdo*, y el segundo una *bajeza*; que nadie puede responder de sú corazon, y que solo Dios, que lee en lo futuro, puede enlazar *irrevocablemente* á ciertas criaturas para su propia felicidad; que es locura, egoismo, impiedad contraer *indisolubles* vinculos cuando nadie puede responder con seguridad sino de la sinceridad del afecto presente; que por respeto á su dignidad no puede aceptar la mujer leyes hechas en contra suya con brutal egoismo: leyes que parece que la niegan talento, alma y corazon; leyes que no puede aceptar sin ser esclava ó perjura: leyes que la encadenan para siempre al capricho de una criatura humana, hecha como ella, á imagen y semejanza de Dios.

¿Y os parece que dicho todo? No, vuestras mujeres, vuestras hijas aprenderan en un autor irreconciliable con la sociedad, que el matrimonio es una de las mas odiosas instituciones, la cual no puede menos de ser abolida con el tiempo, si el linaje humano ha de dar algun paso hacia la justicia ó la razon; que con el tiempo será reemplazado aquel por un vinculo mas humano y no menos sagrado que asegure la existencia de los hijos, sin aherrojar para siempre la libertad del hombre y de la mujer; que el matrimonio indisoluble, tal como se practica en la sociedad y la religion le consagra es la degradacion llevada al último estremo, el envilecimiento del hombre y de la mujer, es la prostitucion!!!

Basta, señores; no trato de leer ante vosotros toda la novela contemporanea. Se lo que os debo, se de lo que á mi mismo soy deudor.

Ya lo estais viendo; todo ha tenido que doblegarse bajo la austera doctrina de la indisolubilidad conyugal: se ha doblegado el paganismo, se ha doblegado el mahometismo, todos los cristianismos incompletos se han doblegado; el focianismo, el anglicanismo, el protestantimo, ó por mejor decir, todos los protestantismos se han doblegado: se ha doblegado el racionalismo bajo sus formas y variedades infinitas; y hoy sobre todo, lejos de amparar la severa doctrina de la indisolubilidad completa, está rompiendo todos los frenos que pueden sujetar y perpetuar con la union de los esposos la unidad de la familia.

¡Y es posible, gran Dios, que en nombre de la razon, de la justicia y del progreso, se predique esa revolucion inmoral, esas inmundas innovaciones que arrancarian á la civilizacion cristiana su mas sólido cimiento, y á su frente su mas hermosa guirnalda!

Gracias al Cielo, y en honra sea dicho del catolicismo, hay una doctrina, una sola, que resiste esas complacientes doctrinas; esas cobardes concesiones hechas al capricho y las pasiones del corazon humano; ella resiste todas las arremetidas de la literatura, todas las amenazas de la filosofía, todos los decretos de los legisladores y las tentativas de todos los despotismos, y en caso de apuro y bajo el golpes de las mas terribles amenazas, ella dirá: ¡antes un cisma mas, que una verdad menos!...

Se trata pues de averiguar quien tiene razon, si el catolicismo que defiende la indisolubilidad, ó todas las doctrinas que aceptan ó proclaman el divorcio.

II.

Acúdese á la razon, á la generosidad, á la humanidad, y so-

bre todo, al progreso de la familia y de la sociedad para pedir el divorcio; y yo pregunto: ¿quien responde mejor á la razon, á la naturaleza, á la generosidad, á la humanidad? ¿Cuál es el mejor tutor de la familia y de la sociedad? esto es lo que vamos á examinar ahora.

Antes de manifestar las desastrosas consecuencias del divorcio, considerémosle en sí mismo, y verémosle faltar á lo mas verdadero, lo mas grande y legítimo que hay en el hombre; verémosle en el fondo desmentir á la razon, la naturaleza, la generosidad y la humanidad.

Admitido sistemáticamente el divorcio por aquellos que se unen, es por de pronto la contradiccion abierta de la naturaleza humana en su parte mas noble y elevada; la contradiccion del amor que motiva la union. Si la union conyugal ha de conseguir el objeto que en ella se propuso el Criador, debe llevar consigo la condicion de toda union, es decir, el amor: el matrimonio sin verdadero amor, es el escarnio de la ley que lo ratifica, y de la religion que lo consagra: hablo aquí, señores, del matrimonio, tal como Dios lo ha hecho; de la union de dos personas que se aman y toman por testigos de su amor á la sociedad que escucha su juramento, y á la religion que pone á su enlace el sello del Sacramento divino. No es el casamiento uno de esos contratos vulgares en que dos voluntades pueden deshacer de mútuo acuerdo lo que de acuerdo mútuo han consentido: el matrimonio es un contrato privilegiado: por él se ligan los corazones, se anudan las almas para realizar el anhelo de un verdadero amor. Ahora bien; la union que se verifica bajo la inspiracion de un amor sincero, es una union de por vida: la union perpétua, el amor sin fin, es la necesidad de las almas todas que conocen á fondo lo que significa la voz *amar*, demasiado profanada.

Nosotros somos así: cuando amamos sinceramente, queremos para nuestro amor algo de inmortal: sí, queremos que la muerte misma, destructora de nuestro cuerpo, quede vencida por nuestro amor y respete eternamente el indivisible lazo que une nuestra alma con otra alma; queremos que esta union, comenzada y beatificada con el tiempo, se perpetúe mas allá del tiempo y alcance su perfeccion completa y suprema dicha en los eternos siglos. Sé muy bien que esta aspiracion de nuestro amor suele ser un sueño nada mas en la tierra; sé muy bien que este soplo de inmortalidad que hinche á todo corazon amante,

se desvanece facilmente con el amor que lo impele; pero esta ráfaga fugitiva deja en todo corazon que por ella ha sido oreado la respiracion de lo inmortal, la necesidad de perpetuar las uniones que ha hecho. ¿Quien, en efecto, sin contradicion monstruosa podria unirse en la certidumbre de que ha de llegar un dia en que diga: ya no amo, ya no soy amado? Sí, este es el sentimiento mas profundo del corazon humano: amar á otro corazon, ser por siempre amado; este es el sueño de todas las almas que no estan bastante envilecida para abdicar con la necesidad de lo inmortal, la parte mas divina de su propia vida!

Luego la disolubilidad de esta union que contrae un amor hambriento de inmortalidad; la disolubilidad contraida por la ley, autorizada por la religion, aceptada como una contingencia al pronunciar el juramento, es la mas solemne contradiccion del mas sagrado anhelo de la naturaleza.

¿Qué diríais de un hombre que en el radiante dia de su boda digese á la elegida de su corazon: «Querida compañera, escogida entre millares, como el alma que Dios ha criado para mi alma; á la hora presente te amo; sí, te amo, y la prueba está en que me doy todo á tí; pero ¿quien sabe que afecto podrá penetrar un dia en este corazon que hoy se contemp'a dichoso en entregarse á tí sola, en no amar sino á ti? Conque si el tiempo acarrea á nuestro corazon una de esas revoluciones que destronan al amor para proclamar nuevo dueño, daremos á nuestros corazones impacientes con el yugo, la libertad de que deben gozar, apenas haya desaparecido este amor, que solo serviria para hacernos estimar la servidumbre.»

Pregunto, yo señores, ¿qué seria el matrimonio con semejantes previsiones contraido? ¿No seria por ventura un escarnio del amor? ¿No seria mentira, hipocresía y contradiccion? ¿Qué pensaríamos de la solemnidad de semejante enlace, de este Sacramento al que los predicadores del divorcio han dado el nombre de *compromiso facultativo*?

¡Ah, señores! El amor que se juzga con tales facultades, demuestra victoriosamente que no es verdadero amor; el matrimonio, que envuelve la separacion en potencia, no es digno de ese nombre: union sin amor, contrato sin compromisos, matrimonio sin garantía, donacion revocable por sí ó por otro, es contradiccion y solo contradiccion!

¡Contradiccion! No es esta la palabra que le conviene; la palabra es cobardía. Esos mal llamados derechos del corazon

para no ser irrevocablemente encadenado, no son otra cosa, no pueden designarse con otro nombre que con el de cobardes exigencias del egoismo. Egoismo disfrazado es, en efecto, el amor que usa de semejante lenguaje, que tiene semejantes exigencias: vil egoismo que osa decir á la persona á quien pretende amar: «mientras que tu amor me proporcione la dicha por que anhelo al enlazarme contigo, puedes contar con una union y fidelidad á toda prueba; pero cuando tu corazon no responda al mio y cuando este, destrozado por el tiempo, como el cráter de un volcan apagado, no tenga nada para tí, nada mas que cenizas, nada mas que lava fria, entonces te abandonaré para buscar nuenos manantiales, nuevos senderos al amor que podrá brotar todovía de mi corazon» ¿Quién sin un amor egoista y cobarde puede pronunciar estas palabras; quién, sin un amor que, en expresion de uno de sus más célebres apologistas, «se sentaria «triunfante sobre las ruinas del universo y batiria las palmas «con el placer entre huesos descarnados, como entre las flores «del campo?»

Sea cualquiera el nombre que quiera dársele, amor que no consiente empeñarse para lo futuro, y que no quiere sellar la donacion de sí mismo sino como contrato condicional; amor que en los momentos de abandono se reviste de desconfianza contra aquel á quien se entrega; amor que al expresarse con mas calor lleva no sé qué amenaza de indiferencia; amor que, cuando se siente vivir, se atreve á calcular sobre las probabilidades de su muerte, y se pregunta á sí mismo á la hora de sus mas íntimos secretos que es lo que ha de hacer cuando en la union que acepta no encuentre la dicha que ha soñado, ¡ah! llamadle como querais, amor libre, sentimental, poético, ideal: decid que es la herencia de los grandes corazones que no pueden consentir en perpetuar una union no reclamada por el afecto; dadle todos los nombres inventados por una literatura desenfrenada y corruptora; yo le llamaré egoismo, yo le llamaré debilidad, y para decir la palabra que lo resume todo, yo le llamaré cobardía.

Porque, en fin, ¿qué amor es este sin corazon, que está pensando en retirarse cuando ningun atractivo le retenga cerca del objeto de su eleccion? ¿Qué amor es este que despues de la primavera de la vida, cuando las flores se hayan secado, y en el otoño sobre todo, cuando los afectos semejen arboles que cubren la tierra de amarillentas hojas, se ausente como el via-

jero que anda cambiando de climas á buscar otra felicidad, bajo otro cielo y en otras riberas? ¿Qué amor es este, resuelto á quebrantar su cadena cuando roto el encanto del corazon no tenga otro medio que el deber y el sacrificio para proporcionarle la felicidad en su union? ¿Que amor es este, en fin, que se marcha al punto en que el placer se acaba y la abnegacion comienza? Digámoslo otra vez: este amor es egoismo, este amor es debilidad, este amor es cobardia.

!Y qué¡ ¿No puedo yo añadir que es tambien una verdadera crueldad? Cruel es en verdad esa doctrina que deja la union á merced de un capricho, de un tropiezo, de una casualidad. Un dia, tal vez por falta vuestra, por la inconstancia del deseo y la versatilidad de un corazon que sueña acaso venturas imposibles, dejais que vuestros afectos se descarrien: amais fuera del hogar doméstico, fuera del centro, fuera del órden; y como dos amores soberanos no pueden subsistir juntos, el amor legitimo tiene que huirse de vuestro corazon para dejar entrada al efecto usurpador; ya no amais á aquel que fué objeto de vuestra libre eleccion, y no le amais, porque le habeis ultrajado; le aborreceis por el mal que le habeis hecho; porque, como dice Tácito; inclinacion es del corazon humano aborrecer á quien ofende: *Ingenii humani est odisse quem laeserit.* La union entónces se os figurará tiranía y direis: ¿quien quebrantará mi cadena? Y preguntareis con una hipocresia cruel: ¿no hay razon para invocar en auxilio de mi libertad la proteccion de la ley? ¡Razones! ¿Por ventura no las encuentra la pasion siempre que las busca? ¿Falta jamas el cobarde egoismo cuando se trata de rechazar el deber? Pero la conciencia y la naturaleza misma le gritan; «Vas á contristar al corazon de tu esposa, vas á herirle con profunda, con incurable llaga, con la separacion que solo invocas por cobardia.—¿Que me importa? contesta la pasion cruel: cuando se acaba el amor, no debe existir la union: mi amor ha muerto, y por mas esfuerzos que haga, no llegaré á resucitarlo.

«Imiteme ese corazon abandonado, y busque en nuevo cariño la felicidad perdida, y si no lo encuentra, la indiferencia será el calmante de sus dolores ó sino que pida al cielo la dicha que la tierra le ha negado. Yo vine conducido por el amor y me retiro cuando el amor se ha concluido.»

¡Vete, cruel, vete! Ve á llevar á otro, ese corazon áspero y duro que solo ha buscado en la union su propia felicidad: vete

ya que lo quieres; pero, por favor, no nos venga luego hablando de tu sensibilidad, de tu amor, de tu generosidad y heroismo. Vete, tú no amas á nadie mas que á ti mismo: no eres generoso, sino egoista; no eres heroe, sino cobarde; no eres, como nos pintabas, sensible, bueno, cariñoso y compasivo; la verdad te lo dice, tu conciencia te lo está gritando: eres duro, malo y desapiadado!

De manera que estais protestando en nombre de la naturaleza y la razon contra la indisolubilidad del vínculo conyugal, cuando la naturaleza y la razon protestan contra vosotros. Es cierto que una naturaleza pervertida, degradada, pide desde el fondo de todos los corazones el divorcio; pero sobre esta naturaleza ínfima, grosera y baja, esta la naturaleza generosa, noble, valerosa y sublime que busca lo inmortal y lo divino; naturaleza trasfigurada, sobre todo para los cristianos, por la encarnacion del Divino Verbo. Esta naturaleza, calumniada por vuestras palabras, y á quien quereis manchar con vuestras doctrinas, se levanta con la Religion y la fé contra los atentados que la ultrajan y denuncian al desprecio de las naciones, á las almas que, no habiendo podido llevar el peso de su grandeza, se han dado á deshonrarla por las orgias de la literatura, despues de haberla insultado por el desenfreno de sus costumbres, y grita á los apostoles del divorcio; ¡Anatema, vergüenza á los infames heraldos de la contradiccion, de la cobardia, del egoismo y de la crueldad!

Pero supongamos que en ciertos momentos el divorcio no es contradiccion, ni egoismo, ni cobardia, ni crueldad; ¿será menester admitirlo? No, mil veces no; es menester proscribirlo en nombre de la familia; porque el divorcio es la decadencia, el oprobio, la destruccion de la familia. Calculad, si podeis, las consecuencias practicas del divorcio aceptado por los legisladores, y solo desastrosos efectos percibireis en todas partes; y como termino de tantos desastres, el desastre inevitable, la ruina de la familia. Lo hemos visto el otro dia, el matrimonio es el nudo, la base y el baluarte de la familia, y el divorcio consagrado por la ley, es el nudo roto, la base trastornada, el baluarte derruido: es el oprobio de la familia, su degradacion, su ruina cierta, y como última consecuencia, es el rebajamiento social.

Hasta en su nombre mismo lleva el divorcio el signo disolvente con que amenaza á la familia. El nudo de esta es la



union de los esposos, y de esta unidad de dos seres que no forman mas que uno, brota la vida y se derrama en la familia, para brotar y derramarse en la sociedad. Su perpetuidad estriva evidentemente en la subsistencia de aquella unidad. Suprimid esa unidad permanente, y vereis como la familia se quiebra y se parte en mil pedazos, el caos y la anarquia se apoderan del hogar domestico, de donde han huido la unidad y la estabilidad, como de un imperio dividido en fracciones y trastornado por las revoluciones.

Ahora bien: ¿que es lo que hace el divorcio? Romper esa unidad viva y permanente, separar el haz, en que se juntaban tantas vidas en la unidad del lazo fraternal, sujetas todas con la indisoluble unidad del lazo conyugal. El divorcio es disolucion, rompimiento, rasgadura, cisma, y por lo tanto mas ó menos tarde, es un desastre, la ruina de la familia.

Para medir de antemano las desgracias que el divorcio prepara á la familia, y por consiguiente á la civilizacion, nó tenemos mas que atender á la significacion de su nombre; es la disolucion de la unidad viviente, de cuya disolucion nace la dualidad, la multiplicidad, y debemos darnos por satisfechos si la fuerza de las cosas no nos arrastra, mas ó menos tarde, á la ignominia de la promiscuidad.

¿Y no estais viendo, como esta doctrina grosera, que rompe el lazo de la familia, destruye tambien la base de ella? El deber, acatado por la inteligencia y cumplido por la voluntad, es la base del órden doméstico y la base del órden público.

Suprimid esta idea elemental, y dejareis sin base á la familia y á la sociedad, porque habeis suprimido la base de la vida: y el divorcio, autorizado por la ley y consagrado por la religion, es el reconocimiento de que el debér no es poderoso á sostener la familia y á dirigir á las almas; es proclamar implícitamente, con los escritores corrompidos de vuestro tiempo, que para mantener el órden, la armonia y la felicidad en la vida, de nada sirve el deber, porque el sentimiento lo es todo. En efecto, en el fondo de los discursos y libros, que atrevidamente proclaman que el matrimonio es una esclavitud y que son tiranía los deberes que impone, ¿que es lo que acontece? El sentimiento, la sensibilidad, la emocion, el amor, en fin, se presenta como base y suprema razon de todas las cosas. Desde que esto se establece, la familia entera reposa sobre una contingencia, sobre una casualidad, sobre un encuentro, sobre un vientecillo

que hoy sopla y mañana no se percibe. Porque, en fin, ¿qué se necesita para derribar la débil base en que se funda la familia? Un soplo, nada mas que un soplo; un vientecillo, inesperado ayer, que hoy llega á remover el corazon con nuevos sentimientos. No se sabe como viene; pero lo cierto es que llega impregnando el corazon de afectos que calificais de soberanos; llega, y destrona al deber y con mentida voz le dice: «¡sal de ahí, tirano, el rey soy yó!» Y reina, en efecto, en los dominios del deber, que huye desterrado del hogar doméstico; reina, y las primeras horas de su efímero reinado son para él una dicha artificial; reina, y reinan con él el capricho, la estravagancia, la pasion, el desórden, la anarquía, el crimen; el crimen, sí, último término del reinado del sentimiento soberano. No hay base ya para la familia; no hay garantia de estabilidad, de tradicion y de perpetuidad para el matrimonio; no hay mas que pura contingencia, favorable casi siempre al divorcio. La pasion, caprichosa y voluble por su propia índole, en sus mismos caprichos, en en su misma volubilidad, hallará razones contra el consorcio, y la instabilidad será en adelante la única base de la familia.

En vano la ley, impotente para contener al monstruo de la concupiscencia, que se ceba en la familia, querrá levantar un dique al divorcio sometiéndole á ciertas condiciones; con ellas querrá dar el último asilo á la familia amenazada. ¡Inutil afan! El divorcio aceptado demolerá la fábrica que se le opone; la pasion romperá el dique: la brecha abierta por la ley, dará paso á las ondas invasoras y el furor de los amores libres y de los afectos volanderos, reemplazará á la tranquila resignacion de la virdud, que hace florecer á la familia, aún en medio del sufrimiento de una union desnuda de cariño. No digais: la ley puede consagrar el divorcio, porque el divorcio es una necesidad para ciertas almas. Para satisfacer las necesidades de los consortes, que no pueden absolutamente vivir juntos, existe una costumbre que la ley autoriza y la Iglesia tolera; la separacion corporal; pero ¡cuidado! la necesidad del divorcio propiamente dicho, es tan solo la cobarde exigencia del egoismo, y pretender para esta exigencia la satisfaccion legal y la consagracion religiosa, es provocar el desórden y romper el freno mas propio para sujetar las pasiones en la familia.

¡Ah! si alguna duda os quedase todavía del terrible embate que dan contra la familia esas legislaciones que se hacen cóm-

plices de las cobardes flaquezas del corazon: consagrando el divorcio, bastariáme deciros sin remontarme á tiempos pasados: Mirad en todas partes los inmediatos efectos de esas leyes desastrosas. Cuando en el año 93 brotó el divorcio de aquel hervidero de corrupcion, cuéntase que en los tres primeros meses, el número de divorcios en Paris fué igual al de la tercera parte de los matrimonios. Hoy dia mismo, ved lo que está pasando á nuestra propia vista. Dos años apenas ha que en una nacion vecina se ha hecho nuevas concesiones al divorcio, y no teneis sino mirar las desastrosas consecuencias que con espantosa rapidez ha producido ya allí la concupiscencia, alentada por esta complicidad de la ley. Há poco todavía, no se contaban sino cinco ó seis casos de divorcio legal cada año en la Gran Bretaña: suponíase que en virtud de la nueva ley, se elevaria lo mas este número hasta treinta: ¡cortos se quedadaron á la verdad en su cálculo! A la hora presente, el tribunal encargado de pronunciar las sentencias de divorcio no tiene jueces que basten á la tarea: dias hay en que decreta ocho divorcios. En el mes de Junio del año pasado, he leido que habia pendientes ciento treinta y nueve pleitos; y posteriormente ha llegado á mi noticia que para despachar los que se incoan, ha sido preciso aumentar el número de jueces. Y estamos en el segundo año de aplicacion de la ley. ¿Qué será dentro de veinte años?.... Lo ignoro; mas lo que pasa hoy en Prusia puede darnos la medida de lo que sucederá en Inglaterra. En un órgano de publicidad, nada sospechoso por cierto en este punto, he visto que durante el año 1858 se han realizado mil novecientos seis divorcios; es decir, cerca de dos mil matrimonios, en una poblacion como la mitad de la Francia, que se han aprovechado del permiso de la ley que los disuelve. Y si á todos estos enlaces disueltos agregais ahora el cúmulo, mayor cada dia, de hombres y mujeres que, no atreviéndose siquiera á contraer una efímera union legal, remedan, de capricho en capricho y de intriga en intriga, la brutal pasion de sus libres amores, ¡con que espanto no vereis á las pasiones llevar en pos de los restos del vinculo conyugal la destruccion de la familia!

¿A donde nos va á conducir, pensadlo bien, esta pretension de convertir nada menos que en una gloria del porvenir la destruccion del yugo matrimonial? ¿En que ha de parar este afan de divorcio y de separacion que se invoca hoy como un derecho sagrado en nombre de ese amor á quien se quita la legitimidad que

solo le dá el deber? ¿No quereis esclavizar para siempre ese amor supremo que, al decir de vosotros, *debe proclamarse Dios del universo*? Enhorabuena; pero entonces decidlo, si tanto osais: ¿que barreras poneis al imperio de esa libertad que quereis otorgar á ese amor exento de trabas? Admitireis en ese amor egoista la indefinida libertad de estar incesantemente contrayendo enlaces jamas consolidados? ¿Y en esa libertad fundareis el código de la familia y el progreso de la sociedad? ¡Irrision! ¿Que sociedad quereis fundar sobre ese amor desenfrenado que armado del divorcio como de un instrumento de muerte, vaga jugando con la vida, profanando los hogares y sembrando en la humanidad, no ya familias con unidad, con armonia, con fuerza, sino pedazos, fragmentos de familia, con divisiones, con instestinas luchas, con desastres, con oprobios? ¿Que sociedad es esa donde no se vé sino á individuos agregados, sin vinculo que los enlace como las arenas de la playa, y donde la paternidad, la herencia, la tradicion, la descendencia se rompen, como una cadena quebrada por todos sus anillos.

Y la familia, ¿que es la familia allí donde el divorcio, sin termino que le limite, deja triunfante la pasion sin freno que la contenga? Es un yo no se qúe, sin nombre en la lengua de los pueblos; un como animado laberinto, en que confusamente se mezclan sangre con sangre, familia con familia, apellido con apellido; monstruoso conjunto de generaciones; en que los rostros no llevan el sello de su raza, porque falta en los seres la unidad de la vida; familia sin fisonomia, en que jamas descuellan en la hermorsura de una misma faccion, la identidad de una misma sangre; raza múltiple y, por decirlo asi, heterógenea en que la fraternidad se desgarra y la familia se divide y subdivide, porque falta en ella la savia de una paternidad que, como arbol fecundo, se multiplique en sus vastagos comunicando á todos la unidad de su vida... ¿Quienes son nuestros hermanos, quienes nuestras hermanas, en que señal los conocemos? Hermanos y hermanas á medias: fraternidad mutilada, equivoca, que nos hace á un tiempo mismo parientes y extraños unos á otros, sin que la máscara de la hipocresia, ni el embuste de los apellidos alcancen á velar el vergonzoso misterio de nuestra incierta filiacion!

¿Pues y los hijos? ¿Qué será de esos seres segregados, partidos, digámoslo así, en dos, por un padre y una madre que, igualmente segregados uno de otro, quieren llevarse, cada cual

de por sí, la mitad de las almas, la mitad de los corazones, la mitad de aquellas vidas engendradas de un enlace roto por el divorcio? Hijos desdichados, mas desdichados que los expósitos: hijos que amando á su madre, aprenden á aborrecer á su padre, ó vice-versa; hijos, necesariamente sin verdadera educacion, á quienes no podrá formar el que los ha engendrado; hijos que han podido nacer, y que no serán criados por sus padres!

Y si llegase al fin un dia en que el mundo moderno estuviese cada vez mas dominado por el divorcio y por los libres amores, ¿que seria de esa multitud de proles condenadas á no tener apellido? ¿Como ocurrir, en parte al menos, á los estragos de tan horrible mal? Un filósofo, discurriendo allá á su manera, os ha aconsejado el siguiente maravilloso recurso: *se agrandarán los hospicios*. Bien: allí metereis en monton á los desheredados de hogar; pero la familia, os pregunto, ¿qne será de la familia? Teneis algun secreto para conservar, á despecho del divorcio y del indefinido rompimiento de los vínculos conyugales, la unidad, la herencia, la tradiccion, la hermosura, la armonia, la fuerza, la fecundidad? ¡Ninguno!...

Pero no: me engaño: se me olvidaba un maravilloso invento de esta edad, tan fecunda en invenciones!... Parodia risible de una fórmula acreditada en nuestro sistema social y convertida como en escala de nuestro progreso: *Todos los franceses son iguales ante la ley*, ha surgido con pretensiones de revelada una doctrina que os propone consagrar respecto de la familia esta otra formula, de quien, segun parece, se aguarda el comienzo de una era de regeneracion: *Todos los franceses son iguales ante la madre*. La madre, nada mas que la madre, la madre, que ha de constituir con el precio de su infamia el patrimonio de su hijo: y el padre entretanto, sea quien sea, la ley no le conoce, ni le importa sondar el impenetrable misterio de esa paternidad desconocida!....

No ahondemos mas el abismo de estos sistemas, en que el crimen ni aun el pudor tiene de velarse, y en que la inmoralidad misma osa proclamarse ley de progreso. ¡Ah señores! Tiempo es de detenernos en esta pendiente, por donde nos empuja el viento de las doctrinas anti-cristianas: en medio de este torrente, que en sus olas arrastra á la familia, lancémonos con valor á sacar salvo un dogma, incontrovertible hasta hoy, y digamos al divorcio: «¡No, tu no pasaras!» Digamos á la pa-

sion que lo invoca: «¡No, tú no irás mas lejos!» Padres y madres, esposos cristianos, comprended vuestra grandeza y vuestra vocacion: abrazaos en el seno de la unidad y de la indisolubilidad; daos uno á otro el amor que os habeis prometido; y edúquese y desarróllese vuestra familia en la santidad, la dicha y el regocijo, á semejanza de la familia que tuvo por jefe á José, santo ilustre entre todos los santos, cuya festividad celebra mañana la Iglesia, y cuyo culto é imitacion os aconseja la misma, como de quien es modelo y protector de la familia cristiana!....

CONFERENCIA QUINTA.

Al enumerar las causas de disolucion de la familia, hallamos que una de las mas radicales y terribles sin duda es la tendencia á consagrar el divorcio. Piedra fundamental de la familia es la union permanente de hombre y de mujer, ó por mejor decir, el dogma de la indisolubilidad del vínculo conyugal. Unicamente la Iglesia católica ha sabido mantener sin detrimento este dogma conservador de la familia, mientras que todas las demas religiones, todas las demas doctrinas, han flaqueado en este punto; y aun en la esfera misma del cristianismo, todas las varias sectas cismática, herética y racionalista, han sacrificado, esta divina verdad á las pasiones humanas. Tan invencible teson de la Iglesia católica en defender contra el doble embate de los errores y de las pasiones una verdad tan salvadora, aunque austera, es, para un observador profundo y discreto, si no un signo de la divinidad de la Iglesia, una nueva demostracion al menos de su eficacia para custodiar las verdades más necesarias al progreso de la familia. En efecto, considerado en sí mismo el divorcio, no es ciertamente, como se ha propalado por algunos, un dictámen de la razon, una ley de la naturaleza, una necesidad para las almas sublimes, sensibles y generosas; no: es por el contrario, un mentís dado á la mas divina porcion de

nuestra vida, es una contradiccion, una villanía, una crueldad: naturaleza y razon protestan de consuno contra doctrinas que, so pretexto de emancipar á la humanidad, no consiguen sino envilecerla. Tal es el divorcio, considerado en sí mismo: en buen hora las pasiones rujan eternamente contra el yugo que la indisolubilidad les imponen; rujen en vano; el divorcio, á pesar de ellas, no será nunca sino pura contradiccion de la parte sublime de nuestro ser, y oprobio de toda sociedad que le abrace. Pero sobre todo será un azote para la familia, un azote que amenaza aniquilarla. La union conyugal indisoluble, es nudo, cimiento, baluarte de la familia; y el divorcio no es sino rompimiento de ese nudo, socavacion de ese cimiento, ruina de ese baluarte; estímulo á pasiones negadas á todo freno, muerte, en fin, de la virtud y del deber, que vivifica la familia, á manos del insaciable furor de los libres amores, que la devasta. Algunas mas consideraciones hubiera podido presentaros acerca del divorcio; pero no todo puede decirse en un discurso, y he tenido que limitarme á los puntos esenciales.

Pasaré por tanto á tratar de materias que son como necesario complemento de mis discursos anteriores. Despues de haber dicho lo que respecto de la familia es la union de hombre y de mujer, de padre y de madre, réstame hablar por separado de las respectivas funciones de uno y otro.

Evidentemente, señores, los cargos del padre y de la madre para con la familia se compenetran mútuamente, se comunican recíprocamente sus atributos respectivos, de manera que la gloria del uno y del otro irradia, mas ó menos, en la frente de entrambos; y aun puede á veces, cuando llega á faltar uno de ellos, que el superviviente reasuma en su sola persona el ministerio íntegro, conferido á los dos por la Divina Providencia. Por lo mismo no trataré, en estos dos discursos, sino del carácter distintivo y de las atribuciones privativas del padre y de la madre.

El cargo privativo del padre en la sociedad doméstica, es la autoridad, y como atribucion consiguiente, el ejercicio de la potestad. Examinemos, pues, cual sea, conforme á los designios de la Providencia, la potestad otorgada por Dios al padre de la familia: luego veremos cual es la opuesta actitud del siglo y del cristianismo ante esta potestad del padre.

Al tratar tan delicadas cuestiones, no es mi animo tomar partido en pro del padre contra la madre, ni en pro de la

madre contra el padre: igualmente respetuoso de la dignidad de entrambos, quisiera yo mostrar la raiz de sus mutuos deberes, pues de entrambos es protector el sacerdote, órgano de Jesucristo; y proclamando imparcialmente las atribuciones del uno y de la otra, miramos al progreso de la familia entera en Jesucristo, Señor nuestro.

I.

El padre representa especialmente en la familia, con la autoridad, la potestad. Con sola nuestra razon vemos la idea de potestad inclusa y supuesta en la idea misma de paternidad; de tal manera, que paternidad sin potestad implica contradiccion.

La paternidad supone potestad, primero, en atencion á su dignidad. Por el mero hecho de ser padre, se eleva el hombre á una dignidad, solo inferior á las dignidades del orden sobrenatural. Mirada desde aqui abajo, es superior á toda humana grandeza; mirada desde el cielo, es la mayor participacion de la dignidad de Dios, Padre y Creador de todas las cosas. En el cielo y en la tierra de Dios procede toda paternidad: *ex quo omnis paternitas in coelis et in terra* (Eph., III, 15.): ahora bien, como la paternidad, en su acepcion mas genuina, no es sino la facultad de producir un semejante á si, resulta que la dignidad paterna se acrecienta con el ser producido: y siendo el hombre, como es compendio de la creacion y obra maestra de Dios, resulta igualmente que el reproducir y formar al hombre, constituye la mas alta dignidad humana. Hay sin duda en la tierra dignidades que la humana sociedad ciñe de mayor aureola y rodea de mas encumbrado homenaje, tales como la dignidad Real ó imperial, ó de análoga especie, rodeadas todas de mas esplendentes blasones, porque colocadas en el pináculo de la sociedad de quien son cabeza, aparecen ante los pueblos revestidas con toda la dignidad de la comun patria. Pero estas dignidades, con toda su grandeza, son en un punto inferiores á la dignidad paterna, como que proceden de relaciones puramente morales y á veces de mera convencion; mientras que la relacion de

que procede la dignidad paterna, es una relacion de naturaleza y de sustancia, engendrada por la trasmision de un ser en otro ser, para formarse en él una imagen sustancial de sí mismo. La autoridad pública, segun ya lo observamos el año último, es creadora del órden entre los seres asociados, y en esto consiste el mejor título de su legitimidad; pero no es creadora de los seres que componen el cuerpo social mismo. Si así sucediese, si en el centro de la patria existiese un hombre de cuyo ser procediese toda la vida de la patria, no habria homenajes ni prosternaciones bastantes para saludar una dignidad que vendria á ser respecto de la patria lo que es Dios respecto del universo. Pero esto mismo que la dignidad Real no es en la sociedad pública, lo es esencialmente el padre en la sociedad doméstica: es causa, es principio, es generador; es, conjunto á Dios, creador de la obra maestra de Dios, y por tal concepto, elevado á la participacion mas alta de la dignidad misma de Dios; es, despues de Dios, causa suprema; primera entre las causas segundas en la creacion, y como tal, paternidad la mas alta despues de la paternidad divina.

Ahora bien; dignidad y potestad, poned mientes en ello, se reclaman una á otra invenciblemente: la dignidad procede de la potestad, porque procede de la creacion; y así como la dignidad necesitó de la potestad para existir, la necesita tambien para defenderse y sobre todo para cumplir su encargo: dignidad tan alta, sin una potestad proporcionada, no seria sino grandeza aparente majestad ilusoria, inconcebible, pues habria que suponerla creada sin objeto, lo cual es inconcebible igualmente.

Sí; esta dignidad tiene un objeto, objeto definido, sublime y grande como ella misma, el de conservar el ser cuya creacion la constituye. Partícipe el hombre del poder creador de Dios, lo es tambien del poder conservador. Dios es creador, y es conservador; y es conservador, porque es creador; ó por mejor decir, estas dos cosas, en sentido metafísicamente verdadero, son una sola, como quiera que la conservacion, segun los filósofos, no sea sino creacion continua del ser conservado. Por eso toda paternidad, asi como tiene la creacion por origen, tiene por objeto la conservacion: el padre es protector, es defensor, es, providencia; es, en una palabra, conservador de la familia.

Al cargo y obligacion de conservar son indispensablemente correlativos el derecho y la necesidad de estar revestido

de poder. Deber de conservar sin poder de derecho, seria un contrasentido, una contradiccion en los terminos y una imposibilidad en las cosas. El poder para conservar es tanto mas necesario al hombre padre, cuanto tiene por especial cargo el de defender y conservar al ser mas impotente para hacerlo por si propio; es decir, al hombre-hijo: al hombre que si bien nace para dominar á la creacion, predestinado al ejercicio del poder, entra en la vida llorando,, y absolutamente incapaz de defender ni conservar su existencia, siendo con esta impotencia misma el hombre-niño la mas autentica prueba de la potestad y del derecho otorgado por Dios al hombre-padre.

Esta potestad, confirmada por el origen y por el cargo de la paternidad, lo está tambien por la responsabilidad que es consecuencia de una y de otra. Las responsabilidades, en la creacion, son proporcionadas á las potestades; quien nada puede de nada responde; quien todo lo puede, responde de todo y entre estos dos terminos, hallamos resposabilidades limitadas correlativas á potestades limitadas; de la propia manera que donde quiera que hallamos responsabilidades establecidas, debe haber potestades equivalentes y proporcionadas.

Este principio elemental de todo gobierno recibe su primera y la mas legitima aplicacion en el gobierno de la sociedad domestica. El padre es, realmente, el hombre responsable de la familia: responde de los hijos; responde de la madre: escuda con su fuerza á la madre, asi como esta escuda con su ternura á los hijos; la sociedad dómestica toda entera se apoya en el, como llevada en sus hombros, ó mejor dicho, en su corazon; pues sobre el corazon pesa principalmente esta dulce carga que le incumbe llevar. La paternidad legitima conoce tan perfectamente esta delicada responsabilidad, que á menos de que abdique la reasume siempre toda entera con ambicioso celo.

Pero, por lo mismo, necesita valerse de una potestad, proporcionada siempre á la responsabilidad que sobre sí lleva. Cuando este rey de la sociedad doméstica mira en rededor de sí, no encuentra sino almas que se apoya en su alma, corazones que laten con el suyo, vidas, en fin, que de las suya esperan seguridad, garantia, proteccion escudo que con su fuerza la defienda. Al mirar á su muger, dice el hombre: Hé aqui una mitad de mi propio, que reclama la proteccion de mi fuerza en

pago del amor que me promete; y al mirar á sus hijos, dice tambien: Hé aquí una como extencion de mi sér; vástagos de mi tronco, tiernos todavía y que el menor viento puede quebrantar, á mi toca cubrirlos, custodiarlos, defenderlos: déseme, pues, potestad proporcionada á esta doble y tremenda responsabilidad que sobre mi alma y sobre mi corazon pesan, mientras mi mano sustenta el pesado cetro de mi soberania.

Es decir, la potestad procede de la paternidad, como la flor de su tallo; es consecuencia de su origen, de su cargo, de su responsabilidad: es de esencia de la paternidad misma: la naturaleza, al dar á su corazon esta necesidad y al poner en sus manos esta fuerza, imprime en su frente el irrecusable sello de su doble majestad; y la razon interpretando este sello, proclama los derechos de la paterna soberania con una evidencia que, seis mil años há, nadie ha puesto en discusion todavia.

Si: el padre de la familia es rey: dicenlo á voces la razon y la naturaleza: es soberano, en toda la extension de la palabra; y con una soberania la más incuestionable por su origen, la mas independiente por su objeto, la mas terrible por su responsabilidad, pues no tiene mas limites de sus prerogativas que el abuso evidente de si propia, ni mas condiciones para su ejercicio, que el respeto á los derechos otorgados tambien al hombre-niño por el Soberano Señor del hijo y del padre. Veneremos por tanto esta majestad augusta, y acatemos, juntamente con esa potestad comprobada por la dignidad que le es correlativa, su cargo y su responsabilidad, atributos inalienable que le ha conferido la Providencia.

De lo contrario, no teneis sino ver que sucede en los pueblos donde arrancando su cetro á la magestad paterna, entregan al menósprecio de las nuevas generaciones la aureola de veneracion que ha recibido de los siglos. En este particular, la civilizacion que en el Nuevo-Mundo se está formando de sesenta años á esta parte, da materia de grande meditacion para los discretos. Por lo que á mi toca, confieso que no sin secreto presentimiento de desastres mas ó menos lejanos, veo aparecer, en medio de aquella civilizacion precipitada, enmedio de aquellos prodigios de actividad y de industria, un signo que es para mí presago de catástrofes: por un lado, emancipacion precoz de la infancia, por otro: rebajamiento continuo de la patria potestad; y entre estos dos signos, que se corresponden y pro-

fetizan una misma cosa, veo la disolucion de la familia. Bajo este respecto, aquella sociedad jóven presenta señales de decadencia en su juventud misma; y si no temiese pareceros estravagante, os diria que aquel Nuevo Mundo es ya mas viejo que el antiguo. De todos modos, es para mí indudable que si la savia cristiana y católica penetra allí presto para que, fecundizado por ella, florezca brioso el arbol de la paternidad, que há protegido con su sombra á tantos pueblos ilustres, aquella civilizacion será manca siempre, y, mas pronto ó mas tarde, en medio de su mismo esplendor material, se ofrecerá al mundo como espectáculo de un impuro aborto.

II.

Baste ya de demostraros la grandeza de la pátria potestad y su fuerza conservadora, y pasemos á examinar quién la defiende mejor, si el siglo, ó el cristianismo.

¿Que ha llegado á ser para ante nuestro siglo la pátria potestad? Vano fuera querer ocultaroslo: en el fondo de todas las aspiraciones, de todas las tendencias y de todas las realidades que constituyen el movimiento del mundo moderno, hay un yo no sé qué, que mas ó menos directamente ataca á la paternidad. Este yo no sé que, se siente mejor de lo que puede expresarse; pero ello es que este embate contra la patria potestad se va haciendo cada dia mas vivo, mas profundo y amenazador: si lo dudais, preguntadselos á vuestros padres: *Interroga patres tuos, et dicent tibi*. Ellos os diran que sus hijos no les tienen ya aquel respeto que ellos tuvieron á sus padres; que el cetro de su soberania vacila en sus manos, y que su corona se va cayendo de sus sienes. ¡Ah! tan cierto es que el viento de la Revolucion difundido en todas partes, ha acabado, como era de esperar, por poner mano, aun bajo la mas cara y simpatica forma, en la última autoridad que le restaba conmover en su cimiento.

Al manifestar las causas generales de la disolucion de la familia, hemos hablado de una corriente doctrinal que arranca de cuajo tan veneranda institucion. Lo hemos observado ya; hay

entre la familia y la revolucion un antagonismo radical; pero todavia la idea revolucionaria es mas particularmente enemiga de la autoridad, y del poder paternal: comprende perfectamente, que en esta institucion, de creacion divina, hay un poder que no se deriva del poder revolucionario, y desconfia de él como de todo lo que no dimana de este poder. A nadie pueden engañar sus mentidos respetos, ni la falaz defensa que de la familia hace alguna vez la revolucion con tanto estrepito y aparato en sus periódicos y en sus dramas: detesta cordialmente el poder paternal, porque este odio ès el odio á la autoridad; porque la paternidad, es autoridad; autoridad que, haciendose obedecer, dispone los animos al voluntario culto de todas las autoridades.

Por otra parte, como epitome de su símbolo profesa la revolucion un principio profundamente antipático á la paternidad; es á saber: la igualdad en todo y por todo. Dado está ya el impulso hácia la igualdad indefinida, impulso que tiende al destronamiento más ó ménos completo de las majestad paternal. Despues de la proclamacion de tantas sospechosas igualdades, hemos oido proclamar con grande alboroto la igualdad entre el hombre y la mujer, y para consumar su obra en la familia, nada mas le resta á la revolucion que proclamar en seguida la igualdad entre padre é hijos. ¿Quien podrá maravillarse, si triunfa un dia, de verla alcanzar tan magnifico resultado? ¿Y por que no ha de obtenerlo? La igualdad en todo y por todo, es para ella el desarrollo de un principio mas radical y mas universal proclamado por sus organos mas famosos: la independencia absoluta del hombre en la tierra. Si se ha podido decir: independencia ante la Iglesia, independencia ante el Pontificado, independencia ante Jesucristo, independencia ante el Rey, independencia ante el mismo Dios, ¿porque no ha de llegarse á decir un dia: independencia ante el padre? En verdad os digo: la revolucion camina naturalmente hacia esta victoria, que, si llegase á conseguirla seria necesariamente la última; porque tras esta ruïna suprema de la autoridad, infaliblemente tendria que acontecer una de estas dos cosas: ó que la sociedad pereciese al postrer golpe de la revolucion, ó que la revolucion muriese sepultada en su mismo triunfo. Mas sea lo que fuere de lo futuro, lo cierto es que esta tendencia existe en el movimiento de las ideas contemporaneas. A vosotros señores, toca el vivir apercibidos, y trabajar, cada cual en su esfera en

oponer á esta corriente, otra palabra y otra accion pacífica y santamente restauradora.

¿Cuales son los principales atributos de este poder paternal?

El primer poder de que Dios ha investido al padre es el poder de enseñar y de instruir. Este poder le pertenece por inviolable derecho, á menos de ser evidentemente convicto de enseñanza errónea ó de incapacidad absoluta; porque Dios no puede legitimar la enseñanza del error, ni autorizar el ministerio de una persona incapaz. Fuera de esto, el derecho del padre es incontestable: á él le corresponde depositar la verdad en el alma de su hijo, á fin de que, grabando en ella su propios pensamientos, se sienta tanto mas padre, cuanto mejor se reconozca en su propia imagen. El padre es en la familia el primer maestro del hijo: la inteligencia de este se abre como un capullo, á los primeros albores de la palabra paternal; esta palabra es para el hijo la verdad naciente, que le ilumina como el sol alumbra á la naturaleza entera. Sin duda alguna que el alma del hijo recibirá todos los resplandores con que la sociedad ha de esclarecerle; pero, regla general: el Verbo del padre es el canal providencial, que condensa para el la luz esparcida en todo el genero humano; es el dulce mediador que por los labios del amor le comunica la verdad. y cuando por razones concebibles, el padre no puede ser por si mismo maestro y doctor de su hijo, conserva, sin embargo, no solo el inviolable derecho, sino tambien el imprescriptible deber de elegir en su reemplazo palabra digna de la suya impotente para enseñar al hijo, conserva la soberana facultad de darle un maestro.

La revolucion, cuando reina, reparte este poder como cosa de deshecho: en honor de la humanidad decreta con sumo gusto la general incapacidad de los padres para instruir á sus hijos: por lo menos, tiene siempre la extraña pretension de comprender mejor que los padres ese ministerio tan sagrado, ese tan difícil arte de enseñar á los hijos; tiene la ambicion, que nunca ha recatado, de usurpar el sacerdocio universal de las almas con grave detrimento de la paternidad. Para ello es cosa muy sencilla que los hombres elevados por el vaiven de los acontecimientos á la cima del poder, sustituyan en todas partes a la paternidad para ejercer la enseñanza obligatoria, por supuesto, en nombre de la libertad: que algunos padres de fa-

milia, y por lo regular unos cuantos célibes, sean los únicos que tengan el derecho de enseñar á todos los hijos de la patria, la verdad que sea preciso admitir y el Dios que sea necesario adorar; y esa verdad que es preciso admitir, reside en su entendimiento, nada mas que en su entendimiento; y ese Dios á quien es menester adorar, es el Dios que la revolucion adora, es decir: el Dios de los incredulos, el Dios de los panteistas, el Dios de los ateos: y como la condicion que impone al comienzo de toda carrera es saber la ciencia que ella sabe y adora al Dios que ella adora, la paternidad, bajo el yugo de la revolucion triunfante, se veria en esta terrible alternativa: ó entregar sus hijos al despotismo de la ciencia obligatoria y al culto de Dios oficial, ó condenarlos á la exclusion de toda carrera ó al alejamiento de la incapacidad.

Estos son los sueños de la revolucion, en el sentido radical en que uso yo siempre de esta palabra. Pero bajo estas confiscaciones de la libertad individual, bajo esta opresion de la majestad paternal, subsiste inviolable el derecho; y cuando se derrumban todas estas tiranías á los golpes de la propia violencia, lo primero que al calmarse las pasiones hacen los Gobiernos que quieren ser restauradores, es proclamar ese derecho inmortal y volver á levantar de entre las ruinas de aquellas tiranías el poder y la autoridad paternales, oprimidos por legislaciones despóticas, por insolentes monopolios.

Con el poder de instruir, tiene la paternidad, por derecho natural, el poder de gobernar. Reina en el pensamiento por el poder de la enseñanza, y reina en la voluntad por el poder del gobierno. Donde quiera que exista una sociedad, tiene que haber quien la gobierne: es decir, un poder central que coordine las voluntades con relacion al fin de la sociedad. La familia es una sociedad, nadie lo ha negado, y como sociedad tiene un gobierno. Ahora bien. ¿á quién corresponde de derecho el gobierno de la familia? ¿A la madre por ventura? ¿A los hijos? ¿Al padre ¿A los unos y á los otros? ¿Tendremos que reconocer aquí el famoso principio del gobierno de todos y por todos? Hacer estas preguntas, es dejarlas contestadas. Los hijos no pueden gobernar: abandonados á si mismos, ni siquiera pueden subsistir: nacen subditos naturales del mas necesario y legitimo de todos los gobiernos. La madre tampoco puede gobernar. Sin por ventura su posible superioridad se impone á la debilidad ó á la bondad que la acepta por abdicacion voluntaria, acontece esto por

pura excepcion, y raras veces la excepcion es afortunada. Yo diré luego cuál es el papel que la Providencia ha señalado á la madre, y ya vereis que es un papel hermoso; pero en el plan general de la sociedad doméstica el papel de la madre no es el de gobernadora. El gobierno corresponde al superior, porque para gobernar es menester estar muy por encíma de los gobernados, y en la sociedad doméstica, así como en toda sociedad, el superior es uno, porque la soberanía es una: el superior es el padre.

Tambien en esto la revolucion ha querido rehacer la obra divina, y en este punto todos hemos presenciado sus inefables descubrimientos. Un dia descubrió en el desvanecimiento del orgullo social, que Reyes y súbditos eran iguales, lo mismo el que manda que los que obedecen; se hizo la revolucion en la sociedad. Otro dia, con grande asombro de la humanidad, que se conoce bien á si propia, descubrió que habia igualdad entre el espiritu y la carne, y se hizo la revolucion en el hombre. El tercer descubrimiento, el mas decisivo para la revolucion del mundo, el que debe coronar la obra social es la igualdad del hombre y de la mujer; esta fué la revolucion en la familia.

Desgraciadamente para estos inventores retrasados unos seis mil años, nuestras mujeres habian recibido de Jesucristo la fuerte coraza del sentido comun para defenderse de la locura de semejantes sistemas: no respondieron al llamamiento y permanecieron insensibles al encanto de la igualdad. Es cierto que el viento del orgullo que soplaba de estas doctrinas, llamada libertadoras, exaltó hasta el vértigo á más de una cabeza femenina: que la quimera de la mujer libre, extravió tal cual imaginacion, y que algun corazon quedó marchito; pero esta fué la excepcion. La muchedumbre de nuestras madres y hermanas, fiel á la voz de la razon y docil á la enseñanza de la Iglesia, se resistió á la seduccion de la doctrina, y rehusó hasta su propio sufragio á la soberanía con que les brindaba la revolucion con una galantería enteramente democrática. Hoy en dia, lejos de pretender el honor de ser iguales al hombre, nuestras mujeres se obstinan en buscar cariñosa proteccion en la superioridad de sus maridos: y la demostracion irrecusable de que ellas mismas reconocen en la sociedad domestica la majestad del hombre, es que toda mujer que tiene sentido comun y corazon recto, quiere para marido un hombre que la domine; pues la hu-

milla mas, sin contradiccion, que su marido sea inferior á ella, que no ser ella inferior á su marido. Hay una cierta cosa que le dice en lo intimo de su alma, que la majestad mas digna de ella en la familia, no es hacer sentir un imperio ante el cual el hombre mismo rinde voluntariamente todo su poder: el imperio de una ternura inagotable y de una inalterable dulzura.

Tercera y última prerogativa que tengo que señalar en el poder paternal, es el derecho y la facultad de castigar.

En este derecho fundamental descansa enteramente la sociedad civil y política. Quitad á los dueños de las naciones este poder reparador y conservador, y la sociedad no podrá sostenerse, y quedará entregada sin defensa á manos de todos los asesinos. Los poderes públicos han sido constituidos por la Providencia para el imperio del bien y la justicia, y su primera atribucion es vengar al bien de las violencias del mal y á la justicia de los insultos de la iniquidad: son la salvaguardia del derecho, y cuantas injurias se hacen á este les obligan á otras tantas reparaciones de satisfaccion y venganza: porque, como dice la Escritura, la justicia eleva á las naciones, y la desgracia es el triunfo de la iniquidad. He aquí cómo en todas partes y en todos tiempos el universal instinto ha conferido espontáneamente á los gobiernos públicos la potestad de castigar.

Necesaria esta facultad á los Reyes para gobernar á la sociedad, no lo es ménos á los padres para gobernar á la familia; el poder de gobernar, destituido del poder de castigar, seria un cetro mutilado, seria la contradiccion misma: facultad de dar órdenes, sin facultad de imponer castigo; poder de legislar, sin el poder de corregir las violaciones de la ley; potestad para mandar, sin facultad de hacerse obedecer. ¿De que serviria al padre la potestad de gobernar á sus hijos, no pudiendo castigar su rebeldia? ¿Para que le sirve tener en sus manos el cetro paternal, si no puede hacer sentir su peso á los que violan sus órdenes é insultan su derecho!

El padre, por otra parte, tiene un fin especial en el gobierno domestico: educar al niño, formar al hombre, cuya mision implica como condicion absolutamente indispensable, el poder de corregir y de castigar.

El hombre niño, de cualquier modo que se le considere, nace con instintos hostiles á su propia formacion: en él hay germenes de maldad, desórden y perversion, que le impelen á

la barbarie, y es preciso domarle para formarlo, humillarle para elevarlo, y castigarle en la infancia para que llegue á ser hombre. No me refiero precisamente al castigo corporal, y eso que tiene este castigo harta importancia, por mas que se le dé muy poco en nuestro siglo: pero en todo caso, hay en el alma ciertas rebeliones, ciertas sublevaciones en el corazon, y en la vida ciertas escabrosidades, que necesitan de la ferula de una austera disciplina. Déjese al alma y al corazon que se desarrollen sin sentir los golpes de la ferula saludable; eximase á la vida de sus legitimas represiones y sus necesarios castigos, y el niño se hará egoista, personal, hosco, é ingobernable, y se verá impelido á la barbarie por una independencia realmente salvaje, por mas que á el le parezca sublime.

Por consiguiente, señores, toda legislacion que desarme á la paternidad para con la familia, bajo este aspecto barbara y salvaje, por cuanto rompe en las manos mismas del padre el instrumento necesario para gobernar al niño y formar al hombre, y rompe tambien el resorte mas fuerte y eficaz de las grandes civilizaciones. Los pueblos verdaderamente fuerte y verdaderamente grandes deben su fuerza y su grandeza á este mismo gobierno llamado paternidad, la cual, en interes de la dicha y el progreso de los hijos, se halla armada con el poder de castigar sus vicios y de imponer á sus desórdenes las santas reparaciones de la virtud y la justicia ultrajadas.

No es esto decir que reclamamos para el padre de familias la omnipotencia absoluta que se le daba en otro tiempo y sigue dandósele actualmente por el paganismo en ciertos pueblos del mundo. Como el paganismo ignoraba la ley del amor, la autoridad paternal, entre los paganos, rayaba en despotismo; al paso que con el cristianismo sucede todo lo contrario, pues que el amor es en todo y por todo un auxiliar de la autoridad, á quien sirve de contrapeso. Por otra parte, el poder social protector de la familia entera, sirve de obstáculo á la arbitrariedad y protege á los débiles. Pero no hay que olvidarse de que si en algunas épocas de la historia llegó á adquirir la patria potestad un caracter barbaro y á veces desastroso, la disminucion progresiva de ese mismo poder, y por consiguiente su anulacion inevitable, darian por resultado el que la familia entera adquiriese un caracter mas barbaro y desastroso todavia: diré mas: y es que la degradacion y destruccion de ese poder serian la degradacion y destruccion de la familia misma, por cuanto

la familia con toda su grandeza, toda su fuerza y toda su armonia, estriba en la paternidad, la cual tiene un poder el mas natural y el mas legitimo para defenderla.

Ved aqui, señores, á la patria potestad resplandeciendo á la luz de la razon y la naturaleza; vedla con su dignidad, su ministerio y sus responsabilidades, investida por la Providencia con el triple derecho á enseñar, gobernar y castigar; vedla representando en el órden natural á Dios mismo: vedla como está siendo la mas segura garantia de la familia, y la fuerza mas grande de conservacion para las sociedades. Tan sorprendente es la fuerza que lleva consigo el poder que protege a la familia, que, gracias á él, han podido ciertos pueblos grandes desafiar al imperio del tiempo, y encontrar en ese poder mismo el secreto de la longevidad, prometida asi á los pueblos como á los individuos que honran á su padre y á su madre.

En virtud de tan incomparable poder de conservacion pudo Israel mostrarse al mundo como raro é ilustre ejemplo de un pueblo que vivió largos siglos bajo el gobierno único de la paternidad y de Dios. Esta es la gloria privativa del pueblo elegido.—Me equivoco. La fuerza inherente á esta soberania domestica, ha tenido eficacia para preservar de la disolucion completa á las sociedades que contenian dentro de si los principios mas disolventes, y ha logrado tambien paralizar los vicios de sus instituciones, y sustituirlas, cuando ha sido preciso. Cuando Roma profesaba el culto de la familia y tenia un religioso respeto á la paternidad, resistió á todas las discordias intestinas, y en el exterior llevaba consigo la victoria. La decadencia de la grandeza romana coincide con la decadencia de la familia en Roma, y la decadencia de la familia con la degradacion de la paternidad. ¿Y por qué se sostiene tambien el vasto imperio de la China, á pesar de las revoluciones que lo bambolean y de las corrupciones que lo carcomen? Porque la paternidad es allí poderosa. Se me dirá que este poder raya allí en autocracia, y el respeto que se le tiene en idolatría: pero aun cuando estoy muy lejos de aprobar un culto tan deprimente para el hombre y la divinidad, es de advertir que en el fondo de ciertos errores se ocultan á veces principios de órden y conservacion, y que á esa religion tan falsa es á quien debe China el milagro de una incomparable longevidad, no precisamente por el error mismo que la religion contiene, sino por el error que conserva velado bajo el error el respeto debido á los mayores.

Lo que está en las ideas, pasa fácilmente á estar en las leyes. Las legislaciones son generalmente la expresion de las ideas dominantes; y como las ideas que dominan en una época no son siempre completamente verdaderas, resulta de aquí que hásta las leyes reputadas como las mas sabias, no tienen siempre una completa perfeccion, y son por esta causa indefinidamente perfectibles.

Ahora bien, señores: ¿no dejan algo que desear las leyes del mundo moderno en su aplicacion á la paternidad? Sé que entre vosotros hay espiritus reflexivos y hombres muy graves, quienes mas de una vez se habrán preguntado esto mismo. Por lo que á mi toca, señores, no puedo menos de confesarlo; recelo que nuestras legislaciones modernas, sin deliberada intencion por parte de los legisladores, no han tenido fuerza para resistir á las influencias de la idea qne iba recorriendo el mundo. Y sin embargo de que me confieso incompetente para juzgarla en conjunto y por separado, tal vez, señores, las conozco lo bastante para creerme autorizado á someteros mis dudas y manifestaros mis temores. Séame licito, por tanto preguntaros con libertad y franqueza: ¿Creis que en nuestras legislaciones modernas se ha hecho todo cuanto debiera hacerse en pro de la patria potestad? Yo veo claramente en ellas las disposiciones que la debilitan, y no distingo bien las que tienden á fortificarla. Veo además que hemos ido derruyendo la independencia del poder paternal y por consiguiente su autoridad sobre los hijos, y que limitando su facultad de disponer de la herencia é imponiendole una ley de transmision que le domina, se le coloca con respecto á ellos en una dependencia que disminuye su poder y rebaja su dignidad pero como al obligarle á que se despoje á si mismo, se le quita la fuerza que para gobernar á su hijos adquiria en la conspiracion del interes y el deber mancomunados en defensa de su autoridad, no acierto á descubrir los nuevos baluartes con que habeis fortalecido al poder paternal, ni las fuerzas con que le habeis armado para defenderse en la familia contra el viento revolucionario que sopla por todas partes.

No diré yo, sin embargo, que nada hemos hecho en favor de la paternidad, pues sé muy bien que el hijo permanece bajo la autoridad de los padres hasta su emancipacion, y que, aun despues de emancipado, debe á su padre y su madre amor y respeto. Sé tambien, y por ello os felicito, que cuando el padre tenga graves motivos de descontento sobre la conducta de su

hijo, no le faltan medios de correccion que en las leyes se enumeran y formulan con claridad. Pero, señores, digamos la verdad sin rodeos; la simple inspeccion de estos medios basta para que comprendan los menos perspicaces que la ley favorece en gran manera al hijo contra el padre, y que en ella se toman precauciones infinitas contra el presunto despotismo de este, y muy pocas contra las rebeliones de los hijos. ¿De dónde procede semejante desconfianza? Es evidente que las legislaciones modernas, bajo el aspecto del poder paternal, llevan el sello de la época de su creacion. El despotismo de los Reyes, que resonaba entonces en el mundo con estrépito tan solemne, habia llegado á ser motivo de terror universal, y era indispensible adoptar garantías contra todo lo que tuviera con él algun punto de semejanza, incluso el seno de la familia, dulce imperio de obediencia y libertad; la pátria potestad, por consiguiente, no pudo ménos de resentirse, hasta en la sociedad doméstica, con la repercusion de las ideas que habian removido la esfera política. Y por cierto, señores, que admiro yo, como el que más, todo cuanto el génio ilustrado por las legislaciones anteriores ha introducido en las legislaciones modernas para ocurrir á las nuevas necesidades: pero ¿seria acaso una temeridad el presumir que con respecto al punto decisivo de la pátria potestad, hémos hecho ya demasiadas concesiones á las exijencias del tiempo, y que ha llegado el momento oportuno para examinar sériamente si nuestra legislacion, á pesar de sus pretensiones de conservadora y progresiva, no conserva en sus repliegues algunos gérmenes de disolucion, los cuales seria conveniente estirpar?

No faltarán seguramente hombres que se alarmen, y hombres que tal vez se regocijen con mis palabras, exclamando: «¡Ah! precisamente ese es el punto donde os aguardábamos: por «fin no habeis podido ménos de reconocerlo; quereis la ruina de «nuestras instituciones; quereis la abolicion de la igualdad fra«ternal en la familia, quereis, en una época de pleno cristia«nismo, el retroceso hácia la paternidad pagana; quereis la re«constitucion de la familia feudal y de la propiedad feudal; quereis la retrogradacion, y la Edad media en el mundo moderno. «¿Qué es lo que vá á ser de nosotros? ¿Para qué nos servirán de «hoy en adelante tantas gloriosas conquistas?» Tales son efectivamente los recelos espantosos que inspiran mis palabras, y hombres hay á quienes, por lo visto, quitan el sueño: pero ¿qué hacer para tranquilizarlos? ¡No es evidente, señores, que cerca

de ocho años há no os predico otra cosa! ¡No es verdad que hemos confesado claramente que aspiramos á que se reconstituya en la familia la paternidad pagana con todo su despotismo y su derecho brutal de vida y muerte! ¡No me habeis oido vosotros mismos pedir para vosotros el derecho de esclavizar á vuestras mujeres y de matar á vuestros hijos! ¡No predicamos, por ventura, la esclavitud en la familia! ¡El despotismo en la familia! ¡El feudalismo en la familia! ¡La edad media, toda la edad media, nada más que la edad media!—Mas aún, señores, ¡no hemos predicado el paganismo, un completo paganismo!

¿Cómo, pues, nos escuchais? ¿Cómo nos tolerais? ¿Cómo os agrupais en tan gran número y acudis tan solícitos en torno de esta cátedra para oir únicamente insultos contra la razon, contra la naturaleza, contra nuestras instituciones, contra vosotros mismos? ¡Ah señores! eso lo haceis, porque, oyéndome más cerca, me comprendeis mejor; demasiado sabeis cuales son nuestras verdaderas aspiraciones; demasiado sabeis que pedimos la familia cristiana, nada más que la familia cristiana, con la autoridad arriba, la obediencia abajo, la abnegacion en medio, y Jesucristo en todas partes; esto á mi modo de ver, sera cuanto se quiera ménos paganismo; esto á la verdad, fué muy propio de la edad media, pero tambien lo es de nuestros tiempos; esto, en fin, es la inmortal juventud de la familia cristiana, la cual no decae nunca.

Y con respecto á lo que preocupa á algunos hombres asustadizos ó que aparentan serlo, esto es, á la igualdad en la familia, nada pedimos que sea incompatible con las legítimas necesidades de las sociedades modernas. Dígase lo que se quiera, tenemos muy presente la marcha de los tiempos y el movimiento de las cosas. Mas ya que hoy se nos exigen toda clase de respetos hácia la humanidad, y ya que al mismo tiempo hay quienes se quejan de no ver sino imbecilidad y barbarie en todo cuanto tiene la desgracia de no datar de estos setenta años últimos, séame licito vindicar la memoria de nuestros padres, quienes pertenecian á la humanidad tambien, contra los insultos de una posteridad ingrata, y deciros á vosotros nuestros contemporáneos, que aquellos ascendientes tan despreciados por los hijos olvidadizos de sus grandezas, tendrian sus razones para adoptar en la familia las formas y las instituciones creadas por la Providencia y el tiempo simultáneamente; que nuestros padres asi como tambien otras muchas naciones, pudieron creer sin in-

currir en los arrogantes desdenes de que son hoy objeto, que la igualdad de participacion sancionada en las legislaciones modernas, no desdice de lo que la razon y la justicia prescriben imperiosamente; que no es tampoco, segun quiere suponerse, una consecuencia rigorosa de la igualdad de afecto que debe un padre á todos sus hijos; que hay en la familia otras muy graves consideraciones de conveniencia, dignidad, tradicion y abnegacion domésticas, sobre las cuales es sin disputa el padre cristiano el juez mas competente; que nuestras grandes preocupaciones de reparticion, inventario y liquidacion, tienden á petrificar los corazones en el seno de. los funerales; y que el derecho por su parte, al propio tiempo que exalta el egoismo, es una de las cosas que mas directamente impiden á la familia condolerse de la paternidad que sucumbe. No quiero insistir en estas consideraciones hechas de pasada, sino someterlas á vuestras meditaciones imparciales. Añadiré, apoyándome en la doctrina y la historia cristianas, que el modo de trasmision que ha prevalecido en la familia moderna, ni es una exigencia del cristianismo, ni lo es tampoco de la naturaleza; que ni la Biblia, ni los Concilios, ni los Soberanos Pontífices ni los Padres de la Iglesia lo han reclamado jamas de sociedad alguna, ni como derecho absoluto de la naturaleza, ni como fruto necesario del cristianismo; que los siglos registrados en la historia como grandes, adoptaron para con la familia otras condiciones con las cuales ha vivido la sociedad largo tiempo y no sin gloria; que, en todo caso, las condiciones creadas en la familia moderna, á fuer de recientes todavia con relacion á las antiguas, no han recibido aún la leccion decisiva y completa de la experiencia ni la sancion del tiempo, debiendo ser lícito por tanto á los hombres que buscan en lo pasado ejemplos de enseñanza para lo porvenir, preguntarse hoy en dia á quien dará la razon el largo mañana de los siglos futuros. Entretanto, permita Dios y quieran los hombres prepararnos ese porvenir, tan recargado aún de sombras y misterios, con una razon suficientemente imparcial para reconocer y aplaudir la verdadera grandeza humana donde quiera que se encuentre, con un corazon suficientemente capaz para abarcar lo pasado, lo presente y lo porvenir, y para que ameis simultáneamente á vuestros padres, vuestra posteridad y vosotros mismos; y séame lícito, por lo que á mi toca, exhortaros á que mantengais entre vosotros y aumenteis en lo posible esa gran fuerza de la sociedad doméstica y pública, ó sea la patria potestad, y

preguntaros lo que habria que hacer para conseguir*lo*.

Es tanto más importante hacer esta pregunta, cuanto que, miéntras la corriente de las ideas y las legislaciones ha ido precipitando la relajacion de la pátria potestad, estoy viendo que en las costumbres, en los hábitos, en la *literatura*, y hasta en las diversiones, todo conspíra en favor de la decadencia de la paternidad.

Vuestros jóvenes,alucinados por el vértigo que les impele hacia la independencia, sueñan prematuramente con la hora de su emancipacion, la cual siempre se les figura perezosa. Disipadores precoces que devoran sus bienes á ciencia y paciencia de la paternidad desarmada, porque saben que pueden contar como segura la herencia: disipadores que estan persuadido de que la ley, al libertarlos, en época determínada, del poder coercitivo de la paternidad, los liberta al mismo tiempo de la ley del respeto, del amor y la obedencia; que se olvidan, segun ha dicho un gran publicista de los tiempos modernos, de que el hijo es siempre «menor ante la naturaleza, aun cuando sea «mayor ante el Estado, y de que la autoridad paterna es esen«cialmente perpétua.»

¡Gran Dios! Mientras que á los espantados ojos del observador las costumbres de vuestro tiempo presentan el espectaculo de semejantes contrastes, como si la paternidad no apareciese bastante humillada á las miradas de vuestros hijos, teneis ingenios que expresamente fabrican dramas para rebajarla todavia mas, y que llaman con gran solemnidad á la sociedad entera á que presencie en vuestros teatros el destronamiento de la paternidad, la decadencia de su grandeza moral! ¡Como! ¡Se llevan padres á la escena, y salen á las tablas, para que la generacion actual contemple desordenes, indignidades, oprobios cuyo espectaculo seria bastante triste en hijos que dan que sentir á sus padres, cuanto mas en padres que escandalizan á sus hijos! ¡Ah, señores! ¿Qué habeis visto, de treinta años á esta parte, en nuestra Francia, para permitir lo que alli se permite? la paternidad á ido apareciendo en vuestros teatros con todas las formas del oprobio: todas, si; la paternidad orgullosa, la paternidad egoista, la paternidad grosera, la paternidad concupiscente, la paternidad avara; para que el progreso fuese completo, no os faltaba sino ver pasar la paternidad voluptuosa, liviana, desenfrenada, libertina, como no lo es siquiera un hijo mal criado: todas estas paternídades de-

caidas, degradadas, envilecidas, han pasado ante vuestros ojos, arrojando su cetro y su corona al desprecio de los pueblos; todas ellas han pasado; y todos vosotros habeis aplaudido!!!...

Apartemos los ojos de semejantes oprobios, de escandalos semejantes, y mientras que un siglo que se jacta de llevar la bandera de la regeneracion y progreso se obstina y se ceba en la humillacion de esta grandeza, cimiento de tantas otras grandezas, contemplemos un instante que es lo que hace el cristianismo para elevar ese poder que el siglo abate.

El cristianismo ha recibido del pueblo de Israel dos santos y sublimes legados: el culto del verdadero Dios y el respeto de la paternidad, y bajo este doble aspecto puede decirse que ha acrecentado la herencia circundandola de una gloria nueva, mas esplendorosa aun que su antigua gloria.

El catolicismo, que sanciona todo legitimo poder, consagra de un modo eminente el poder paternal: instituye al padre como rey de la familia, prescribe á los hijos la obediencia á los padres, y exige á la mujer la sumision al marido. «Las mu«jeres, dice San Pablo, deben vivir sumisas al marido como «al Señor; porque el hombre es el jéfe de la mujer, como Je«sucristo es jefe de la Iglesia. El hombre ampara y defiende el «cuerpo, y como la Iglesia está sometida á Jesucristo, asi la «mujer, en todo lo que es del dominio del hombre, debe estar «sometida al marido.» (*Eph. v.* 22.) Despues de esta doctrina, ¿que es de la célebre igualdad entre el hombre y la mujer, predicada por los sectarios? Dificil es de comprenderlo: la Iglesia no es igual á Jesucristo, el cuerpo no es igual á su jefe. Aqui como siempre la palabra de Dios responde al sentido comun del hombre: destino es de todos los reformadores anti-cristianos contradecirla y chocar, indefectiblemente con ella.

Como quiera que sea, la mujer cristiana no puede quejarse de la categoria á que la ha elevado el cristianismo, el cual tiene para ella una grandeza que será objeto de nuestras investigaciones posteriores. Si le exige la obediencia, que es ley del Evangelio, le asegura la proteccion, que es la necesidad de su vida: en cambio de la sumision le promete el amor, y si manda á la mujer que se someta al marido, como la Iglesia está sometida á Jesucristo, tambien al marido le manda que ame á su mujer, como Jesucristo ama á su Iglesia. (*Eph. v.* 25.)

Esta armonia del poder y del amor, del poder que protege al amor, y del amor que obedece al poder, es la obra maestra de Dios, transfigurada por Jesucristo y consagrada en el matrimonio. Lo hemos dicho ya: el matrimonio es la consagracion divina de la paternidad humana y de la majestad paternal; de suerte, que desobedecer al padre en la familia cristiana, es desobedecer al representante de Jesucristo, al delegado de Jesucristo, al ungido de Jesucristo: es desobedecer á Jesucristo mismo; esto es, á la autoridad de Dios que impera en el hombre.

Por eso el cristianismo ha honrado, y hasta cierto punto ha divinizado el nombre de padre de tal manera, que todos los mas elevados ministerios de los pueblos cristianos se han ceñido la corona de la paternidad para conquistar mejor el respeto. Nuestros mejores Reyes se han glorificado con el honor de este nombre y se han complacido con llamarse asi propios. *Padres del pueblo.* El Emperador mas grande que ha aparecido en los siglos cristianos aquel Monarca tan grande cuya grandeza ha penetrado hasta su mismo nombre Carlomagno, en fin, habia conquistado un nombre con el que se honraba mas que con el suyo, y se llamaba *Padre de los pueblos*. Pero en la Iglesia sobre todo es donde el nombre de padre decora las funciones mas santas los mas augustos misterios. El hombre que renuncia á la paternidad carnal para adquirir sobre las almas mas noble paternidad, por la fecundidad del sacrificio, lleva en medio de nuestro profundo respeto, este glorioso y dulce nombre: se llama padre: el sacerdote, que en la mas humilde aldea ha recibido la cura de las almas es el padre de la familia parroquial; el Obispo, que con jurisdiccion mas amplia, ha recibido mayores responsabilidades; el padre de la familia diocesana: y aquel á quien Dios ha colocado en la mas alta cima de la Iglesia para concentrar en su corazon la cura universal, la universal responsabilidad, y el universal amor, ¡ah!, aquel es padre de la familia catolica. Representante en la tierra de la mas grande autoridad moral y de la mas grande autoridad divina, lleva con razon en medio de los hombres este nombre sacro y venerando. Es el padre por excelencia, y el orbe entero, al saludarlo desde todos los confines de la tierra, y desde todos los puntos cardinales del cielo, le dice: «¡Padre Santo ¡oh! Padre Santo, bendice á tus hijos!

Tal es en el cristianismo la significacion de este nombre in-

comparable. La gloria, la hermosura y la santidad de este nombre, son el natural reflejo de esa cosa tan grande y tan santa creada por el cristianismo donde quiera que la vida de Jesucristo ha llegado hasta el corazon de las sociedades y penetrado en las costumbres de las naciones: ¡la paternidad cristiana! La grandeza de esta dignidad y el resplandor de este nombre provienen de sí mismo, y arrancan del hondo de las sociedades empapadas en la savia de Jesucristo. Apenas era necesario que la ley definiese y amparase los derechos respectivos de padres é hijos; el amor y la fé, la naturaleza y la gracia, eran la guardia unida de tierra y cielo para custodiar la magestad doméstica. Cuando los legisladores proclaman las atribuciones del poder paternal y sus derechos en la familia, no hacen mas que dar una consagracion social y un carácter público á ese poder engendrado por sí mismo y por las creencias y costumbres populares creadas en la humanidad por los siglos del cristianismo.

¡Qué grande era el padre en el seno de la familia en los siglos y pueblos cristianos! A los ojos de todo el mundo tenia algo de lo venerable del sacerdote, de lo augusto del Monarca, mezclado todo con un amor y una ternura que, sin disminuir en nada su autoridad, acrecentaban su poder y sus atractivos. ¡Bajo el techo doméstico, que á la vez era un palacio y un santuario, la veneracion que se le tributaba tenia todo el aire de culto! Sobre todo, si el padre era anciano, si bajo aquel cetro, tanto mas poderoso para hacerse obedecer, cuanto mas debil era la mano que lo empañaba, las generaciones se habian multiplicado; si llegaba á ser, no ya padre, sino padre de padres, *patriarca* de la familia, entonces tenia en el hogar, tenia en la mesa, tenia en todas partes un sitio de honor que nadie se atrevia á ocupar; porque nadie, en este reino de la autoridad y del amor, se creia bastante grande para ocupar, aunque fuese un instante solo, el puesto del patriarca.

¡Oh! que no nos fuese dado, sin perder nada de los pulimentos y perfecciones que los tiempos engendran, restaurar ante vosotros tantos hogares derruidos por el tiempo, y resucitar de entre sus escombros tantas grandes costumbres como han desaparecido! ¡Hombres de la edad moderma! Cuantas y cuantas lecciones de respeto, cuantos progresos para vuestras costumbres domésticas no hallariais bajo la techumbre de esos solares de otra edad, tan extremadamente menospreciados acaso por voso-

tros sin conocerlos bastante: asilos de la religion, de la piedad, de la sencillez, habitados á veces por cristianos que ni aun leer sabian, pero en donde los hijos aprendian de una paternidad real y sagrada, tres cosas sin las que no hay familia posible, y que vosotros vais no sabiendo ya obtener de la vuestra: amar al padre, respetar al padre, obedecer al padre!

¿En qué se apoyaban aquellas santas costumbres y aquellas venerables tradiciones que hoy ya hemos perdido? ¡Ah! Señores, permitidme repetíroslo, porque no estará demasiado dicho nunca: se apoyaban en la fé y en la doctrina cristiana, que por do quiera mostraban en los padres la imágen viva de Jesucristo mismo reinando sobre sus hijos. !Oh padres que me escuchais, ¿os duele ver humillada vuestra potestad ante la rebelion, ante el menosprecio quizás de vuestros hijos?...¿Y á quien podeis acusar de vuestra destitucion? Vosotros mismo habeis abdicado: Jesucristo os cubria con su majestad, y os daba su aureola: vosotros habeis perdido la una y la otra voluntariamente. ¿Y qué ha sucedido? Nada que no debierais tener muy previsto: lo que vosotros veis en vosotros mismos, eso ven vuestros hijos en vosotros: ven á un hombre, y nada mas; á un hombre, de quien no puede decirse que aceptan una autoridad para ellos molesta y gravosa, sino que la toleran. Si vosotros no sois cristianos, poco pueden serlo vuestros hijos; y muy presto, fieles en imitaros, no lo serán ni poco ni nada. Disponeos á saber, demasiado tarde quizás, y á precio de inconsolables gemidos, cual es la autoridad de un padre para con hijos que no adoran á Jesucristo ya? Guardeos Dios de tan tremenda desventura, sin consuelo para un padre: la de ser su amor humillado por la ingratitud, y su autoridad vilipendiada por el menosprecio. Adorad, adorad á Jesucristo; obedeced á Jesucristo; sed los primeros en aceptar la autoridad y el imperio de Jesucristo; hacedle antes que á vosotros mismos rey de la familia; reine sobre vuestros hijos al reinar sobre vosotros; y que vuestra paterna autoridad sea confirmada y enaltecida por la de Jesucristo con toda la potestad y la majestad de un Dios.

CONFERENCIA SEXTA.

La investidura providencial y la prerogativa especial del padre en la familia es la autoridad, y como consecuencia de ella el ejercicio del poder. La autoridad paternal exige el poder por su dignidad, sus funciones y su responsabilidad: y lo exige tal como la Providencia se lo predestina, ó sea armado con el triple derecho de instruir, gobernar y castigar: poder tan fuerte y tan eficaz para la conservacion de las sociedades, que grandes pueblos, á pesar de sus vicios, le son deudores, segun la promesa de la Escritura, de una longevidad milagrosa.

Contra la patria potestad, elemento tan necesario para el progreso de la sociedad y la familia, hay indudablemente en todas las tendencias y todas las corrientes de la sociedad moderna un antagonismo profundo: las ideas, la literatura, las costumbres á hasta las legislaciones, le son mas ó menos hostiles; y esta disminucion de la autoridad paternal tiende á producir mas y mas el divorcio, no solo entre los esposos, sino entre los mismos hermanos. Tal es el siglo con respecto al poder paternal. El cristianismo, por el contrario, á fuer de sancionador de toda autoridad legítima, consagra con una uncion y marca con una grandeza, especial el poder paternal, y en el hecho de dar al nombre de padre una gloria incomparable, dá á la paternidad una especie de venerabilidad sacerdotal y de grandeza régia.

Tal es señores el poder paternal. No he hablado del mal uso de este poder, porque tratábamos de la cosa, y no del abuso, siempre posible. Permitidme que ahora os diga ántes de llegar al objeto especial de mi discurso, que de la patria potestad puede abusarse de dos maneras: por la exageracion y por la abdicacion; exagerando respecto de la madre para caer en el despotismo, ó abdicando respecto de los hijos para caer en la impotencia.

Es evidente, señores, que al establecer ante vosotros, con sus títulos auténticos, el poder que Dios os concedió para el gobierno de la familia, no estais autorizados para llevarle hasta el despotismo, ni para conduciros con vuestras esposas como ti-

ranos. Reflexionad que en la naturaleza del hombre está que el sentimiento de su autoridad le incline facilmente á la autocracia; pensad que el poder sin el amor tiende á hacerse despótico, y en el amor mismo hallareis desde luego el remedio para tal abuso. Buscad en el amor el contrapeso de la autoridad y el temperamento del poder; haced lo que manda San Pablo: mientras que vuestras mujeres os estén sometidas como la Iglesia á Cristo, amad á vuestras mujeres como Cristo ama á su Iglesia.

Pero si la exageracion de la patria potestad, respecto de la madre, es un mal, hay en nuestro tiempo un mal todavia mayor, y es su abdicacion respecto de los hijos: y por cierto que voy á recordar en este lugar, antes de pasar adelante, un pensamiento que en el calor de mi discurso se me olvidó el otro dia, cometiendo en esto una omision grave. En medio de los espectaculos contemporáneos que demuestran la disminucion progresiva de la autoridad paternal, lo que hay, acaso, de mas desolador, es ver á la misma debilidad paternal conspirando con los hijos rebeldes para disminuir esa soberania doméstica, que cada dia hace nuevas abdicaciones. He visto bajo este aspecto lo mas triste que puede contemplarse así en la sociedad doméstica como en la sociedad pública; he visto á la soberania conspirar contra la soberania; á los padres rebajando por si mismos la paternidad. Padres obcecados que consienten á su amor que arruine su poder; y que se figuran hallar en una ternura llena de irreverencia la compensacion del desprecio de la autoridad abdicada por su debilidad; padres que permiten que su potestad se debilite en todos conceptos con una indolencia incompatible con su dignidad, ya sea dando y recibiendo caricias en que se revelan, mas bien que respeto y amor, el sensualismo y el instinto, ya especialmente tolerando ese grosero *tuteo*, legado á la familia moderna por la gerga de la igualdad demagógica, tan antipática á la lengua como á las costumbres de nuestra Francia. ¡Padres insensatos que olvidan una de las cosas mas elementales, ó sea, que la familiaridad con un poder acreedor al respeto, engendra por lo general la groseria, la dureza muchas veces y el egoismo siempre!...¡Ah, señores! Podria citaros ejemplos que alarman la conciencia cristiana y ofenden á la naturaleza, y veriais con horror cuanta groseria, cuanta dureza, y frecuentemente cuan bárbara crueldad engendra ese desprecio de la autoridad paternal que crece cada dia en las familias, sobre todo, en aquellas de

donde ha desaparecido el cristianismo; veriais á padres ancianos, agobiados por la edad y el trabajo, desposeidos antes de tiempo por una ternura imprevisora, y cruelmente abandonados por hijos á quienes enriquecieran con su sudor y sus padecimientos: veriais á hijos ricos ostentando á la luz del dia la locura de su lujo; á padres pobres ocultando en la sombra la vergüenza de su miseria: á hijos afortunados, alegres, orgullosos ostentando, escandalosamente el lujo de sus desórdenes; á padres enfermos, por último, tristes y humillados hasta en sus sacrificios.

No prosigo, señores, porque será mucho mas convincente la elocuencia de mi silencio. Despues de haberos dicho cual es el papel que la paternidad representa en la familia, voy á mostraros en esta conferencia cual es el papel de la maternidad.

En el plan divino que trazó el órden y la constitucion de la familia, así como el padre es la natural personificacion del poder, así la madre es la natural personificacion de la *abnegacion*. Si la obediencia rebaja al parecer á la madre, su abnegacion sin límites la eleva, dándola en la familia un imperio y un poder moral que no la permiten envidiar nada del poder y la autoridad marital. Una mujer puede sentirse humillada por la necesidad de obedecer, nunca por la necesidad de la abnegacion; de consiguiente su papel especial es consagrarse constantemente á la familia. Siguiendo el plan de nuestro último discurso, vamos á buscar en la naturaleza de las cosas la razon de este ministerio sublime, y á demostrar que es lo que hace el cristianismo para elevar á la madre á la altura de su mision providencial.

I.

Señores, para atestiguar y probar que el desinteres, el olvido de sí misma es en la familia el papel providencial de la maternidad, nos bastaria apelar al corazon de las madres; pero como vosotros no sois madres, no será inútil revelar simultáneamente á vuestra razon y á vuestro corazon el dulce secreto del desinteres maternal. Bajemos sin cuidado al fondo de

las cosas, pues que al investigar sus simpaticas profundidades no tenemos que temer el perdernos en el vacio y lo incomprensible.

La palabra *madre* es la primera que pronuncia nuestro corazon, aun sin haberla aprendido nunca, y expresa en el idioma de todos los pueblos el primer latido de nuestro corazon. Aquellos que gustan de explorar los misterios de las lenguas humanas, ocultos entre los pliegues de las palabras mas sencillas, dicen sobre aquella cosas maravillosas que no caben en este discurso. Pero es lo cierto que la voz *madre mia*, tiene siempre para nuestro corazon un perfume que aspiramos con delicia, y un encanto que no se disipa jamas. El hombre puede llegar á mostrarse sordo á toda palabra é insensible á todo nombre; pero hay una voz que le conmueve siempre que la oye, y es la voz *madre mia*. El hombre puede olvidarse de todó, incluso el mismo Dios, pero no puede olvidarse de su madre, porque esta imagen subsiste en pie en medio de las ruinas de su corazon. Al cabo de muchos años de haberla perdido, y cuando nuestra vida toca ya á su ocaso, creemos distinguir en la sombra que hace delante de nosotros toda vida cuyo sol declina, una imagen coronada de purisima luz y embellecida por la distancia de los años que de nosotros la alejan, y, ante el encanto de este recuerdo siempre jóven, se sorprende uno á si mismo exclamando en lo intimo de su corazon: «¡Mi madre! ¡Ah! si es mi madre!»

Bajo este aspecto, nuestro corazon al envejecer parece que encuentra una perpètua juventud, y nuestros recuerdos, ocultos en lo mas intimo de nuestra vida, conservan un encanto que se prolonga y crece con nuestros dias.

¿En que consiste el encanto que lleva consigo la palabra *madre*? ¿ese encanto incomparable que sobrevive á todo lo que muere en esta vida, y el cual nunca puede morir? Consiste, señores, en que aquella palabra es la expresion más natural y mas viva de una cosa semejante á ninguna otra para nuestro corazon, voy á nombrarla ahora mismo, porque es imposible, en el órden puramente húmano, hallar á tal palabra un sentido más legítimo, más puro y mas sagrado que el nuestro asunto le impone: la cosa de donde viene á esta palabra el perfume que la embalsama es el amor! La madre es sobre la tierra la personificacion más dulce del amor; si su rostro se anima con la mas bella sonrisa, es porque su corazon guarda su mas rico tesoro. El corazon de la

madre es la patria del amor. El niño encerrado nueve meses en las entrañas de su madre, ha dormido nueve meses sobre su corazon; se ha formado lentamente bajo la ola vital que salia de él con el amor y la sangre, como de un manantial perpetuo; los latidos del corazon maternal han llegado á ser el primer motor de su vida, la cual ha germinado á su calor, se ha animado con su movimiento en las profundidades de la maternidad, y cuando el niño sale del sueño fecundo en que su vida se ha despertado en el seno de la vida maternal, cuando la naturaleza, obedeciendo á Dios, ha roto el nudo viviente que unia dos vidas en una sola, entonces los dos seres no cesan de atraerse el uno al otro, por atracciones cuyo secretos conocen solo las madres, y cuyo encanto sentimos nosotros mismos sin comprenderlo: entonces tambien estas dos vidas, la de la madre y la del hijo, se aproximan con estrechas simpatias por un esfuerzo de amor, como si quisieran recobrar su unidad; unidad misteriosa que subsiste y se siente hasta en la dualidad de la vida separada.

Y cuando la madre ha recibido por primera vez en sus brazos el tierno ser que sale de ella, como si fuera un rayo de su vida: cuando contemplandole con insaciables miradas, se extasia en la contemplacion de su imagen y se embriaga con los perfumes de su corazon, ¡oh! entonces siente en todo su ser un poder misterioso que la hace inclinarse hacia el niño, quien aun despues de su separacion, es parte de ella por vinculos invisibles que ninguna mano puede romper, y cierto no se que le dice en el fondo de su corazon que el niño salido de ella no podrá vivir sino por su amor, ni crecer sino por sus sacrificios, asi como ha vivido en ella de la vida de su corazon y del movimiento de sus entrañas.

Entonces es, señores, cuando se verfica una gran revelacion en lo mas intimo de sus gozes. La ley de la vida se le aparece iluminada por una luz que no oscurece ninguna sombra; entónces comprende por la sola voz del instinto, por qué Dios habia abierto en su corazon un receptáculo tan profundo de amor y por qué la Providencia habia puesto en el un Tesoro tan rico; entónces aprende de las necesidades de su corazon, de la debilidad de su hijo y de las simpatias que unen á ambos, que amar es la ley especial de su vida. Como la savia corre y se comunica del árbol á las hojas para esparcirse en sus flores y preparar sus frutos, asi comprende la madre, en la primera hora

de su maternidad, que el cariño debe brotar de su corazon sin agotarse jamas, para acabar de formar el ser hechicero que debe ser un dia la flor mas hermosa de su vida, y despues el fruto mas bello de su amor. «¡Ah! exclama: cuanto necesito amar á mi hijo, cuanto necesito amarle.» Su razon le dice que «es un deber;» su corazon le dice «es una necesidad» y todo su ser repite en un estremecimiento inefable «¡es una dicha!» ¡Como ama la madre! ¡Como ama al niño en quien se siente vivir y palpitar! ¡Como le ama! ¡Ah! preguntadlo á vuestras madres, porque yo confieso que no me creo con un corazon y un alma capaces de adivinar tan dulce misterio ni conozco palabras que puedan expresarle, á menos que no arranque de mi corazon conmovido una voz que dice mas que todo un discurso: ¡*Madre mia*!

Así, pues, lo que constituye el encanto que vá unido á la palabra que acabo de pronunciar, es el amor de quien es expresion mas suave y natural. Pero ¿por qué ese amor? ¿Cual es la razon providencial de esta creacion maravillosa que Dios ha hecho al crear con sus tesoros de afectos el corazon de la madre? Porque ya comprendeis, señores, que si me he detenido un momento con vosotros en la contemplacion de aquella maravilla, no ha sido solo por el placer de mirar ó de pintar un fenómeno de la vida. El amor depositado en el seno de nuestras madres, fué puesto allí con un objeto; no ha sido creado únicamente para la dicha de poseerse y sentirse á sí mismo. Si la madre lleva en su corazon la necesidad de amar como el objeto natural de su vida, es que su misma vida tiene por ley soberana una cosa sublime, fecunda y difícil, que no puede consumarse sino á fuerza de amor y afecto: la *abnegacion*. La maternidad se revela á si misma por sus propios dolores, aun mas que por sus alegrias, y en esta mezcla misteriosa de dolor y alegria, del dolor del parto y de la alegria de la maternidad, es donde la madre tiene á la vez dos revelaciones que no son mas que una: la revelacion de la ley de amor y la revelacion de la ley de sacrificio; la madre siente, en una palabra, que está llamada á amar mucho, porque está llamada á sacrificarse mucho; se le dá el amor, porque se le da el sacrificio.

Por esto goza la madre, en la familia y en la humanidad entera, de una gloria incomparable: tiene la vocacion especial del sacrificio. El padre ha recibido la autoridad para ejercer

el poder; la madre ha recibido el amor para ejercer el sacrificio; esto es, cuanto hay mas sublime y mas dificil sobre la tierra. No es este el momento de desarrollar la idea de la grandeza del sacrificio; pero es cierto que en nuestro pensamiento no ponemos nada por encima de él. Si en nuestro reino interior nos complacemos en colocar sobre tronos invisibles las grandezas que han conquistado nuestra admiracion, es indudable que en el primero de esos tronos colocaremos el sacrificio: y una obediencia, si es desinteresada, nos parecerá superior á una dominacion que solo sea egoista. ¿De donde procede la estimacion excepcional y la admiracion sin igual hacia la abnegacion y el sacrificio? Sin duda que el egoismo, encarnado en lo mas intimo de nuestra vida, y la abnegacion, que es su derrota, se nos presenta como lo mas grande; porque se revela á nuestros ojos como lo mas dificil y lo mas verdaderamente heróico. Pues bien, señores, la mujer, ó por mejor decir, la madre, lleva en si la necesidad nativa de esa cosa tan grande, tan admirada y tan naturalmente dificil: reside en ella el instinto, ¿que digo? tiene como una pasion, tanto que cuando le falta la abnegacion, su vida parece incompleta; le falta la respiracion, diriais que va á morir en el vacio y tarde ó temprano declina al desorden.

Ahora bien, señores, ¿donde encuentra la mujer fuerza para abrazar una cosa tan dificil y sin la cual no puede pasar? ¡Ah! ya os lo he dicho: Dios la ha dado el amor, el amor que consigue todas las cosas grandes y dificiles, y cuyo acto propio es la abnegacion misma. Dios lo ha hecho todo bien en la tierra; y he aqui entre las maravillas, que son obra de su mano, una de las mas bellas armonias del universo. Por todas partes donde se encuentra un ministerio dificil, ha colocado Dios el amor para hacerlo aceptable. El amor es una cosa grande y poderosa; aligera todas las cargas, suaviza las amarguras, se coloca entre el hombre y las dificultades; hace aceptable todo lo que la naturaleza rechaza, y su mágia inimitable realiza como por encanto lo que la razon y la naturaleza algunas veces declaran imposible. ¿Por que el sabio encuentra fuerza para abrir en el campo de la ciencia un trabajoso y dificil surco? Porque ama la verdad ¿Por que el artista para crear una obra maestra tiene el valor de emprender un trabajo capaz de agotar las fuerzas del hombre? Porque ama lo bello, y le apasiona lo ideal. ¿Por que el guerrero halla en su corazon la inspiracion

de un heroismo qué parece sobrehumano? Porque ama á la patria, y tiene la pasion de la gloria.

Hasta en las creaciones puramente animales el amor instintivo realiza maravillas. El amor retiene á los pájaros, á esos seres naturalmente inquietos, largos dias en sus nidos; el encadena junto á sus hijos en una servidumbre inexplicable, al animal á quien la naturaleza ha hecho fecundo. No insisto mas sobre este punto; nosotros podemos aceptar como una ley universal en la creacion este principio que nos explica las funciones y el destino sublime de la madre; á saber, que alli donde Dios ha colocado un grande amor, lo predestina generalmente á grandes sacrificios.

Pero si la madre ha recibido el tesoro de un amor porque tiene la vocacion del sacrificio, ¿como se explica esta? ¿Quien le impone ese ministerio á que la Providencia la predestina colocando en su corazon ese gran poder amoroso? ¿Quien? La misma maternidad. La madre tiene vocacion al sacrificio porque se le considèra en la familia la fuente de la fecundidad; acepta los sufrimientos. porque está destinada á ser fecunda y á reproducir la vida.

A primera vista pareceria què esta funcion de la vida, multiplicandose en si misma, no deberia encerrar mas que misterios de alegría, y que, como Dios siente una dicha infinita al reproducir su imagen sustancial, asi la vida humana deberia encontrar en la ley que la reproduce una fidelidad pura y sin mezcla de dolor. Puede que asi fuese en el estado de inocencia, si la inocencia hubiera continuado sobre la tierra: pero despues de la caida del hombre, Dios marcó el nacimiento y la formacion de nuestra vida con el signo del dolor. y la sometió para siempre á la ley del sacrificio. El sacrificio en efecto, como consecuencia de nuestra caida, es en la humanidad la ley de la vida y de la fecundidad; nada grande, bello y poderoso se verifica en la tierra sino con la aplicacion mas ó menos completa de esta ley soberana. No insisto sobre esto punto fundamental que resume toda la economia del cristianismo y todas las armonias de la vida humana y de la vida social.

De consiguiente, si el sacrificio, es en todo órden de cosas una condicion de la fecundidad, no es dificil comprender que debe hallarse sobre todo en la familia. Segun la ley general que gobierna nuestra decaida naturaleza los sacrificios corresponden á las creaciones, y las creaciones á los sacrificios; y

16



ademas, si para existir, vivir y desarrollarse cada cosa en la tierra, necesita un sacrificio igual á si misma, claro es que en el órden puramente humano nada puede necesitar un sacrificio mayor que la funcion de reproducir y de criar al hombre, y es porque no hay nada mas grande en la creacion que el hombre; cuando se halla formado y aparece lo que es rey de la creacion, en toda su grandeza, en toda su fuerza y toda su hermosura, lleva en esa grandeza, en esa fuerza y en esa hermosura, el triple signo de amor, que lo ha producido con sus dolores y fecundado con sus sacrificios.

Dios mismo ha querido proclamar esta ley de toda fecundidad humana. En la hora solemne en que la naturaleza y el hombre temblaban aun por el golpe de la primera caida, dijo al hombre; «Comeras tu pan con el sudor de tu rostro;» y á la mujer: «Parirás con dolor, y multiplicaré tus sufrimientos con tus partos.»

Así que, segun la ley de la naturaleza, que condena por una parte al hombre á los trabajos y por otra á la muger á los partos dolorosos, la tierra no será fecunda sin el sudor del hombre, la vida humana no será fecunda sin el sufrimiento de la mujer, Eva es decir la madre de los vivientes, está sometida aun más que el hombre al imperio del sufrimiento, á la ley del sacrificio, porque más que el hombre es ella la fuente viva de la humanidad, y la obrera, por decirlo así, elegida para la formacion de esa imágen de Dios, que se llama hombre.

Efectivamente; en las condiciones de la vida humana, tales y como son, la mujer está colocada en la alternativa de abrazar el sufrimiento con riesgo de su propia vida, ó condenar á la esterilidad la fuente de la vida misma.

La madre, para llenar sus funciones, inclusa la más vulgar, debe aceptar estos tres ministerios, que hacen, por decirlo así, uno sólo: parir, criar y educar á sus hijos; triple funcion en que el sufrimiento se multiplica por el sufrimiento y el sacrificio por el sacrificio.

Dar á luz es la primera condicion: la mujer no toma la dignidad de madre sino á contar desde la hora de su primer parto este primer parto será como los demás doloroso; el tierno sér nacido entre estos primeros dolores anunciará su venida por un grito; este grito será un gemido; gemido semejante á todos los que seguirán. Aun cuando la ciencia, por efecto de ingeniosos procedimientos, llegase á disminuir en ciertas situaciones los dolores

de la maternidad, el principio del dolor es la base de la vida y opondrán eternamente al poder del arte resistencias invencibles; porque al hombre no le es dado anular un decreto de Dios, ni á las invenciones del génio suprimir absolutamente una ley de la naturaleza.

La madre que padece al parir, debe sufrir aun para criar. La nutricion del niño por la madre es una consecuencia de la maternidad, y una ley general de la Providencia. La madre que amamanta, cria por completo su hijo, continúa formandole con el alimento que para el desarrollo de la vida de aquel la ha concedido Dios, y aproximándole á sus pechos, cerca del corazon mismo, donde su vida se creó. Fuera como dentro, continúa mezclando su sangre con la sangre del niño, su carne con su carne, su sustancia con su sustancia, adquiere cada dia mas derechos al dulce titulo de madre, ¡Esa ambicion de encarnarse lo mas posible en un sér, en el cual se quiere encontrar su imágen y su vida, me parece tan natural, tan legitima y tan santa á la vez, que si fuese madre, creo que querria trabajar hasta el aniquilamiento en esa reproduccion de mí misma en otro ser que no fuese yo! La madre no tiene toda su verdadera belleza sino cuando el niño en brazos le aplica á su pecho para que con afan insaciable extraiga esa vida que ella le comunica siempre en su nutritiva leche, como antes se la ha comunicado en su sangre regeneradora. Yo sé que de la obligacion de criar hay dispensas legítimas; la nutricion no es una condicion esencial de la maternidad como el parto; no es más, si asi lo quereis, que la condicion integral; pero yo me pregunto: ¿cómo una madre se estimará en tan poco en lo qne tiene de mas grande, que no quiera poseer, pudiendo la plenitud de su maternidad? Pues si no hay parto sin dolor, es dificil que la nutricion no cueste nada; la madre no cria el niño sino á costa de un decaimiento momentáneo; decaimiento misterioso que multiplica la vida sin agotar la fuente por completo, y reproduce con una usura que regocija la Providencia, lo que la madre dá con su amor, que algun dia á ella misma ha de regocijarla.

Hay para la maternidad un tercer ministerio, que exige á la madre sacrificios mayores todavia: el de la educacion. Educar á un niño despues de haberle producido con su sagre y nutrido con su leche, es el complemento de la maternidad. La madre que no ha educado, no es madre en el mas bello sentido de esta palabra, no ha puesto á su obra, que permanece imperfecta,

lo que le da el complemento de su hermosura, de su grandeza y de su fuerza. No trato especialmente aquí de esa cosa sublime que se llama educacion; no hago mas que indicarla de paso como el término necesario de la maternidad, y como la mas completa manifestacion de la ley del sacrificio, que es el deber y la gloria de nuestras madres. Todos los que han puesto su corazon y su mano en esta obra incomparable, educar á los hijos, madres ó no, maestros ó maestras, no pueden ignorar que de cuantos sacrificios constituyen la maternidad, no es este el ménos largo ni doloroso.

La flor crece y se desarrolla con el sudor del jardinero que la cultiva y la riega; el niño crece y se desarrolla con los sufrimientos de la madre que le amodela y educa. ¡Dichosas las madres que han sufrido, y han sufrido mucho para educar á sus hijos! ¡Dichosas las madres que han llorado, y han llorado mucho para educar á sus hijos! Lágrimas son fecundas que caen sobre sus tiernos corazones, como una lluvia del cielo sobre las flores: y ese riego de lágrimas y ese rayo de amor que parte sin cesar del corazon de la madre, producirá un dia la vida, la hermosura, la grandeza de los hijos en la familia: y esos mismos hijos, frutos benditos del amor convertido en sacrificio, conseguiran á su vez la gloria el honor, la bendicion de su fecundidad.

¡Ah! se perfectamente que los economistas sin fé, que solo ven la corteza de la humanidad, creen haber encontrado contra la fecundidad de la familia razones que juzgan profundas. Quizá examinaremos mas tarde esta fase de nuestro asunto, que es en mi sentir la parte ínfima de las cosas humanas, y pesaremos en su propia balanza las razones de la economia moderna contra la palabra dicha al principio del mundo: «Creced y multiplicaos.» Pero sea de esto lo que quiera, la Iglesia tiene sus razones para creer que la humana sabiduria nó es mas profunda que la sabiduria de Dios, y que estas palabras: «Creced y multiplicaos,» que cayeron sobre nuestro primeros padres, no como una maldicion, sino como una bendicion de nuestra raza no nos engañaron.

En el idioma de la Iglesia, como en el de las Escrituras, ante la revelacion y la fe, como ante la naturaleza y la razon, la fecundidad en la familia es una bendicion. Si; como ordinariamente hay una maldicion vengadora de la ley divina ultrajada que cae sobre los hogares que el egoismo y el crímen han hecho

solitarios, hay tambien una bendicion que desciende de Dios sobre las familias, en las cuales el sacrificio y la virtud se han unido para fecundizar la vida. Hombre, tu esposa ha multiplicado á su alrededor los retoños de su vida y de la tuya. Dios os lo dice por medio de un profeta: sereis dichosos y bendecidos: *Beatus es, et bene tibi erit:* vuestros hijos creceran y se desarrollaran á vuestra vista, rodeando vuestra mesa como el tierno ramaje del olivo: *Filii tui sicut novella olivarum in circuiti mens suæ.* Así será bendecido el hombre que teme al Señor y observa su ley: *Ecce sic benedicetur homo qui timet dominum* (Ps. 127.)

Sus hijos, en el hogar doméstico, se cuentan como bendiciones de Dios. Y los son, en efecto, y en más de un concepto. Testimonio viviente del cumplimiento de la voluntad de Dios, que instituyó para este fin un sacramento expreso, son á la véz la bendicion de los padres, de la familia y de la pátria misma.

Multiplicacion de la vida por los padres, son en cambio para los padres la multiplicacion del bien. Imponiendoles deberes, siempre crecientes, les imponen, por decirlo asi, todas las virtudes, y cierran á todos los vicios las puertas de hogar. El respeto debido á los hijos, obliga á la reserva, á la dignidad, á la conveniencia, á la predicacion del ejemplo: su petulancia enseña á los padres á tener posesion de si mismos, dulzura, paciencia, calma en correjir y en mandar; su misma indisciplina viene á ser para el padre y la madre una perpétua leccion de obediencia y de autoridad.

El candor de su edad, sencillez de su corazon y la sonrisa de su inocencia, son el mas dulce perfume de virtud que su alma respira; en fin, si son fieles á la ley de su vocacion, la multiplicacion de sus hijos es el progreso mismo de su perfeccion. Y estos hijos que son la bendicion de los padres, son tambien entre si una mútua bendicion que se comunican sin pensarle en el grandioso beneficio de la fraternidad. Salvo la excepciones que reconozco, el hijo único en el hogar, siente en todo se ser, y sobre todo en su educacion, el inevitable resultado del mal de su seledad; el hijo único *se educa* dificilmente. Acostumbrado á verse y á considerarse solo como centro de todos los afectos ó objeto de todas las preocupaciones, sin tener á su lado pequeños hermanos y hermanas para partir con ellos las sonrisas, las caricias y los beneficios de la paternidad y la maternidad, se hace personal, egoista, y huyen de el los instintos fraternales, es decir, los instintos generosos.

Al contrario, el hijo en la familia se educa tanto mejor cuanto más participa de los beneficios de la fraternidad y las solicitudes de la paternidad. Acostumbrado á la comunicacion, la generosidad es en el natural; crece rivalizando con todos en desinteres, bondad, delicadeza, obediencia á sus padres, en cariño por sus hermanos, y en gracia delante de Dios.

Asi los padres, las madres, los hijos la familia toda entera, reconocen el beneficio sagrado de la fecundidad multiplicada por el sacrificio. ¿Que digo? la patria, la misma patria recoje para su gloria, su honor y su fuerza, estas bendiciones del hogar domestico. ¿Quien sirve mejor á la patria comun? ¿Aquellos que por egoismo, calculo ó cobardía dejan el hogar esteril y desierto como un campo que no ha conocido el trabajo ni el sudor del hombre, ó aquellos qne á fuerza de abnegacion, de sacrificio y valor hacen crecer en gran numero bajo su techo hijos generosos que sabran un dia en el campo del honor afrontar todos los peligros y morir por la pátria é hijas sumisas que sabran á su vez multiplicar la vida, ó lo que es aun mas bello, dulcificar todas las heridas y morir por el desgraciado?...

He aqui, señores, la bendicion de Dios sobre la familia: hé aqui su gloria, su hermosura, su grandeza, su herencia mas esplendida; porque, ¿que herencia mas rica ni mas magnifica puede concebirse en la familia, que la de la misma vida humana? ¿En quien recae, sobre todo, esa bendicion, ese honor, esta gloria, esa grandeza de familia? ¡Ah! señores, puesto que os he dicho vuestra prerogativa y vuestra dignidad, permitid que hable tambien del honor y de la dignidad de nuestras madres. Esa multiplicacion de la vida, esa bendicion precursora de tantas otras, procede de la madre, sobre todo de la madre; bendecida y consagrada por el cielo y la tierra, porque es fecunda.

Esto es lo que engrandece á nuestras madres y lo que las permite inclinarse ante el hombre, sin perder nada de esa majestad, que tiene por corona á sus propios hijos, y por aureola el sacrificio que los multiplica.

II.

Ya veis, señores, que todo se relaciona y encadena en esa admirable creacion, llamada madre: su nombre, lleno de un encanto sin rival en la naturaleza, significa el amor de quien su corazon es una especie de patria; ese amor tiene por vocacion el sacrificio, y este ampara la fecundidad, que es la bendicion y el honor de la familia. Ya lo veis, todo se relaciona con esa cosa única que es la razon del amor y la causa de su fecundidad: el sacrificio; es porque este reside en todo, en nuestra degenerada humanidad, última palabra de todas las cosas; está en el órden moral y es en él casi lo que el genio en el intelectual; la simplificacion llevada á su mas poderoso grado. Quien haya encontrado el sacrificio efectivo y permanente, habrá hallado en la familia el secreto de todo.

Tratase ahora de saber quien tiene el poder de hacer aceptar á nuestras madres en toda su plenitud y sus santas austeridades, esa ley de sacrificio que fecundiza la vida y lleva la prosperidad á la familia. No vacilo en declarar que en nuestro estado de decadencia, y sobre todo en el de las costumbres europeas, solo la doctrina y la práctica del cristianismo son bastantes poderosas para elevar á la mujer á la altura de su mision.

Bien considerado, nos hallamos en presencia de dos solas doctrinas: la una que niega al sacrificio, desembarazandose de él, y la otra que lo afirma é impone.

Cuanto la última de estas doctrinas, aplicada en sus primeras consecuencias, ha podido imaginar en nuestros dias como mas favorable al progreso del mundo, es lo que tan jactanciosamente llaman *mujer despreocupada* (*la femme libre*), hace poco buscada por donde quiera por los reformadores. Mas esa mujer, evocada como una creacion del presente, una protesta contra el pasado y una redencion para el porvenir, no es otra cosa que la hija de Eva, envejecida con sus prolongadas corrupciones, y que lejos de poder regenerar el mundo, reclama ella una regeneracion; la mujer que se decia *rehabilitada*, es decir, la mujer devuelta al innoble imperio de la carne, la mujer

pagana, por último. Esa mujer, con tanta justicia llamada *libre* prescinde gloriosamente de todo; no admite la obediencia de la hija, la dependencia de la esposa, ni la noble servidumbre de la madre; esa mujer es libre, sin deberes ni obligaciones y particularmente libre de todo sacrificio: y como tal, despojada del honor y de la aureola de la maternidad.

Tal era, con corta diferencia, la mujer creada por el paganismo en el seno de sus civilizaciones corrompidas y corruptoras; la mujer sensual, esteril, egoista, deshonrada, que se precipitaba con todo el peso de su existencia en la antigua esclavitud; esa mujer libre, soñada por el genio de la innovacion, no era otra cosa, forzoso es decirlo, que la exageracion, ó si se quiere, el tipo acabado de la mujer, tal como existe á nuestra vista en el siglo XIX, cuando deja de ser cristiana.

Asi, pues, señores, segun que el mal es el relieve del bien como la sombra lo es de la luz, antes de deciros de que modo bebe la madre en los manantiales del sacrificio cristiano la energia de la abnegacion, y en esta el secreto de su gloriosa fecundidad, quiero empezar presentandoos el tipo de la mujer pagana que podreis encontrar hasta en el cristianismo. Es necesario, en efecto, que la muger cristiana realice constantemente ese ideal de maternidad que se revela al mundo en la trasformacion del Calvario. Esto procede de que la mujer cristiana no acepta con mucha frecuencia, ó solo acepta á medias la santa ley del sacrificio; adopta un simulacro del cristianismo mas bien que el cristianismo: olvidada de Cristo, que constituye su sola gloria, porque es su única fuerza, se presenta á los deberes de la maternidad casi como si no fuese cristiana; y reducida á su debilidad é impotencia natural, pierde con la dignidad que Cristo presta á la mujer que lo adora, el honor de la maternidad cristiana; para realizar un tipo de mujer muy diferente que se halla hasta en el cristianismo del siglo XIX, y que yo designo con un nombre algo dulcificado, el tipo de la mujer mundana.

Hay efectivamente en medio de nuestra sociedad contemporanea, en pleno cristianismo, una mujer que contrasta tristemente con el ideal de la maternidad cristiana. La mujer de que hablo ha sido bautizada, ha recibido la primera comunion y hasta se la encuentra en las iglesias de vez en cuando; pero no es practicamente cristiana, es mas ó menos la reproducion moderna de la mujer romana de los peores dias, con la

diferencia de que apartada de Jesucristo, sus caidas son tanto mas profundas, cuanto que emanan de mas alto. Y entre esas inevitables caidas hay una que de rechazo va inevitablemente á la familia, y que llevará su ignominia á la sociedad: esa mujer se horroriza de sus deudos y se condena voluntariamente al oprobio de la esterilidad. La sonrisa de los niños carece de encantos para su corazon: el hogar le parece tan triste como una carcel, y no acierta á permanecer en él; el matrimonio le pesa como una esclavitud, y procura deshacerse de sus lazos; la familia, por último, la agobia como un peso enorme y trata de prescindir de ella á todo trance. Aburrimiento del hogar, repulsion para los niños, fuga de la dependencia, devastacion de su propio hogar, extincion criminal de su raza, adoracion del placer, tal vez frenesi de voluptuosidad, y para colmar la medida, impudencia en el seno del oprobio: tal es, en la familia, la mujer olvidada de Jesucristo, á la que podeis comtemplar en el siglo XIX.

¿Cómo ha podido llegar á tánto la mujer bautizada? ¿Cómo hay tanta bajeza en el seno de una civilizacion que se proclama tan ilustrada y de una Religion tan grande? Una sola palabra lo explica todo; desheredada voluntatariamente de Jesucristo, pierde esa mujer la revelacion del sacrificio; penetra el egoismo en su corazon, y vais á ver como bajo el punto de vista en que ella misma se coloca, nada se comprende tan perfectamente como esa abdicacion de la dignidad y la gloria maternal. En efecto, la mujer, precisamente porque en su corazon se encierra el mas rico tesoro del amor y la vocacion de los mas grandes sacrificios, se convierte más fácilménte; por el desvio de ese amor y el desprecio de esa vocacion, en un milagro de egoismo. Este no supone en un corazon la impotencia de amar, sino el desorden del amor; allí donde se encuentra un amor mas profundo, mas vasto, más delicado, allí tambien puede desarrollarse, por la perversion de este amor, un egoismo mas monstruoso. El ogoismo en el corazon no es un rio agotado cuyas aguas desaparecen: es un rio desviado, un torrente desbordado. Y esto explica como en unos corazones tan ricos de amór y tan susceptibles de abuegacion, hay esos desórdenes que devastan la familia y deshonran la maternidad.

Ved, en efecto, en lo que se convierte la mujer olvidada de Jesucristo y agena al sacrificio. Aquel amor, que siguiendo su legitima inclinacion debia surgir de sí propio para darse á otro

se replega sobre sí mismo para darse á sí propio entero; se devora á sí mismo en su orígen; debia invertirse en amar generosamente, y se dedica á amar de una manera miserable; vuélvese caprichoso, variable, interesado, sensual, algunas veces criminal, casi siempre estéril, porque ha apagado en el egoismo el fuego sagrado y la llama fecunda del sacrificio. He dicho que para crear la familia es forzoso aceptar tres dolorosas funciones: parir, criar y educar; triple creacion de la maternidad en la que el sufrimiento se sucede al sufrimiento; en la que el sacrificio llama al sacrificio. Esa mujer no puede sufrir, porque rechaza el parto doloroso, y afecta un desdeñoso orgullo para todo lo que llama sacrificio. No cree que puede serle reclamado bajo ningun título; se mofa cobardemente del sacerdote y de la Iglesia, que le piden responda al llamamiento de la naturaleza, á los designios de la Providencia y á la vocacion de su maternidad.

¿Qué es lo que digo? Quien la escuche creerá que la Providencia se ha equivocado; dice que la humanidad está mal formada; que el matrimonio es una esclavitud y que el triple parto que constituye la madre, es una triple tiranía que ni los hombres, ni la sociedad, ni Dios, tienen el derecho de imponerlo. Opone á la sabiduría divina los cálculos de su egoismo y á la santa austeridad de sus leyes las vilezas de su corazon: pregunta insolentemente si se la puede tiranizar en nombre del deber; y si lo osase, invocaria á Satanás para convencerse de si existen algunas invenciones diabólicas para evadir los designios de Dios. ¡Y Dios sabe si carece de esas invenciones el genio del mal para burlar á la Providencia! Cuando el egoismo lo invoca, contesta al egoismo que lo llama por boca de un doctor cómplice, de un marido sensual, ó de un amigo corrompido; y se consagra audazmente como al cumplimiento de la ley lo que solo se dijo en violacion de esa misma ley: dícele: «Si llegas á ser madre, morirás; no solo pariras con dolores, segun Dios lo ha dicho desde el principio, sino que pariras en la muerte.» Así, pues, continua Satanás, el placer, solo el placer! El deleite nada mas que el deleite con los refinamientos de mas y lo partos de menos. Así es como contesta Satanás á los deseos de la mujer divorciada de Jesucristo.

Así es como el egoismo se coloca para detener la vida en el manantial de donde Dios quiso hacerla brotar en el corazon de las madres: vencedor deshonrado del sacrificio desterrado de la familia, solo el placer que engendra la muerte habitará

ese hogar donde las abnegaciones y los sacrificios maternales tenian la vocacion de prodigar la vida...

Tambien el lujo conspira con el placer para quitar á la mujer mundana la corona de la maternidad. El lujo es despotico, y la mujer mundana su esclava: ¿no es forzoso que le obedezca? el lujo, en su modo de ver, sustituye en el altar á Jesucristo, y aquel Dios del mundo tiene exigencias que se anteponen en su corazon á los deberes de la maternidad. La alegria de ver á sus hijuelos dichosos bajo su mirada, ¿tiene algo de comparable al soberbio júbilo de verse á si misma vestida como una reina? ¿Ni que vale la dicha de tomar parte en sus juegos, en sus diversiones y fiestas, ante la felicidad con que sueña de medirse en la arena de las vanidades con las demas mujeres atacadas por la misma locura, y triunfar en esas luchas de despilfarro insensato y de belleza ficticia, donde se aspira gloriosamente al honor de igualar á las Princesas, aun á trueque de exponerse á pasar por la humillacion de verse derrotada por una cortesana?

¿Ni que haria, por último, la mujer mundana rodeada de ocho ó diez hijos? Aun suponiendo que su herencia no deba faltarles y que la Providencia haya atendido á su porvenir, ¿como los nutriria con su leche? ¿Cómo los rodearia de cuidados? ¿Cómo los protegeria con su vigilancia? ¿Cómo prodigarles sus fatigas durante el dia y sus vigilias durante la noche? Por la noche la espera el baile con todas sus embriagueces; ¿no es forzoso que esa mujer consagre á mas bellos triunfos sus fatigas y sus veladas? ¿Que le hablais de familia, ni que pueden tener de comun en aquel corazon egoista las emociones del baile y sus sensuales torbellinos, con las emociones de la maternidad y las caricias de la infancia?

Asi es que cuando el egoismo, burlado á su vez por la Providencia, ha dejado que se le escape la vida á traves de las artes de la muerte, y Dios concede á aquella mujer la inmerecida gloria de oir á sus hijos la honrosa palabra «madre mia,» su corazon abierto á tantas otras aspiraciones, no vé un encanto en aquella sonrisa, un espectaculo en su inocencia, ni una felicidad en su alegria, y su forzada maternidad no siente otra cosa sino el yugo que la hace cautiva; se contempla como una extraña entre los retoños de su vida; sueña en el seno de las realidades que tan dulces llegan á ser cuando las trasforma el sacrificio, con imaginarias y novelescas dichas:

bajo el egoista pretexto de que los hijos reciben el amor sin corresponder á él, y que su ternura no basta á llenar un gran corazon, aspira á otra felicidad por medio de otro amor y aquella mujer rechazando su dignidad con su ministerio, confia por completo á manos mercenarias niños que para ella son un estorbo.

A fuer de madre sin ternura, sin sacrificio y sin generosidad, hacesele excesivo el solo trabajo del parto: no halla miedo de que amamante, ni eduque, ni tenga la dulce ambicion de dar á sus hijos la mayor posible parte de su alma y su sangre; sino que siendo madrasta mas bien que madre, arrojará en el placer la ajada corona de la maternidad. Pero ¿conseguirá al menos el placer á que aspira lejos de su esfera? ¿Será dichosa esa esposa enemiga de la familia, esa madre á pesar suyo? ¡No, no será dichosa! Arrojada fuera del órden por el egoismo, se condena á si propia al vacio del alma, á las tristezas del corazon, á la arideces de la vida: ha huido del sacrificio para evitarse el sufrimiento, y este la oprime en el seno del egoismo. El hogar donde sin embargo le es forzoso habitar le parece una prision; el matrimonio, cuyo yugo le es fuerza soportar, se le representa como una esclavitud; triste si tiene hijos, porque siente su peso; mas triste aun sino los tiene, porque advierte su falta en el vacio de su corazon; su vocacion la oprime y el tedio se desploma sobre ella; el vacio es en su hogar huesped diario y entra en el fondo de su vida para amargarsela.

Y como un mal llama á otro mal, asi como un abismo á otro abismo, y como el tedio nacido del desórden es origen de otros desórdenes, la abjuracion de los deberes de la maternidad arrastra consigo como por una fatal pendiente á la abjuracion de la fidelidad, y la mujer que no sabe ser buena madre no sabe ser tampoco esposa fiel ..¡Ah, señores! apartemos nuestros ojos y nuestros corazones de este espectáculo doblemente desolador: á la mujer que no ha sabido guadar su honra ni conquistar la alegria de su maternidad, deberia dejársela abrumada bajo el peso de vuestros desprecios, bajo la carga de su vergüenza y bajo el oprobio de sus adulterios. Pero no; vale mas abrirle el corazon y tenderle la mano para ayudarla á levantarse, y vale mas tambien que se la enseñe, para darla valor, lo que hubiera podido ser, y lo que puede ser todavía abriendo su corazon al sacrificio.

Volvamos á la madre, tal y como la hizo Jesucristo. Con la sola inspiracion de la naturaleza, y cuando el mal no la ha invadido, la madre encuentra en su corazon admirables disposiciones para la maternidad; pero cuando ha pasado por las santas transfiguraciones de la cruz y ha bañado su alma en las fecundas aguas del sacrificio, encuentra, si puedo decirlo así, fuerza para realizar el mas perfecto ideal: en esta parte el Dios del Calvario parece darla el don de milagro.

Jóven todavía, y antes que ningun soplo altere la virginidad de su corazon, ha identificado en su alma dos cosas que no forman mas que una: el cristianismo y el sacrificio. La religion entra en su vida como una revelacion divina de la abnegacion; su piedad se desarrolla bajo las miradas del cordero inmolado para la salvacion del mundo; y cuando por vez primera abre á este cordero divino su corazon, puro como un tabernáculo de oro, y le rinde el primer homeneje de un amor perfumado de pudor, de gracia y de castidad, ¿quien puede comprender las revelaciones que el Dios del sacrific o hace á la virgen cristiana? ¡Cuantas en ese dia, á traves de la dicha de sus primeras nupcias con el inmaculado cordero, han entrevisto y aspirado el sacrificio como la mas alta vocacion y el mas celeste ideal de su vida en la tierra!

Así es que cuando la jóven cristiana que Dios no ha predestinado al heroismo de la virginidad, contempla el porvenir buscando su destino, cuando su imaginacion, precipitando los dias y adivinando á la Providencia, la señala en un tiempo mas ó menos próximo, como centro de su vida terrestre, un matrimonio cubierto de la bendicion de la Iglesia y la de Dios; si esa jóven sueña (¿y quien no sueña á los diez y ocho años?), sus sueños por regla general, son sueños de abnegacion. A través de las dichosas sombras que ocultan todavía á su alma de ángel una parte de sus austeros deberes, vé brillar como un astro de esperanza la gloria de la maternidad; tendrá un esposo amado en Jesucristo y para siempre; unos hijos que se sonreirán al reconocerla y á quienes oirá responder á su voz y llamarla por su nombre, al ver trasformados, creyéndose dichosa, en alegrias sus sufrimientos y en dicha sus sacrificios!

Y cuando los dias van trayendo consigo los destinos y se aproxima la hora de la maternidad, ¡cuantas veces al colocar sobre su pecho, en el misterio de la comunion, el cordero in-

maculado, la jóven cristiana habrá creido sentir al fruto de sus estrañas conmoviéndose al contacto del Cristo y habrá como Isabel exclamando: *Exultavit infans in utero*. ¿Y sabeis cuales son entonces los sueños dorados, los deliciosos presentimientos y las generosas aspiraciones de esa mujer trasfigurada por Cristo? Pues sueña que se aproxima la hora del sacrificio; sueña tambien que dentro de algunos dias mas, su vida será una consagracion eterna, y pensando en el ser, que siente vivir en sus entrañas y reposar junto á su corazon se dice á sí misma interiormente: ¡Ah! ¡cuanto he de amarle! ¡Como he de sacrificarme por él! ¡Como he de colmarle no solo de mi ternura, sino de mis lágrimas; no solo de mis caricias, sino de mis sacrificios!

Tales son los sueños de la mujer cristiana en vísperas de su primera maternidad; sueños queridos, trazados antes en su imaginacion, y los cuales permanecerán grabados en ella cuando se conviertan en realidades. ¡Oh! seria preciso tener la voz de un ángel y el corazon de una madre para explicar y comprender todo el valor, toda la fuerza y toda la abnegacion que encuentra entonces la madre en esa religion que se posesiona de ella; todo lo que Jesucristo le inspira en el alma diariamente, y, con especialidad, en la hora misteriosa de la comunion; todo lo que ella piénsa respécto al cumplimiento de los deberes maternales; todo aquello, en fin, que desde el fondo de esos sacrificios la hace sonreir de alegia. No poseemos ni una cosa ni otra; pero á lo menos podemos decir, que así como el egoismo rebaja en la mujer mundana todo el honor, toda la dignidad y toda la alegria de las verdaderas madres, el sacrificio eleva á la mujer cristiana á toda la altura de sus funciones, y á todas las dichas puras que nacen para ella de su legítimo cumplimiento.

La mujer mundana teme padecer y evita cuanto puede los alumbramientos dolorosos; la mujer cristiana nunca cree que es bastante madre; á semejanza de algunas mujeres que todavia pueden hallarse entre las poblaciones cristianas del Canadá, y que creen que diez ó doce hijos son apenas bastantes para el honor y la alegria de su maternidad, y aunque hija de la prevaricadora Eva, instruida en las lecciones de Cristo reparador, acepta sin murmurar la ley proclamada en nuestra cuna, y á fuerza de valor para despreciar la muerte y de sacrificios para dar la vida, responde con todos sus alumbramientos á las pa-

labras de Dios. Si alguna vez considerando el porvenir se entristece por la suerte de sus hijos y la invade el temor, eleva á Dios su mirada y su corazon; recuerda que hay en el Cielo una providencia que no olvida ni aun á los pajarillos, y exclama confiada y tranquila: «!Dios me lo ha dado; Dios los bendecirá!»

Valerosa para dar la vida, lo es todavia mas para amamantar y para educar. Hasta ante la realidad de un peligro cierto conserva la ambicion inherente á toda madre: para criar á sus hijos, le repugnan mezclar en sus venas con la pureza de su sangre propia, otra sangre mercenaria; si su naturaleza desfallece y se aniquila, cree que su aniquilamiento será una felicidad con tal que proporcione vida, fuerza y hermosura á sus hijos. Pero á lo que aspira con mas ambicion, lo que emprende y prosigue con más afan es, despues de haber infundido en el cuerpo de su hijo su sustancia y su leche, á infundir tambien en su alma la suya, y en su corazon su corazon, por el trabajo dė la educacion sucesiva. Educar un hijo á fuerza de trabajo y de fatigas, es la mayor semejanza de Cristo. ¡Oh! ¡con qué vocacion y con qué heroismo lo cumple la madre cristiana! ¡Oh! entonces si que exclama desde lo íntimo de su corazon, á quien Cristo y la naturaleza le dirigen un mismo llamamiento: «Adios «espectáculos, adios placeres, adios fiestas; mi espectáculo es «contemplar á mis hijos; mi placer abrazarles; mi fiesta asistir «á su dicha, y mi alegría entregarme completamente á ellos. «¡Ah! que me deje el mundo, que no me robe los momentos que «mi amor debe entero á mis tiernos hijos. Desgraciada de mi «si dedico al placer las horas del sacrificio; dichosa si consigo «formar con todo mi afecto á estos hijos que la Providencia «ha depositado en mi seno, como los mas bellos dones de su «amor.» ¡Entonces, cuantos cuidados, cuantas vigilias, cuantas fatigas, cuantos sollozos y cuantas lágrimas pueden consagrarse por ese verdadero corazon de madre á la formacion de sus hijos!

Así se eleva la madre cristiana por medio del sacrificio á la altura y aún todavia mas allá de los mas austeros deberes; y cuando, obedeciendo á los designios de la Providencia, ha parido con sus dolores, criado con su sustancia, y educado con sus sacrificios á una familia numerosa, ¡oh! ¡qué bella aparece entonces la madre de familia, rodeada de la juventud y el brillo de su casta generacion! *Quam pulchra est casta generatio cum*

claritate. Mas bella que la palmera que se eleva en la pendiente del Thabor cubierta de su espléndido ramaje: mas bella que la oliva desplegando al sol sus retoños florecientes; mas bella que la rosa que brota entre las espinas! porque mas bella es, en efecto, la madre cristiana en la espansion de su vida; rosa viva, coronada de todas sus hojas, ornada de toda su belleza, brillante por su frescura y natural esplendor. ¡Ah! señores, vosotros que hablais de la belleza y qué sentís vuestros corazones conmoverse facilmente ante su mirada, es preciso que sepais que la madre no es nunca mas bella que cuando se nos presenta en el hogar doméstico rodeada de sus hijos, embellecida con sus dolores y mostrando en su frente la huella del sufrimiento y el sello del sacrificio, ó sea el complemento de la humana belleza y ese no sé que de acabado, que ninguna hija de Eva puede llevar en su frente cuando el dolor no lo ha grabado en ella.

Pero, señores, lo que florece sobre todo bajo el hogar generoso que abriga el sacrificio, (debo decirlo aquí para animar á las almas demasiado débiles ante el deber y el sufrimiento,) es la flor mas suave de la vida, es la alegria de la madre fecunda y de la familia numerosa. Esa rosa, cuyo esplendor podeis contemplar, tiene un aroma comparable á su belleza; se embalsama, y la familia con ella, con sus propios perfumes; pues la alegria, que es en todas partes el aroma del sacrificio, brilla en todas las frentes, porque está en el fondo de todos los corazones.

¿No he dicho una paradoja? ¡Como! ¿la alegria en una numerosa familia? ¿Seria posible que hallase asilo la felicidad, y que fuese á fijar su morada la alegria, allí donde se agrupan tantos seres consagrados á la ley del dolor? ¿allí donde más que en ninguna otra parte parecen multiplicarse los gemidos con los seres que nacen para llorar? ¿allí dónde la muerte tiene tantas probabilidades para aumentar los dolores con los funerales?

Si, señores, no lo dudeis; si la ley del sacrificio aceptado sin reserva ha multiplicado la vida, y si todos esos hijos del dolor crecen bajo las influencias del Calvario y del rostro del Crucificado, hay en medio de todos esos pequeños seres como un mutuo centelleo de ternura y de amor que multiplica la alegria de todos por la alegria de cada uno. Si hay excepciones, subsiste la regla, y está hela aqui: ¡alegria y felicidad en las familias numerosas!

Quizá aquí sonria algun incrédulo, diciendo; «No creo en ese misterio.» ¡No creeis en él! Pues bien; yo creo, yo creo en ese dulce misterio que fué la primera felicidad de mi vida. Aun despues de los estragos que la muerte ha hecho á nuestro alrededor; á traves de la distancia de los dias pasados, sentimos todavia, como un perfume que viene de lejos, la dicha de haber tenido tiernos hermanos y angelicales hermanas, especialmente cuando el más débil de todos tuvo mas razon de temer para su propio corazon la desgracia de la soledad. Si, yo creo en esa felicidad y esa alegria de la familia fecunda: impregnado mi ser desde hace mucho tiempo de ese encanto de la vida, he podido gozar aun la dicha de encontrar en los demas una alegria que no se encuentra ya en si mismo. Donde quiera que el fiel cumplimiento de la ley del hogar ha hecho la vida rica y abundante, dichoso yo al asociarme á la felicidad de otro, he podido sentir esas alegrias puras y sencillas que rara vez florecen bajo los hogares donde el egoismo ha amenguado la vida. Si he encontrado diferencias, y si allí tambien he visto la variacion, era la diferencia en la dicha y la variacion en la alegria. Y en el centro de todas esas alegrías, radiando las unas sobre las otras, he visto la de la madre, que llevaba en su cariñoso corazon el principio y el foco de todas las alegrías, y exclamado: «¡Dios mio, colocad el sacrificio en el corazon de todas las madres, y que la alegria brote de ellas con la vida para la felicidad de la familia y el progreso de la humanidad!»

CONCLUSION.

Señores: Despues de haber evidenciado los respectivos papeles que el padre y la madre desempeñan en la familia, habria debido dar á mi asunto su cima natural, hablando tambien del papel del hijo, tercera persona de la familia, especie de Trinidad creada: el tiempo no lo ha permitido, y ademas habria sido forzoso, para bien demostrar en la familia la vocacion del hijo, tratar directamente de la educacion, en la que sólo me he ocupado de pasada. Me detengo, pues y termino con este discurso lo que queria deciros acerca del progreso por Jesucristo, considerado bajo el punto de vista de la vida domestica. Estoy muy distante de haber dicho todo lo que semejante asunto hu-



biera podido inspirar á un talento ménos limitado: espero al menos, haber herido los puntos esenciales, y haberos dicho bastante para que hallais comprendido cual era el objeto de mi predicacion, á saber: que en el hogar doméstico, habitado por Jesucristo, se halla el gran secreto del progreso que buscamos.

Si quereis ver mejor, y por vosotros mismos, lo que el cristianismo ha hecho y hace aun para la educacion real de la humanidad y el progreso de la sociedad, os diré mirad con la luz de la historia, en todos los puntos del espacio y de la duracion, esa creacion incomparable, la familia cristiana; árbol secular que tiene sus raíces en la cuna del género humano, y en la cual ingerta la vida de Jesucristo, por mano de la Iglesia, se desarrolla con una hermosura, un esplendor y una fecundidad que no se ha podido conocer en cuatro mil años de crecimiento. Mirad, á través de todas las degradaciones de la humanidad caida, aparecer por donde quiera esos modelos de la vida cristiana creados en la familia por el cristianismo, y cuyas imágenes inmortales y tipos imperecederos se complace en grabar por medio de la pintura, la poesia y la elocuencia: el padre y la madre cristianos; el marido y la esposa cristianos; los hijos y la vírgen cristiana; tipos grandiosos de la vida engrandecida y educada en la familia, y cuya gloria presta á nuestra historia tan puro y suave brillo.

O más bien, no os contenteis con mirar la historia y penetrar con el pensamiento y el corazon en el más íntimo santuario de la familia; ¿qué digo? ¡Ah! Si podeis, entrad bajo los techos privilegiados que abrigan aún en nuestros dias ese misterio que han encantado la mirada de los siglos pasados, y allí contemplad, no solo en imágenes, sino en criaturas vivas, el milagro de grandeza que Jesucristo obra en el hogar donde él habita; ved á esa familia cada mañana y cada noche prosternada en una misma fé, un mismo amor y una misma adoracion ante la imágen de Jesucristo, grande con esa grandeza, y bella con esa belleza que adora; ved en la frente del padre, de la madre y del hijo, el reflejo bajado hasta ello desde el rostro del Dios-hombre, y sobre esas tres personas que componen la unidad de la familia, y nos aparecen trasfiguradas en una misma luz, mirad como una especie de irradiacion de la grandeza, de la hermosura, de la suavidad y la unidad de las tres Personas divinas; mirad esa familia toda cubierta con la gloria de Cristo, rodeada de servidores y sirvientes asociados á la misma gloria; do-

mesticidad verdadera, desconocida de las familias sin cristianismo, donde se encuentran sin duda mercenarios, pero no criados, y despues preguntaos que va á ser de la sociedad entera cuando el hogar se convierta en un santuario en el cual la vida humana á fuerza de conocer, amar y adorar á Jesucristo, se hace en todo á su imagen y se eleva á su medida: entonces comprendereis por que la Iglesia católica ejerce en la familia un influjo tan profundo

Por lo tanto, ¡con que divina solicitud no trabaja en la conservacion, el engrandecimiento y la perfeccion de la familia cristiana! ¡Con que ternura rodea la cuna de la infancia y con que veneracion los sepulcros de los antepasados: con qué abnegacion el hogar donde la familia se educa, bajo la mirada de Dios! ¿Que no hace para proteger en el la autoridad de los padres la abnegacion de las madres, la obediencia de los hijos, la santidad de todos? ¿Que vigilancia y qué sagrada guardia no extiende hasta los mismos manantiales de la vida humana? ¡Conque pureza querria honrar en la familia cristiana ese ministerio de la paternidad y de la maternidad, profanados con sobrada frecuencia por egoismos que hacen huir con el pudor cristiano los angeles custodios de la santidad domestica! Poder y autoridad paternal: amor y abnegacion maternal; obediencia y ternura filial; pureza y castidad conyugal; familia, cristiana, en fin, ¡oh! ¿quien os guarda, os proteje y perfecciona como la Iglesia católica? ¡Cómo os cubre con su mirada siempre cuidadosa; como os abraza con su corazon siempre abierto; como os vivifica en su seno maternal! ¡Ah! ¡Ojalá que bajo esa mirada, sobre ese regazo y sobre ese corazon de madre, logreis crecer mas y mas por Jesucristo Nuestro Señor! Tal fue el sueño de este apostolado y tal el anhelo de mi corazon, ambicioso de la felicidad de mis hermanos; de la gloria de mi patria y del progreso de la humanidad. (1)

FIN DE LAS CONFERENCIAS DE 1860.

---

(1) Traducida por el P. Español.